

59

6

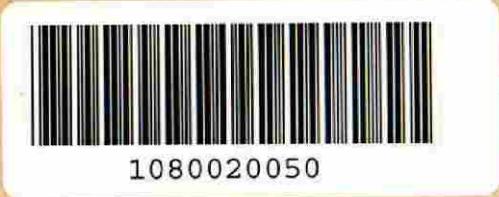
ARTS

GERMINO

MADRE
DE
MBRE
LBRE

HQ759
G5
1885
c.1

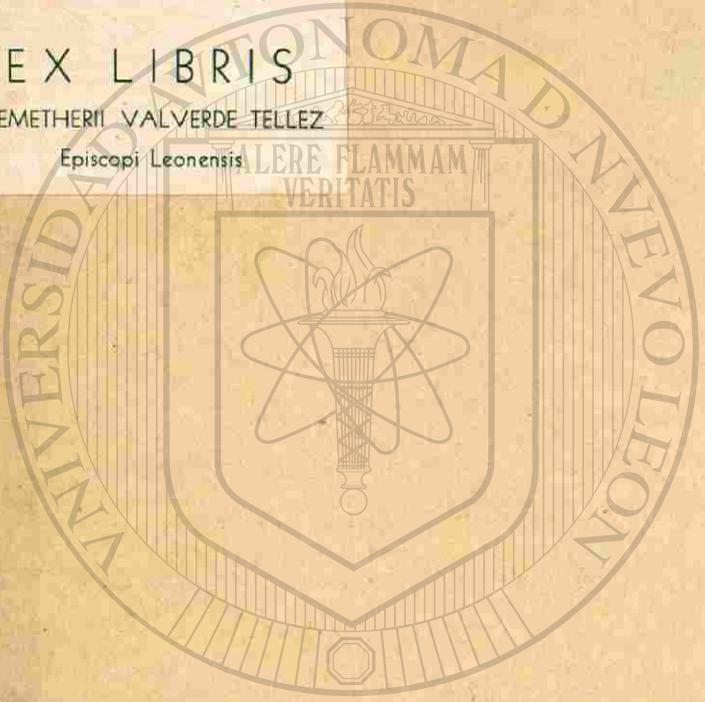
06503



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTS Split Pro



14/604

CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

MADRES

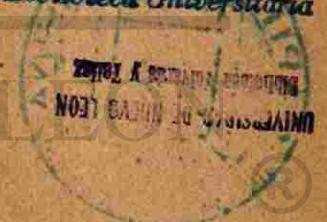
DE

HOMBRES CÉLEBRES

TERCERA EDICION



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

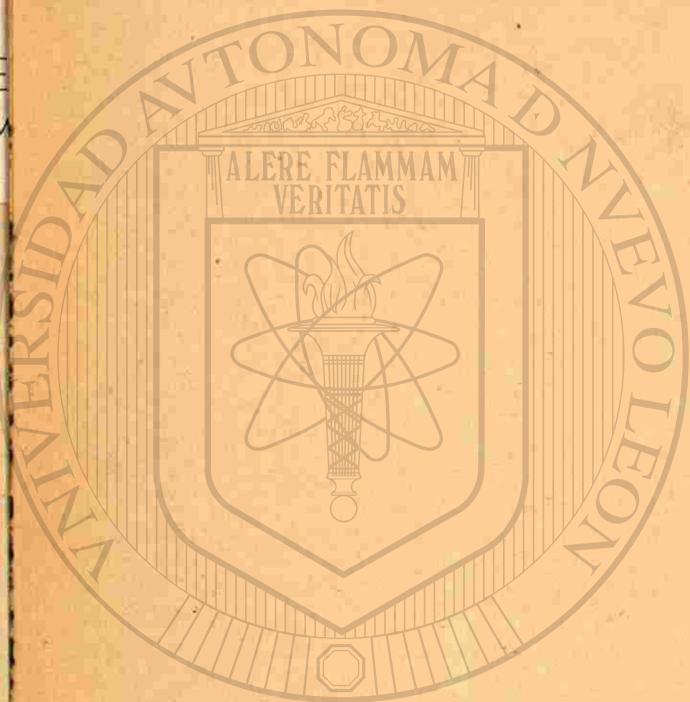


MÉXICO
IMPRESA DEL GOBIERNO, EN PALACIO

Dirigida por Sabás A. y Munguía.

1885

43450



UANI

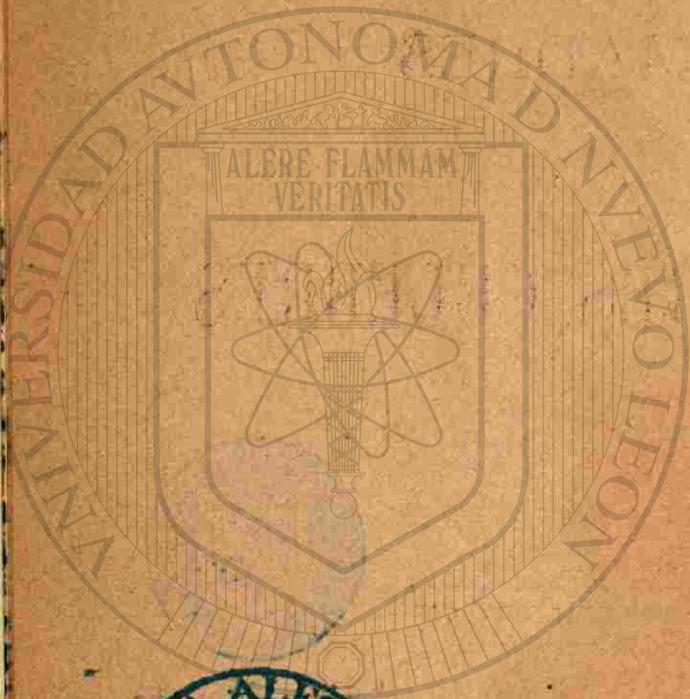
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTS Split Pro

V
920
G

HQ 759
65
1885



FONDO MATERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER
Directora de *El Album de la Mujer*

BIBLIOTECA ABBONDISINI
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

006503



BIOGRAFIA

LA CANTORA DE LA MUJER

GRATO nos es tomar la pluma, que fácil y ligera corre sobre las cuartillas cuando se trata de tributar merecida alabanza al talento y la virtud, encarnados en una dama, distinguida en el mundo social como en el mundo literario, simpática por sus prendas personales y por el sexo á que pertenece, notable por la alteza y el vigor de su entendimiento, en no insignificante desproporción con lo corto de sus años. Tal nos acontece hoy con la Sra. D^a Concepcion Gimeno de Flaquer, ilustrada autora de aplaudidos libros, cuya semblanza literaria nos ha caído en suerte trazar á grandes rasgos.

Contra nuestra voluntad serémos parcos, por no herir la susceptible modestia de tan culta literata.

Desde sus más tiernos años, Concepcion Gimeno de Flaquer mostró tan decidida afición como excelentes aptitudes para el cultivo de las letras, dando al propio tiempo pruebas de una elevada y clara inteligencia, de una exquisita y sutil penetración, al asimilarse con prodigiosa facilidad cuantas materias eran á su exámen sometidas. Ya en los albores de su literaria educación sentía hervir en la mente nobles ambiciones de gloria y en el cerebro tempestades de ideas, que en copioso raudal pugnaban por trasmitirse generosamente á los demás cerebros, utilizando para ello ese vehículo civilizador llamado IMPRENTA. Presentada en doctos círculos de la corte, lo discreto de su conversacion, lo ameno de su trato, la facilidad y elegancia prematura de su estilo, formando un contraste encantador con lo añinado de su figura, lo armonioso de su acento y lo temprano de su edad, no tardaron en abrirle las puertas de muchas redacciones, en cuyos periódicos colaboró, ciñendo á su frente juvenil los primeros laureles.

Estos triunfos, no obstante, cesaron bien pronto de halagar y satisfacer al ambicioso genio que, semejante á un titán encadenado entre las paredes del cerebro de nuestra autora, con creciente inquietud se revolvía. Como todos los talentos sólidos, Concepcion Gimeno de Flaquer había nacido pensadora; como todos los espíritus generosos, anhelaba reformar y corregir en lo po-

sible imperfecciones sociales, injusticias de los hombres hácia el sexo á que pertenecía, y flaquezas de este último. Impulsada por tales sentimientos, quiso poseer un periódico de su propiedad, y fundó *La Ilustracion de la Mujer*, título que envuelve su programa. Esta publicación, durante algunos años dirigida por nuestra autora, defendió valientemente los derechos del llamado sexo débil, incitándolo al cumplimiento de sus deberes, atacando con tanta habilidad como energía, no solo sus flaquezas, sino también las preocupaciones fútiles de los hombres acerca de la mujer, y de la nulidad intelectual á que sin razón se le condena.

Alternando con las tareas periodísticas los vuelos de su lozana y bullidora fantasía, la discreta literata escribió y publicó entonces su *Victorina ó heroísmo del corazón*, interesante novela de costumbres en dos tomos, impregnada de sublimes sentimientos, notable por la brillantez del estilo, por la correcta elegancia del lenguaje, y cuya edición se agotó rápidamente. A esta novela siguieron más tarde la titulada *El Doctor alemán*, obra trascendental, en que el sentimiento vence al ateísmo, y otra aun no dada á luz por su editor, cuyo título sentimos no recordar.

Antes de el *Doctor alemán*, escribió *La Mujer Española*, libro doctrinario, valiente, erudito y ameno, reformador y moral á un tiempo, cuya publicación fué en la corte un acontecimiento literario, y cuya lectura inspiró al sabio académico, Excmo. Sr. D: Leopoldo Au-

gusto Cueto, frases que hubieran engreído á muchos literatos, y al inmortal Víctor Hugo, una bellísima carta que guarda nuestra antora como preciosa joya. ¿Habéis leído *La Mujer Española*? . . . ¿No? Pues leedla. ¿Sí? Pues volvedla á leer. Es la robusta revelación de un espíritu justo y reformador; es la bandera que enarbola una dama llamando á su sexo á ilustrado combate contra el egoísmo y la ignorancia, es una nube de ideas que, ó mucho nos engañamos, ó habrá de caer, á semejanza de benéfico rocío, sobre las generaciones venideras.

Sirve de digno remate á este libro el titulado *La Mujer juzgada por una mujer*, no ha mucho tiempo publicado por la defensora del bello sexo, y que en la actualidad está llamando la atención del público, hasta el extremo de hallarse casi agotada la tercera edición.

Concepcion Gimeno de Flaquer constituye ya una alta personalidad literaria; posee un estilo propio, brillante, ameno, florido, correcto y pulcro, cuyos sonoros períodos contienen ora profundos, ora elevados pensamientos, y acarician el oído como un raudal de notas robadas al arpa de un trovador de la Edad Media; hay en el estilo de Concepcion algo caballeresco y angélico á la vez; es el estilo de una dama elegante sin rebuscamientos, ataviada sin presunción y sencilla sin abandono. Tomad cualquiera de sus obras, abridla al azar, leed donde cayere la vista, y convencidos quedareis de esta verdad. La máquina hecha juguete de

vapor, la tormenta estallando en el laboratorio aéreo de la nube, no funcionan con más actividad que el cerebro de Concepcion cuando da forma á sus ideas; y es que no existe en el mundo máquina como la humana criatura, ni vapor como el pensamiento, ni fuerza motriz como el espíritu. Siguiendo de cerca á la idea y lamentando quizás no igualarla en rapidez, la pluma de Concepcion raya nerviosamente las cuartillas, sin cuidar de los caracteres, y no descuidando jamás el concepto ni la frase. A semejanza del águila ó delalcon que desde prodigiosa altura divisan y caen sobre su presa con la prontitud del rayo, de tal suerte Concepcion, desde lo alto de su inteligencia luminosa, divisa la belleza mal oculta entre el interminable farrago de lo vulgar, sabe apoderarse de ella, pulirla, abrillantarla y ofrecérsola al fin como engastada en páginas discretas, en períodos sonoros, en conceptos nuevos, galanos y profundos. Su espíritu es bello y varonil como un soldado griego; Concepcion es delicada y tierna como una mujer, suave y exquisita como un perfume, bulliciosa é inquieta como un ave. Ha trazado todos sus libros lo mismo que Enriqueta Stowe, haciendo hervir la olla de la familia, es decir, siendo el encanto de la casa, bordando ya con la pluma sobre el papel, ya con la aguja sobre la tela.

Supongo conoceréis por este bosquejo á la escritora. ¿Deseáis conocer á la dama? Vamos á presentárosla.

Imaginad una figura femenina con la delicadeza de

una flor, con la flexibilidad de un junco y la distincion inglesa de una *lady*; imaginaos todavía una mano breve y nacarada, un rostro dulce y correcto al par de su estilo, una frente serena y despejada, una mirada inteligente, y como inteligente tierna, y como tierna seductora; una cabellera de unas hebras de un color rubio apagado que recuerdan la palidez de los rayos solares al filtrarse con dificultad por el espeso ramaje de una selva enmarañada; fingíos, finalmente, un acento melodioso con algo de las notas del órgano, de las vibraciones de un teclado ó del susurro de la brisa acariciando las dormidas olas; fingíos todo esto, y con los ojos de la imaginacion, con el oído penetrante del espíritu, habréis visto y escuchado á Concepcion. Al oirla, pensaríais estar leyéndola; al mirarla, dudaríais de que hubiese escrito aquellas páginas varoniles, esmaltadas de conceptos profundos, de pensamientos vigorosos, de arranques esforzados, de metáforas audaces, en las cuales secitan poetas y filósofos, se describen asaltos y batallas, se nombran reinas y guerreros, artistas y paladines.

Lo mejor de esta dama, con todo, es lo que el público no conoce, porque ella no lo escribe ni lo narra: es el encanto severo de su trato íntimo, la sorprendente amenidad de su conversacion, los generosos sentimientos que rebosan de su alma, las ráfagas de ternura, la discrecion, las virtudes con que sabe hacer del hogar un paraíso y formar en torno suyo una atmós-

fera saludable de simpático respeto. Ni en su vida íntima, ni en su vida social adivinaréis á la literata, porque ella parece siempre lo que, es una dama virtuosa y distinguida, que escribe de aficion, por amor á las letras y al sexo de que es gala. En una palabra, la existencia de Concepcion se desliza plácida y tranquila, á semejanza del susurrante arroyo, entre tareas domésticas y tareas literarias, sin otros sentimientos que el apasionado amor á su marido, y reflejando siempre en sus cristales el limpio cielo de una ventura conyugal no interrumpida.

¡Ojalá muchas la imiten! ¡Ojalá todas la igualen!

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid.—1883.



PRÓLOGO

A LAS MADRES MEXICANAS

DEDICAROS mi libro, tiernas madres, es dedicarlo á México con el cual he contraído deuda de gratitud por la cariñosa hospitalidad que me está dando.

Sí, á México dedico mi libro al dedicároslo á vosotras, porque todo el progreso moral, todo el perfeccionamiento que México está llamado á alcanzar, lo deberá á las madres mexicanas. La madre mexicana, digna hija de la española, tiene que ejercer indefectiblemente gran influencia sobre sus hijos, porque es la más tierna, la más amorosa, la más abnegada, la *más madre* de todas las madres. Para que la madre mexicana se eleve desde la altura de su amor maternal hasta la altura de preceptora de sus hijos, misión que le atañe más que á otras madres, por ser México un pue-

blo naciente que necesita de su apoyo, ofrézcoles en esta galería de «Madres de hombres célebres» buenos modelos que imitar.

No es mi deseo presentaros, queridas mexicanas, una galería de mujeres célebres, ni una serie de mujeres ilustres que deban su fama á su alto rango social, á su dorada cuna ó á sus méritos intelectuales. Ninguna de las mujeres descritas en este libro se ha inmortalizado por su pluma ó su pincel: he sacado á la luz pública algunas mujeres que no hubieran brillado por sí mismas, y que deben su renombre á la celebridad de sus hijos. Sin los notables méritos cívicos de Washington, el mundo entero que hoy le admira desconocería el nombre de la mujer que le dió el ser; sin la gloria de Schiller, de Coriolano, de Chateaubriand, de Goethe, de Rafael, de lord Byron, de Lamartine y de Pietro Cossa, nadie se ocuparía en biografiar á las madres de estos hombres. Las siluetas de las madres que dibujo en mi libro, tienen que ser contempladas á la luz que esparce la gloria de sus hijos; la mayor parte de las mujeres que aquí pinto, no tienen celebridad propia, la tienen reflejada.

Quiero estudiéis los diferentes efectos de la influencia maternal, y por eso os ofrezco en el capítulo titulado «La madre de los Gracos y la madre de Neron,» un contraste que se presta á prolijas consideraciones.

Propóngome demostrar en este libro que las ideas y costumbres de la madre influyen en el carácter, en

los sentimientos, en la educacion de sus hijos, en sus apreciaciones políticas y religiosas, y hasta en el género artístico ó literario que cultivan.

Se ha dicho que el estilo es el hombre; yo me permitiría decir, ahondando más tal pensamiento: *el estilo es la madre*; porque el estilo de cada autor refleja la fisonomía moral de la que le dió el sér.

¡Madres, creed en vuestra influencia, no abdicueis de vuestro poder!

Es una verdad inconcusa que todo partido perezca, si las mujeres se empeñan en su caída; México es una prueba palpitante de este aserto irrefutable. Inútil es que el Estado se haya declarado ateo, ¡las mujeres mexicanas son eminentemente religiosas y no han dejado penetrar el ateísmo ni en el corazón de sus hijos, ni en la conciencia de sus maridos, ni en sus hogares!

Es cierto que si preguntais á la mayor parte de los mexicanos acerca de sus ideas religiosas, os dirán que carecen de ellas; pero no creais tal afirmación. Los que de tal modo os contestan son *ateos oficiales*, *ateos de real órden*, *ateos convencionales*, *ateos de club*, de casino ó de café, que sólo esperan el momento de quedar solos para entregarse á las prácticas de su religion.

Hace algunas semanas un mexicano hacia alarde de ateísmo en mi salon, y á los pocos dias le ví en su hogar, junto al lecho de un hijo moribundo, levantando los ojos al cielo y dirigiéndole una mirada suplicante llena de esperanza y fé.

No quise turbar momentos tan solemnes con una reconvención; pero nunca mejor que entónces podía demostrarle la falsedad de sus argumentos en favor del ateísmo. Como ese ateo *de aprensión* podría citar muchísimos.

Creo firmemente que en vano intentará el Estado establecer nuevas teorías mientras no tenga de su parte á las madres, porque las madres han sido y serán siempre en todas las épocas y en todos los países, un poder más fuerte que el estado. El estado soy yo, puede decir la mujer de la edad moderna.

Nada importa que en la tribuna del Congreso exhiba un mexicano su excepticismo; momentos despues de haber salido del alcázar de las leyes, caerá á los piés de una mujer bella que le hará prosternarse ante la imágen que venera.

El resto de verdadera religión que queda oculta en el corazón de los mexicanos, sin que ellos mismos se den cuenta de ella, débese á las madres. No, mil veces no; México no será nunca incrédulo, porque cuando no brille por la fé religiosa, brillará por la superstición.

¡De tal modo han arraigado las madres mexicanas en el corazón de sus hijos la idea de lo divino, lo sobrenatural, lo inexplicable y misterioso! Nada pueden las leyes ante las costumbres, y las costumbres las forman las mujeres. Ellas impulsan los movimientos de los pueblos; por eso al preguntarle á Lablanche, para qué servía la mujer, respondió: Dios la ha hecho para

iniciar. ¡Hermosa contestación que nos dá un primer puesto en la vida social, al propio tiempo que impone la mayor responsabilidad á nuestros actos!

Iniciad el bien, tiernas madres, que iniciado por vosotras difícilmente dejará de practicarse.

Vosotras sois fuertes por vuestro amor: nadie sabe amar cual vosotras. Mientras el amor es en el hombre un sacudimiento nervioso, una vibración de los sentidos, una convulsión de su organismo, el amor es en la mujer..... la aspiración á la maternidad.

La mujer sabe amar más y mejor que el hombre: el hombre pone sus más exaltados sentimientos en una mujer que parece absorber su vida; y sin embargo, necesita cambiar de ídolo; la madre no cambia jamas, porque el ídolo es su hijo, reflejo de su esposo.

El amor de la madre hácia sus hijos siempre está en creciente, jamas se debilita: los amores y amoríos de los hombres necesitan renovación.

Madres, ya que tan fuertes sois por medio de vuestro amor, emplead vuestra influencia en hacer grandes á vuestros hijos, y de la gloria que ellos conquisten os alcanzará un rayo que iluminará vuestro nombre eternamente. Aspirad á la gloria reflejada, á la gloria obtenida por los méritos de vuestros hijos, y si las madres que os presento en este libro logran levantar vuestro espíritu hácia grandes ideales, y lo declarais de útil y amena enseñanza, yo sentiré más halagado mi corazón de mujer que mi vanidad de autora, por haber contri-

buido con un átomo á la colosal obra del perfeccionamiento social.

¡Ojalá se realice tan noble anhelo, para que de este modo sea mi libro digno de México y de las madres mexicanas á quienes está dedicado!

CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

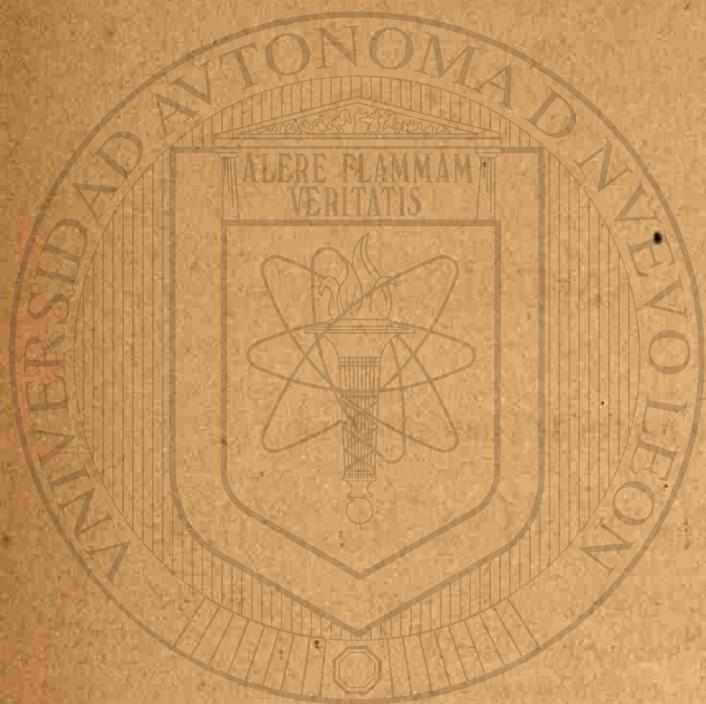
México, 25 de Agosto de 1884.

PAULINA SUSANA DE BEDÉE

MADRE DE CHATEAUBRIAND.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO I.

La madre de Chateaubriand.

I

FELICES los hombres que han tenido una madre virtuosa, inteligente y tierna!

¡Cuán fácil debe serles la práctica del bien!

Cuando veais un hombre honrado, huérfano de madre, saludadle con respeto y admiración, porque ese hombre es dos veces bueno.

Fácil es amar la verdad y la justicia, si nuestra madre nos la ha hecho amar; fácil es amar el deber si nuestra madre nos lo ha poetizado.

El corazón de la madre y el corazón del hijo, se parecen al cielo y al mar, como el cielo y el mar se miran con arrobamiento, truecan sus cristales, retratan sus imágenes, las funden en una sola y se devuelven mi-

rada por mirada, sonrisa por sonrisa, destello por destello y reflejo por reflejo.

Las impresiones recibidas en la infancia por conducto de la madre, se graban en nuestra alma con buril de fuego.

A excepción de esos monstruos de la naturaleza dotados de perverso instinto, todo hombre es lo que su madre quiere que sea. Por eso las madres no deben amamantar á sus hijos en el error, pues nunca alcanzarían éstos la verdad.

La influencia de la madre es un hecho inconcuso, que nadie se atreverá á negar.

Un ilustre médico francés, Monsieur Testelin, afirma ser una verdad fisiológicamente reconocida, que la constitución física de la madre influye más sobre el hijo que la del padre. Monsieur Frarière, lleva más léjos este acerto añadiendo que la influencia maternal empieza á obrar sobre los hijos, moral, física é intelectualmente desde el período de la gestacion. Por tal motivo mientras la madre lleve en su seno al anhelado sér que vive de su vida, debe proporcionarse dulces y gratas impresiones; debe formar su criterio con sana lógica y su corazón con puros y nobles sentimientos; debe alimentar su fantasía con suaves imágenes, despertar en su conciencia la idea de lo justo que es lo bueno, nutrir su alma de todo lo grande y levantado.

Los griegos, que siempre han profesado la religion de lo bello, introducían en las habitaciones de las mu-

jes que se hallaban en cinta, los mejores cuadros y las mejores estatuas.

¡Hermoso, profundo y filosófico pensamiento que debia producir excelentes resultados!

La influencia maternal deja huellas indelebles sobre nuestro carácter y sobre nuestras costumbres; esto hace indispensable el empeño con que deben esforzarse las madres en corregir sus defectos para que no pasen á sus hijos; por eso todas deben caminar resueltamente con segura planta por la senda de la virtud, guiándoles.

Si á todas las madres no está reservada la dicha de crear hombres eminentes, todas tienen el deber de formar hombres honrados.

¡Desgraciados los séres que han tenido que educarse la conciencia por sí mismos! Observadles: la conciencia de estos séres está sujeta á mil diversas fluctuaciones.

La conciencia formada por nosotros mismos suele tener un carácter vacilante y débil.

La conciencia formada por nuestra madre es fija, vigorosa é inflexible.

La voz de una madre virtuosa deja un eco profundo en nuestro corazón.

No es fácil extraviarse conservando ese santo eco.

Nadie puede reemplazar á la madre la importante misión de educadora de sus hijos. Las institutrices tienden á desarrollar los talentos brillantes que excitan la vanidad, los talentos que producen aplausos en los salones; las madres son más prácticas y procuran

hacer adquirir á sus hijos talentos útiles que sirvan para la vida privada. En la vida interior, en la vida del hogar, es donde más se necesitan esos pequeños talentos que no proporcionan gloria, pero que valen más que ésta, porque nos dan la felicidad.

La institutriz, por buena que sea, opondrá, sin advertirlo, su influencia á la de la madre, y la niña vacilará entre esas dos influencias.

La madre que busca una institutriz á su hija, queda desautorizada ante ella, porque le demuestra que no es apta para educarla.

¡Ilústrense las mujeres con objeto de que puedan educar directamente á sus hijos, sin influencias extrañas!

¡Madres! no feis á manos mercenarias la educacion moral de vuestros hijos, porque os arrebatarán su corazon.

Respetamos á la institutriz y la consideramos un miembro útil á la sociedad; pero en nuestro concepto, la institutriz debe existir únicamente para las jóvenes que no tienen madre; para estas sí, pues no nos cansaremos de recomendar se confie la educación de la mujer á la mujer.

Nadie puede formar el corazon del niño cual una madre inteligente y tierna; la madre desarrolla las facultades del alma de su hijo para que la materia no ahogue al espíritu; la madre sabe establecer un perfecto equilibrio entre su vida física y su vida moral.

La madre hace germinar en nuestro espíritu la semilla del amor á lo bello y del amor á la verdad: cultivando estos dos sentimientos podemos salvarnos.

Os preguntamos con Aimé Martin: “¿Dudareis madres de vuestra mision al ver las gratas armonías por las que están los niños unidos á vosotras? la naturaleza, acercándolos á vuestros labios, los acerca á vuestro seno, los despierta á vuestras caricias, quiere que os lo deban todo; de suerte que despues de haber recibido de vosotras la vida y el pensamiento, esos ángeles de la tierra esperan vuestras inspiraciones para creer y amar.”

¡Creer y amar! ¡Dichosos los que creen y aman!

Creer y amar es vivir, porque creer y amar es respirar la vida del sentimiento, es darse cuenta de su sér, es tener el corazon arrullado dulcemente y abrigada el alma contra los hielos de la duda.

Creer y amar es ser bueno.

Solo la madre puede hacernos creer y amar, porque el amor y la fé no se enseñan, se inspiran.

En el corazon de la madre arde siempre la inextinguible llama de la fé; brota constantemente el inagotable manantial del amor.

II

Paulina Susana de Bedée, madre de Chateaubriand, es un ejemplo de esta verdad.

La madre de Chateaubriand, que era piadosa é ilustrada, alimentó el corazon de éste con las verdades de la religion cristiana. Cual Santa Mónica á su hijo Agustin, trataba de acercarle á Dios por todos los caminos, diciéndole: "Nada hay distante de Él: "Chateaubriand fué devoto en su infancia, mas en la juventud, al hallarse separado de su madre, sufrió grandes combates su fé religiosa: los malos libros y los malos amigos le habian pervertido; pero las máximas de su buena madre, aprendidas en la niñez, que solo se habian eclipsado en su memoria temporalmente, volvieron á aparecer más tarde con refulgentes caracteres.

De una lágrima de la madre de Chateaubriand brotó "El Genio del Cristianismo," ese gran libro, uno de los mejores monumentos alzados á nuestra religion. Dios se sirvió de la madre de Chateaubriand para volver á éste á sus deberes.

Escuchad á él mismo, y os convencereis de la verdad de nuestro aserto: dice así:

"El recuerdo de mis extravíos envenenaba los últimos dias de la vida de mi madre; ella encargó al morir á una de mis hermanas tratase de despertar mis sentimientos hácia esa religion en la cual yo habia sido educado.

Mi hermana me envió una carta dictada por mi madre, y tanto me conmovió, que me convertí. Confieso que al reformar mis ideas no he cedido á grandes luces sobrenaturales; mi conviccion ha salido del corazon: lloré y creí."

El "Ensayo histórico sobre las revoluciones" habia causado gran pesadumbre á su madre, por ser una obra llena de excepticismo, de desaliento é impiedad. "El Genio del Cristianismo" fué la refutacion de esa obra, fué un homenaje tributado á la memoria de la que le dió el sér. Esta desde el cielo debió sentir un estremecimiento de alegría.

"El Genio del Cristianismo" es lo que más ha cimentado la gloria del autor de *Atala*, *René* y de las "Aventuras del último Abencerraje." "El Genio del Cristianismo" produjo en Francia una revolucion moral y literaria: él demolió el edificio construido por los sabios enciclopedistas sostenido hacia más de medio siglo por la influencia de Voltaire.

"El Genio del Cristianismo" predicaba unas doctrinas tan consoladoras, respondia tanto á las necesidades de almas combatidas y fatigadas, que todos se dejaron atraer por su suavidad y dulzura.

Esa obra imperó á pesar de los ataques de los revolucionarios, porque ofrecia nuevos horizontes llenos de encanto y poesía, descripciones maravillosas de la naturaleza hechas en grandilocuente estilo, porque encerraba delicadas sensaciones del alma, nobles impulsos del corazon, generosas aspiraciones del espíritu. "El Genio del Cristianismo" convence más que los libros de nuestros mejores teólogos, porque la obra de Chateaubriand fascina la imaginacion despues de haber halagado el corazon.

Ni el mismo San Bernardo en sus tres tratados sobre la virginidad, ha sabido encontrar imágenes más poéticas que las que emplea Chateaubriand para cantar las excelencias de ella.

Chateaubriand busca la belleza en la castidad, y como se inspira siempre en la naturaleza, se enamora del perfume del nardo, del murmurio del arroyo, de los colores del iris y del rayo de luna: porque son castos el rayo de luna, el color, el sonido y el perfume.

Al leer á Chateaubriand pronto se comprende que ha sido educado en el templo de la naturaleza, bajo la direccion de un sacerdote femenino.

Hay en el genio de Chateaubriand la ternura, la delicadeza, la castidad, los pudores del genio de la mujer. Hay en el alma de Chateaubriand algo de la mística exaltacion femenina que el racionalismo no pudo destruir, ni aun en la época en que parecia imperar sobre aquella alma. No consideremos una paradoja este pensamiento suyo: *yo era cristiano, y muy cristiano, cuando me empeñaba en no serlo*. La madre de Chateaubriand era piadosa cual una santa, y como Chateaubriand amaba mucho á su madre, sentia siempre su benéfica influencia.

La piedad de la madre de Chateaubriand nos queda revelada en esta frase de su hijo: "Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido despues mi nombre, no hubiera dado á Madame de Chateaubriand un solo instante de orgullo semejante al que tuvo como cristia-

na y como madre, cuando me vió recibir la primera comunión."

Las memorias autobiográficas de Chateaubriand están esmaltadas constantemente con el recuerdo de la autora de sus dias: trascribamos el retrato que de ella nos hace:

"Mi madre estaba dotada de un gran talento y de una imaginacion prodigiosa: se formó con la lectura de Fenelon, de Racine, y de Madame de Sevigné: sabia de memoria el Cyro. Mi madre no era bella, pero poseia gran elegancia de modales. La viveza de su genio contrastaba con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa tanto como frio é inmóvil éste, todos sus gustos eran diametralmente opuestos á los de su marido. Tal contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda tristeza. Precisada á guardar silencio cuando tenia deseos de hablar, se desquitaba de tal privacion entregándose á una especie de melancolía estrepitosa, que le hacia exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpian la tristeza muda de mi padre."

Tres mujeres ejercieron gran influencia en la vida de Chateaubriand: su madre, su hermana Lucila y su encantadora amiga Madame de Recamier.

Chateaubriand debe á su madre la fé que le inspiró su obra maestra; á Madame de Recamier la resignacion con que soportó los últimos años de su existencia tan

lentos de amargura; á Lucila la revelacion de sus facultades literarias. Paseando una tarde con Lucila admirando los encantos de la naturaleza, Chateaubriand le habló de ellos con vehemente entusiasmo, y al oírle exclamó Lucila: "Tú debes pintar estas bellezas que tan bien sabes sentir."

Lucila descubrió que Chateaubriand era poeta: la revelacion de su genio hecha por su hermana le inspiró gran confianza en sus fuerzas, porque él respetaba mucho el talento de Lucila. Desde aquella famosa tarde empezó á confiar al público sus pensamientos.

Lucila era literata, pero no dió ninguno de sus escritos á la prensa: despues de su muerte se encontraron algunos fragmentos autógrafos juzgados por su hermano del siguiente modo: "La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de las páginas de Lucila, ofrecen una mezcla del genio griego y del genio germánico."

La educacion religiosa y artística de Chateaubriand, se debe á dos mujeres: su hermana le formó el gusto literario; su madre le inspiró la fé cristiana.

III

Es indiscutible la influencia de la mujer sobre el hombre y sobre la sociedad.

Francia es el primer pueblo que promulgó la ley sá-

lica, y sin embargo, las francesas son las mujeres que más se han asociado siempre á la vida pública del hombre. Ellas se han vengado en todas épocas de los que las alejaron del trono, reinando sobre las almas.

En Francia, la mujer vive en comunidad intelectual con el hombre: la mujer discute los sucesos del día, habla de política, de frivolidades, de cosas serias. Las francesas se asocian á los negocios de sus maridos, conocen el estado de su fortuna, saben tantas matemáticas como ellos. En muchos matrimonios podrá existir el aislamiento del corazón, pero jamas existe el del pensamiento: si hay separacion de sentimientos, no la hay de ideas.

La mujer francesa no se resigna á vivir eclipsada; dejadla dirigir el buen tono, formar el buen gusto y las conveniencias, imponer la moda y desenvolver el gracioso arte de la conversacion, y quedará satisfecha; pero no le quiteis el cetro en la vida social, no la relegueis al olvido, porque no sabe soportarlo.

En el reinado de Luis XIII las mujeres figuraban poco, porque este príncipe, un tanto misántropo, las desatendió; mas ellas, al verse heridas en su amor propio, quisieron manifestar que eran temibles, y por eso se las vió en el sitio de la Rochela, y despues crearon la Fron-
da, que fué una revolucion hecha por las mujeres.

En el sitio de la Rochela una mujer convertida en jefe de los heréticos, defendió esta ciudad contra la actividad del cardenal Richelieu y contra la intrepidez de Luis XIII: esta mujer extraordinaria, que sabia el he-

lentos de amargura; á Lucila la revelacion de sus facultades literarias. Paseando una tarde con Lucila admirando los encantos de la naturaleza, Chateaubriand le habló de ellos con vehemente entusiasmo, y al oírle exclamó Lucila: "Tú debes pintar estas bellezas que tan bien sabes sentir."

Lucila descubrió que Chateaubriand era poeta: la revelacion de su genio hecha por su hermana le inspiró gran confianza en sus fuerzas, porque él respetaba mucho el talento de Lucila. Desde aquella famosa tarde empezó á confiar al público sus pensamientos.

Lucila era literata, pero no dió ninguno de sus escritos á la prensa: despues de su muerte se encontraron algunos fragmentos autógrafos juzgados por su hermano del siguiente modo: "La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de las páginas de Lucila, ofrecen una mezcla del genio griego y del genio germánico."

La educacion religiosa y artística de Chateaubriand, se debe á dos mujeres: su hermana le formó el gusto literario; su madre le inspiró la fé cristiana.

III

Es indiscutible la influencia de la mujer sobre el hombre y sobre la sociedad.

Francia es el primer pueblo que promulgó la ley sá-

lica, y sin embargo, las francesas son las mujeres que más se han asociado siempre á la vida pública del hombre. Ellas se han vengado en todas épocas de los que las alejaron del trono, reinando sobre las almas.

En Francia, la mujer vive en comunidad intelectual con el hombre: la mujer discute los sucesos del día, habla de política, de frivolidades, de cosas serias. Las francesas se asocian á los negocios de sus maridos, conocen el estado de su fortuna, saben tantas matemáticas como ellos. En muchos matrimonios podrá existir el aislamiento del corazón, pero jamas existe el del pensamiento: si hay separacion de sentimientos, no la hay de ideas.

La mujer francesa no se resigna á vivir eclipsada; dejadla dirigir el buen tono, formar el buen gusto y las conveniencias, imponer la moda y desenvolver el gracioso arte de la conversacion, y quedará satisfecha; pero no le quiteis el cetro en la vida social, no la relegueis al olvido, porque no sabe soportarlo.

En el reinado de Luis XIII las mujeres figuraban poco, porque este príncipe, un tanto misántropo, las desatendió; mas ellas, al verse heridas en su amor propio, quisieron manifestar que eran temibles, y por eso se las vió en el sitio de la Rochela, y despues crearon la Fron-
da, que fué una revolucion hecha por las mujeres.

En el sitio de la Rochela una mujer convertida en jefe de los heréticos, defendió esta ciudad contra la actividad del cardenal Richelieu y contra la intrepidez de Luis XIII: esta mujer extraordinaria, que sabia el he-

breo, el griego y el latin, fué la madre del duque de Rohan.

La duquesa de Longueville, ardiente é impetuosa, trabajó para sublevar Paris y Normandía.

Las mujeres contribuyeron con sus intrigas á los disturbios de la Regencia, y solo se apaciguaron cuando Luis XIV tomó las riendas del poder y las puso á sus piés.

La época de Luis XIV es una de las más gloriosas en la historia del espíritu humano y la más grata para las mujeres. Deificado el amor, ellas tenian que reinar: refinóse la galantería de tal modo, que parecian haber despertado las caballerescas costumbres de la Edad Média. Las mujeres, satisfechas de su poder, contribuyeron á formar la gracia, el encanto y la gloria de ese reinado, distinguiéndose por el ingenio, entre otras, Madame Sevigné, Madame Dacier, La Fayette, Scudery, Deshouliers, Suze, Caylus, Motteville, Lambert y Montpensier.

Poco deben las mujeres al reinado de Luis XV, pues no fueron muy consideradas: las épocas en que la moda impone los alardes de insensibilidad, no nos son favorables. Cuando se hace burla del amor y se ridiculizan las pasiones, perdemos nuestro imperio.

Las mujeres deben recordar con gratitud el reinado de Enrique IV, porque este rey daba tanta importancia á la gloria como al amor: no fué obstáculo sin embargo el amor para que figure Enrique IV como uno de los más grandes reyes de Francia. La gloria y el amor fue-

ron en la vida de Enrique dos astros que irradiaron el mismo fulgor: el uno no eclipsó al otro.

Francisco I, el rey galante que solia decir: *Una corte sin mujeres es un año sin primavera, una primavera sin rosas*, enaltecíó á nuestro sexo y este respondió á tal deferencia impulsando el renacimiento literario. En la época de Francisco I brillaron grandes damas de salon y grandes madres.

Las mujeres, al verse tan enaltecidas, se dedicaron al estudio para ponerse al nivel de unos hombres que las reverenciaban.

La mujer está siempre á la altura de las circunstancias: si en algunas épocas permanece apática, enervada en los placeres de la vida social ó sumida en las frivolidades del lujo y de la moda, pronto se reacciona cuando llegan los momentos supremos. Y es que existe en la mujer un fondo de grandeza de la cual ella misma no se da cuenta, hasta que salta en su alma la chispa que enciende el sacro fuego.

Así sucedió en la revolución del 93: las mujeres heridas en sus sentimientos por las desgracias de los seres amados, se convirtieron en heroínas. Mientras la mayor parte de los hombres demostraron la virtud pasiva de la resignacion, ellas estaban exaltadas por virtudes más activas. Sin temor á los rigores de la estacion, abandonaban el suave calor del blando lecho antes de salir el sol, para sufrir los rigores atmosféricos y los rigores de la suerte, disputándose entre ellas el turno para presentar

una solicitud escrita con sangre y lágrimas; conmovedora solicitud que sin embargo no habia de inspirar conmiseracion á los empedernidos corazones de los tiranos.

¡Qué valor moral, qué serenidad de espíritu manifestaron aquellas mujeres! Cuando no podian obtener la libertad de sus maridos, sucumbian con ellos en el cautiverio.

Merecen ser citados algunos de los rasgos de aquellas mujeres heroicas. Madame Lefort compró el permiso de ver á su marido, vendiendo todas sus joyas: entró en la prision y con recursos hábiles consiguió vencerle de que debian cambiar de traje para que él se escapara á favor del disfraz, pues á ella no la sacrificarian. Al día siguiente se descubrió la trama, y el alcaide horrorizado preguntó á Madame Lefort:

—¿Qué has hecho, desgraciada?

—Mi deber—respondió ella—haz ahora el tuyo.

Madame Claviere al recibir la noticia de que su marido se habia clavado un puñal en el corazon, se dió la muerte con socrática serenidad.

Una viuda seguia la carreta homicida lanzando gritos desgarradores pidiendo la llevaran al suplicio con su amante, los soldados no le hacian caso; faltaban pocos momentos para llegar allí y al observar esto la viuda, quitó rápidamente el sable á uno de los soldados y se atravesó el corazon.

¡Hijas, esposas, madres, amantes, todas se sacrifica-

ron impulsadas por sus ardientes afectos! Todas tuvieron para los tiranos frases semejantes á esta: ¡Nuestro valor tiene más fuerza que vuestro poder!

Los monstruos obcecados al querer apoderarse de María Antonieta, cogieron á Elisabeth creyendo que era la reina, y Elisabeth dijo á los que querian manifestar la equivocacion: «¡No les saqueis de su error!»

¡Qué rasgo de heroismo fraternal!

Una jóven bella y delicada llegó palpitante de pasion al calabozo desde donde debia salir su amado para la guillotina. Insistió pidiendo la dicha de morir con él, mas siéndole negado tal favor, sacó de su seno un puñal para clavárselo: los soldados conmovidos por su belleza se lo arrancaron de la mano, mas la jóven exclamó: ¡Ah bárbaros! ¿Creeis que puedo vivir si muere él? Tras estas palabras se arrojó contra una puerta de hierro y se abrió la cabeza.

Si los hombres tuvieran siempre presentes los mencionados hechos, se avergonzarian de haber apellidado á las mujeres débiles, frívolas y superficiales.

¡Hombres, respetad á la mujer y educadla en el amor á la verdad, porque ella trasmitirá á vuestros hijos la educacion que le hayais dado!

¡Educad á las mujeres para madres!

La influencia de la madre no se borra nunca, lo que ella nos enseña no se olvida jamas.

Chateaubriand recitaba con más entusiasmo que los versos de Homero unos cantares tiernos, pero sin nin-

gun mérito literario, sólo porque los había aprendido en su hogar.

Chateaubriand daba mucha importancia á las mujeres. No hay nada — dice — que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle á uno sus hermanos y sus amigos y le desconocen sus compañeros; pero no sucede lo mismo con su madre ó con su hermana.

Los pesares que experimentó la madre de Chateaubriand, decidieron á éste á escribir «El Genio del Cristianismo:» el dolor ocasionado por la muerte de su hermana Lucila, le hizo pensar en la aplicación de las teorías literarias de aquella obra y concibió el plan de «Los Mártires,» magnífica epopeya en prosa.

Lo repetimos mil veces: es indiscutible la influencia de la mujer. De una lágrima de la madre de Chateaubriand, brotó «El Genio del Cristianismo:» del último suspiro de Lucila «Los Mártires de la religion cristiana.»

La lágrima de una mujer devota, puede crear el brillante panegírico de una religion; la burlesca sonrisa de una mujer escéptica puede destruirlo.

ELENA

MADRE DE CONSTANTINO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gun mérito literario, sólo porque los había aprendido en su hogar.

Chateaubriand daba mucha importancia á las mujeres. No hay nada — dice — que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle á uno sus hermanos y sus amigos y le desconocen sus compañeros; pero no sucede lo mismo con su madre ó con su hermana.

Los pesares que experimentó la madre de Chateaubriand, decidieron á éste á escribir «El Genio del Cristianismo:» el dolor ocasionado por la muerte de su hermana Lucila, le hizo pensar en la aplicación de las teorías literarias de aquella obra y concibió el plan de «Los Mártires,» magnífica epopeya en prosa.

Lo repetimos mil veces: es indiscutible la influencia de la mujer. De una lágrima de la madre de Chateaubriand, brotó «El Genio del Cristianismo:» del último suspiro de Lucila «Los Mártires de la religion cristiana.»

La lágrima de una mujer devota, puede crear el brillante panegírico de una religion; la burlesca sonrisa de una mujer escéptica puede destruirlo.

ELENA

MADRE DE CONSTANTINO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DE CONSTANTINO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO II.

La madre de Constantino.

I

Las mujeres fueron grandes propagadoras del cristianismo: no es extraño que sucediera así; el cristianismo es una religión basada en el amor: nadie podía comprenderla como las mujeres.

¡Amor! Estas cuatro letras pueden formar el dogma de la mejor religión.

Si todos supiésemos amar, todos seríamos buenos. Si todas las almas estuviesen templadas para el amor, todas podrían salvarse.

El cristianismo impone la obediencia á nuestros padres, y la obediencia es amor; el cristianismo predica la caridad, la caridad que es manantial inagotable de amor; el cristianismo enseña la benevolencia con el prójimo,

y la benevolencia es una de las mil formas del amor; el cristianismo inspira la abnegacion; ¿qué es la abnegacion? El más alto, el más puro, el más tierno grado del amor.

¡Amaos los unos á los otros!

¡Cuán sabio y sublime precepto!

El cristianismo ofrece al delincuente el perdon, que es amor, si lo implora con verdadaro arrepentimiento; las otras religiones le amenazan con severos castigos.

El cristianismo es la más humana y la más dulce de las religiones.

El pagano que irritaba á sus dioses, era inmolado en sus altares; el pecador cristiano no tenia que inmolarse, se encontraba con un Dios que se inmolaba por él. Los altares del cristianismo no debian ser regados con la sangre del pecador, sino con sus lágrimas.

Jesucristo se presentaba humildemente sin humillar á los demas séres con su grandeza; otros reformadores se han rodeado de pompas mundanales. Jesucristo convence con sencillas frases; Mahoma necesita imponerse por medio de la fuerza, y ofreciendo deleites para los sentidos.

El cristianismo no trata de halagar la materia, porque es la religion del espíritu; y como las mujeres son espiritualistas, lo abrazaron con entusiasmo. Asombroso es el poder de esta religion: al aparecer, nivela al rico con el indigente y cambia los gustos y costumbres de los potentados. Las matronas romanas trocaron los es-

plendores de la púrpura patricia por humilde sayal, dando este ejemplo entre las primeras, Marcelina, Paula y Eustoquia, estas eruditas mujeres que departieron con los hombres más sabios y dieron gran impulso á las letras cristianas.

Desde que Jesucristo aparece predicando su doctrina hasta que se levanta de la tumba para remontarse al cielo, no se vió ni un momento abandonado por las mujeres. Durante su Pasion le acompañaron su Madre, María Cleofas, María Salomé, María de Bethania y María Magdalena. María Egipcíaca, al oír la palabra de Jesucristo, se retira á un desierto para vivir la vida de la penitencia, despues de haber vivido por espacio de 17 años sumida en el pecado.

Las mujeres, que siempre tienen adivinaciones y presentimientos, protestaban contra los improperios lanzados contra Jesucristo, y tanto es así, que la mujer de Pilatos, admiradora de la grandeza del Hombre Dios, tuvo revelaciones acerca de la divinidad de Él. Acaloradas luchas sostenia con su marido para conseguir que no dictase éste la sentencia contra Jesus; mas Pilatos fué cobarde, al vacilar entre la influencia que ejercia su mujer sobre él, y entre los clamores de la muchedumbre y las sugerencias de su vanidad. En esta batalla moral Claudia salió derrotada. La desesperacion de esta mujer fué muy grande cuando supo que la terrible sentencia se cumplia. Algunos Padres de la Iglesia afirman que la mujer de Pilatos se ha salvado.

Las mujeres prestaron al Salvador importantes servicios durante su Pasión. La Samaritana apagó la sed de Jesucristo; la Verónica limpió el sudor de su frente; la Magdalena le ungió los pies con los más frescos y ricos perfumes. Distinguidas concesiones hizo Jesucristo á las mujeres: á la piadosa mujer de Berenices le dejó impreso el rostro en la batista con que enjugó su sudor; á Marta le otorgó la pedida resurrección de su hermano Lázaro; á Magdalena la dignificó ante el pueblo que la escarnecía. Interesante es esta mujer del Evangelio: dotada de gran belleza, de imaginación exaltada y de temperamento ardiente, fué muy célebre por su vida licenciosa, mas la celebridad de su arrepentimiento eclipsó la celebridad de sus pecados. Al oír hablar de Jesucristo quiso conocerle, porque á su fantástica imaginación seducía todo lo maravilloso; le *vio, le escuchó y creyó*. Apasionada de sus doctrinas, pensó en su redención, y después de convertir á una falange de mujeres, que cual Magdalena habían vivido en el pecado, se puso al frente de ellas, y todas juntas siguieron á Jesucristo desde Getsemaní hasta el Calvario. A Magdalena se la ve al pie de la cruz llena de dolor, y enfrente de la sepultura de Jesús llena de esperanza, porque Él le había dicho que resucitaría, y la Magdalena tuvo el instinto de creer en la anunciada resurrección. Sabido es que Magdalena embalsamó el cuerpo de Jesús y que fué premiada con la aparición del Salvador, recibiendo del mismo Redentor la orden de divulgar lo que había visto. Inmediata-

mente reveló la Magdalena la resurrección del Salvador, y el número de sectarios se centuplicó.

Imposible olvidar la famosísima frase de Jesucristo dirigida á la famosa pecadora: «Mucho te será perdonado porque has amado mucho.»

Algunas mujeres de costumbres muy voluptuosas, tales como Marion Delorme, Ninon de Lenclos y Sofía Arnould, han querido ampararse con esa frase, pero no pueden encontrar en ella su absolución. La célebre Sofía, notable actriz francesa, hallándose gravemente enferma en 1808, llamó á un sacerdote y también intentó defenderse invocando las divinas palabras; mas no sabemos lo que le contestaría el confesor.

La Magdalena había llorado mucho, y además su arrepentimiento fué en la juventud. Retirarse del mundo cuando los placeres más seductores invitan á la mujer hermosa á gozar, es un mérito; reservar el arrepentimiento para la vejez, es un sofisma que no admitirá El que es todo verdad.

Poética es la figura de la Magdalena; ella ha inspirado obras maestras al sublime pincel de Ticiano, Murillo, Leonardo de Vinci, Rivera, Alonso Cano, Pablo Veronés, Correggio y Zurbarán.

II

A una mujer, á la virtuosísima Elena, á la excelsa madre del gran emperador Constantino, cupo la incommensurable dicha de encontrar la cruz del Redentor, símbolo de nuestra Religion.

Tan favorecido ha sido el sexo femenino por la religion cristiana, que algunos sectarios de otras religiones han apellidado al cristianismo la religion de las mujeres.

Débese á la piadosa Elena la conversion de su hijo Constantino.

La influencia que ejercia sobre él, fué suficiente para hacerle simpática la religion del Crucificado, y cuando en la batalla contra Magencio, creyó ver sobre el sol un esplendor que fulguraba en forma de cruz, rodeado de esta inscripcion: *In hoc signo vincis*, resolvió adoptar la cruz por divisa, y el estandarte del águila romana se trasformó en santo lábaro que ostentaba la cruz. Esta enseña, con el monograma de Cristo, sustituyó á las de los dioses que hasta entonces presidian las batallas, y la cruz, que en el Gólgota habia sido emblema de oprobio y baldon, imperó despues sobre los reyes, guió los ejércitos y marcó la faz de una nueva civilizacion.

El vencedor de Licinio y de Maximino no fué cruel con sus enemigos, pues Elena se esforzó en dulcificar los bélicos y duros instintos de su hijo, y tanto lo con-

siguió, que cuando un adulator fué á decir á Constantino que se vengase de los que habian apedreado su estatua, el Emperador le contestó: *las pedradas no me han hecho ninguna contusion.*

Por influencia de Elena promulgó Constantino en Milan el célebre edicto en favor de los cristianos; levantó templos, concedió inmunidades y privilegios á los eclesiásticos, declarándolos exentos de cargos civiles.

A la dulce iniciativa de Elena debióse la abolicion de los combates de los gladiadores, y el que se prohibiera consultar los augures, mutilar los esclavos, marcar los condenados en la frente y hacerlos morir en la cruz.

Esta admirable mujer, animada por la fé religiosa, emprendió su peregrinacion á Tierra Santa á los setenta y nueve años de edad. Constantino puso á sus órdenes los tesoros del Erario, pero Elena no quiso aceptar nada, y viajó de incógnito para que no le tributaran honores reales.

Gran ejemplo de modestia y humildad será siempre esta Emperatriz, que se impuso, al hacer su viaje á los Santos Lugares, las más duras privaciones, pudiendo haber viajado rodeada de todas las comodidades y de todo el lujo debido á la fortuna de su hijo y á su alto rango.

Cuando llegó á Tierra Santa hizo demoler un templo pagano que estaba sobre el Calvario, y entre estas y otras ruinas empezó á dirigir las excavaciones, con objeto de encontrar el santo leño, emblema de la religion cristiana.

Guiada por inspiracion divina, su noble empresa no podia fracasar, y tras algunas luchas y fatigas, en las que no desmayó su fé ni un momento, recibió como premio á su constancia, el inestimable don de encontrar lo que formaba su mayor anhelo. Para solemnizar el inapreciable hallazgo, mandó construir tres templos, uno sobre el Santo Sepulcro, otro en Belem y otro sobre el monte Olivete. Uno de los trozos de la Santa Cruz lo hizo engazar en ricas piedras y se lo envió á su hijo Constantino; los restantes los distribuyó entre algunas iglesias.

III

¡Qué contraste entre la Helena del paganismo y la Elena de los cristianos!

La Helena griega enciende satánicas pasiones entre dos pueblos y hace que se destruyan por ella.

La Elena romana conságrase á curar á los heridos abandonados por los partidarios de su hijo, dando ejemplo de alta tolerancia religiosa y de gran caridad.

Nada importa que la espada de Menelao caiga ante una mirada de la hermosa Helena griega; una palabra de la Elena romana le hace terminar á Constantino la transfiguracion del mundo antiguo.

Es cierto que la Helena griega creó el arte clásico; pero la Elena romana hizo más que ella, propagando la más perfecta de las religiones.

Soberbios altares se alzaron á la Helena griega, en los cuales fué deificada; modestos han sido los altares erigidos á la Elena cristiana, y sin embargo, se han derumbado los de aquella, y permanecen incólumes los de ésta.

Nos objetareis que la Helena griega educó el sentimiento estético é inspiró el arte plástico; mas tened en cuenta que en las épocas de mayor entusiasmo artístico, el arte no ha sido más que la religion de los sentidos, mientras que el cristianismo fué desde sus primeros albores, ha sido y será siempre, la religion de las almas. Helena no pudo eternizar la materia; el cristianismo ha podido inmortalizar el espíritu.

Helena ha sido sublimada entre los poetas griegos de su tiempo, porque como no presentian el cristianismo, no encontraban nada superior á la hermosura de la forma; pero para los pueblos latinos, menos sensibles á la belleza corporal que los griegos, la hija de Lacedemonia es una mujer digna de censura.

El fanatismo que inspiró fué tan grande, que Eurípides, el formidable enemigo de las mujeres, le dedica entusiastas panegíricos; Teócrito, Gorgias y otros le han consagrado brillantes apologías. Hasta el mismo Homero, viendo que no puede presentar á Helena inmaculada, tiende sobre ella un florido manto de conmisericion, exclamando: *Helena es el instrumento de los dioses contra Troya. Helena es una víctima condenada á la fatalidad del deshonor por su extraordinaria hermosura.*

Nunca podrá conseguir Homero, con todo el prestigio poderoso y fascinador del genio, que su Helena aparezca pura.

La Helena de los griegos es el pecado; la Elena de los cristianos la virtud.

IV

Todos los pueblos antiguos asociaron la mujer á sus religiones. Los israelitas convirtieron á Débora en profetisa; los galos y romanos consultaban á la mujer los asuntos religiosos; los griegos tuvieron Pitonisas; los romanos Sibilas. En la religion de los indios hay una trinidad femenil que la componen Sarasvati, Bavani y Lacmi; la *Gran Madre* que tiene en su mano el loto florido.

Los egipcios sentian tan exaltado entusiasmo hácia la diosa Isis, que cada dia inventaban un nombre nuevo para ella; por tal razon Isis ha sido apellidada *mirionisma*, ó sea la de los diez mil nombres.

En todos los cultos religiosos encontrariamos á la mujer si nos propusiéramos hacer un estudio acerca de las religiones; pero ninguna de ellas puede presentar un ideal más perfecto y poético que el cristianismo: la admirable, la sublime figura de la Virgen Madre.

El cristianismo es la religion que ha inspirado mayores heroismos á las mujeres; el cristianismo es la religion que cuenta en sus anales mayor número de mártires.

¿Cómo no habia de amar la mujer una religion que le dió personalidad, que la sacó de la ignominiosa abyeccion en que vivia?

La mujer encontró muy humana la religion que tiene un consuelo en esta vida para cada dolor, y que nos sonríe con la acariciadora esperanza de un mundo perfecto donde no ha de penetrar la injusticia.

La mujer abrazó con justo entusiasmo el cristianismo, religion de las almas tiernas, porque es la religion del indigente, del desvalido; porque consuela al que llora, alienta al que desfallece, protege al débil y ampara al desgraciado.

Propagadora la mujer del cristianismo, y siendo tan grande su influencia sobre el hombre, no es extraño se realizaran conversiones tan famosas como la de San Agustin por Santa Mónica, la de San Juan Crisóstomo por su madre, la de San Hermenegildo por su esposa Ingunda y la de Constantino por Santa Elena.

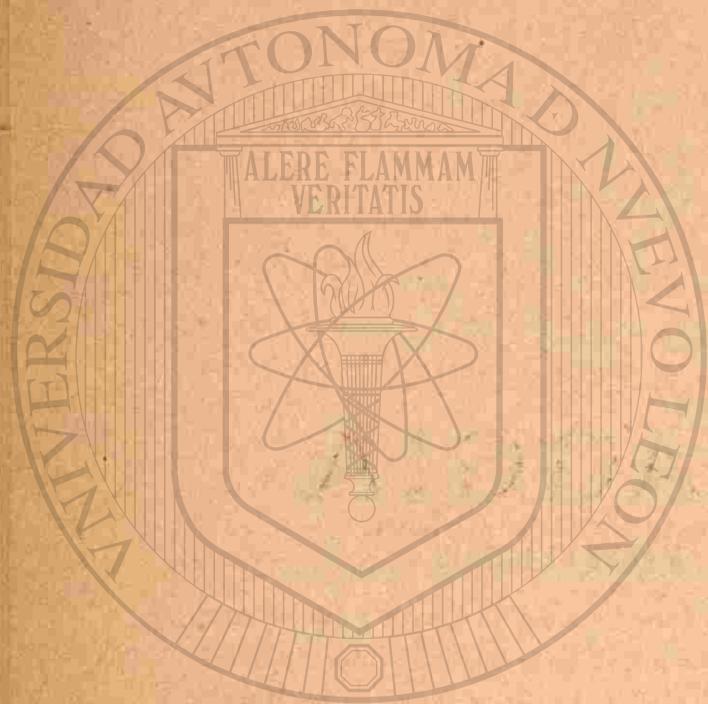


MAGGIA

MADRE DE RAFAEL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO III.

La madre de Rafael.

¿QUIÉN no conoce á Rafael de Urbino? Rafael es el pintor de la gracia más ideal, el pintor de la belleza mística, el pintor de la pureza. Solo Murillo ha sabido unir como él la alegre é inocente expresión virginal á la solemne y reposada expresión de la madre. Rafael tiene estilo propio que sus muchos admiradores han denominado rafaelesco. Sabido es que el estilo rafaelesco posee gran pureza, corrección y armonía de color. Rafael Sanzio ó de Urbino es el más célebre de los pintores modernos. ¿A qué se debe la dulzura, la bondad y el suave temple del alma de Rafael?

Débese á su madre.

Maggia, la madre del artista inmortal, depositó toda su ternura en Rafael, y como lo amaba tanto, se la supo transmitir.

La madre de Rafael era sentimental y poética. Dotada de gran sensibilidad, quiso educar á su hijo por sí misma, tratando de rodear la infancia del querido niño de cuadros seductores.

El marido de Maggia, llamado Juan Sanzio, que era un buen pintor, sobre todo como retratista, tenía un estudio muy alegre, y en él quiso colocar Maggia la cuna de su hijo.

Con ese sublime presentimiento de las madres que no falla nunca porque es divino, Maggia auguró que su hijo sería célebre.

Creyéndolo destinado á la gloria, quiso alegrar su mirada con cuadros risueños para que penetrasen en su alma imágenes placenteras y tomase su inspiración suaves tintes, dulces tonos. Al efecto rodeó la cuna de su hijo de cuadros de vírgenes, de pájaros y de flores.

La madre de Rafael era eminentemente católica, y por eso Rafael ha sabido representar en sus cuadros el ideal católico con tan gran inspiración.

Rafael respiró en su hogar el artístico entusiasmo que era en su familia tradicional religión.

El padre de Rafael no solo era pintor, también hacia versos: todavía se conserva en el Vaticano una crónica en verso que escribió en honor del duque de Urbino su protector.

Rafael, que en unión de Miguel Ángel y Leonardo de Vinci, representa el Renacimiento, fué un sér extraordinario en todo: su vida está esmaltada de episodios originalísimos. Se han observado en él diferentes particularidades que no son comunes á los demás séres. Rafael nació en Urbino el 6 de Abril de 1483, y murió en Roma el 6 de Abril de 1520. Rafael fué discípulo del célebre *Perugino*; pero pronto la celebridad del discípulo sobrepujó á la del maestro.

Los condiscípulos de Rafael le llamaban *il gragiosísimo*.

En Rafael sobresale el amor á la perfección, por eso ha pasado á la posteridad esta frase suya: «El pintor debe representar las cosas no como las hace la naturaleza, sino como debería hacerlas.»

Rafael es más idealista que real, porque no puede ser realista un alma enamorada de la perfección. Sin embargo, en muchas obras de Rafael se enlazan el naturalismo y el idealismo, y de tan feliz consorcio brota el ángel humanizado. Rafael ha sabido unir el espiritualismo del sentimiento moderno con el plástico idealismo de la belleza griega. El inmortal artista debió á su dulce carácter cuantas simpatías conquistó, y el haber sido el predilecto de Julio II y Leon X.

La figura de Rafael era interesante, y su trato amable y ameno.

Rafael no pintaba por buscar gloria, sino porque sentía la necesidad de producir lo bello.

David no pulsaba el arpa por hacerse escuchar entre los hombres; los sonidos de su arpa eran alabanzas dirigidas á Dios.

Fra Angélico no trabajaba para la posteridad; las líneas y el color eran oraciones creadas por él y dirigidas al Onnipotente.

Lippo Dalmasio no quiso pintar más que ángeles y vírgenes: su inspiracion era completamente celestial.

El pintor de la Sacra Familia tuvo siempre por númen á la mujer: la primera inspiradora de sus cuadros fué su madre; la segunda, Fornarina.

El genio de Rafael tiene toda la delicadeza femenina, sin carecer de vigor.

La madre de Rafael ejercia gran influencia sobre él, y tanto es así, que de las narraciones de su madre tomaba asuntos para sus cuadros. Maggia le habia referido la espantosa tradicion denominada Degollacion de los inocentes; y tanto se impresionó con ese relato, que entre los papeles de Rafael donde se encontraron sus primeros ensayos, existe en una cuartilla de papel un cuadro dibujado á la pluma representando la conocida tradicion. La composicion, que está dividida en dos grupos, es una composicion infantil que acusa los cortos años de su autor. Rafael era un niño cuando la ejecutó, un niño que no tenia formado el criterio, pero que poseia exuberancia de inspiracion. El autor era entonces todavía más candoroso que los sacrificados que representaba. Hay en uno de los grupos una mujer ame-

nazando á un guerrero con un zueco. No puede ser más cándida la idea. Los verdugos de aquel cuadro resultaron de suave expresion; no parecian verdugos. Rafael no sabia pintar la ferocidad. Decididamente no habia nacido para pintar malvados.

En el alma de Rafael, tranquila como un lago, solo se reflejaban los dulces afectos; las pasiones tumultuosas no tenian lugar.

Rafael es el sacro pintor de las Madonnas, por eso ha legado más de doscientas vírgenes á la admiracion de la posteridad.

En la *Virgen del Pozo*, en la *Virgen de la Tienda*, en la *Virgen de la Silla* y en la Sacra Familia, resplandece el férvido entusiasmo maternal que Maggia supo inspirarle.

Rafael ha sido único para expresar el éxtasis maternal, como Murillo ha sido el único que ha sabido expresar la expresion virginal.

Las Dianas y Minervas de los griegos, presentadas como emblema de gracia femenil y virginal, no pueden compararse á las vírgenes de Murillo, como no puede compararse Ceres á las madres pintadas por Rafael.

Por todas partes se han esparcido las vírgenes del místico pintor.

En Berlin poseen una Virgen suya, que tiene sobre las rodillas al Niño Dios.

En el Vaticano se halla la Coronacion de la Virgen, debida á su pincel.

En el Museo de Milan está el admirable cuadro del «Casamiento de la Virgen,» denominado Sposalizio. En Florencia atesoran muchas Madonnas suyas.

En Toscana tienen la célebre Virgen de la Palmera. Mas la obra maestra de Rafael es la *Virgen del Velo*. ¡Qué estilo tan natural, fácil y poético tiene este cuadro!

Las vírgenes madres pintadas por Rafael respiran castidad en las formas, son formas ideales creadas por un poeta, son las doncellas púdicas que soñó en su adolescencia.

Las madres pintadas por el sublime artista tienen tanta ternura, idealismo y pureza, que parecen divinas.

Rafael es el pintor de las mujeres: despues de haber creado la *Virgen de la Rosa*, la del Pez, la de la Perla y tantas otras ya mencionadas, ha embellecido el mundo del arte con los cuadros de *Santa Cecilia*, *Santa Margarita*, *Santa Catalina de Alejandría* y la *Bella Jardinera*.

¡Cuán poderosa es la influencia de la mujer!

La ternura de Maggia convirtió á Rafael en sublime pintor de la Virgen Madre.

Si no se conoce bastante la influencia femenina, es porque la mayor parte de las mujeres esconden su poder en vez de hacer alarde de él.

La mujer que generalmente posee la virtud de la modestia, no solo oculta el predominio que ejerce sobre los que la rodean, sino hasta su fuerza intelectual.

Afortunadamente algunos grandes hombres dotados

de alma generosa proclaman elocuentemente las aptitudes que poseemos y que nuestros impugnadores sistemáticos nos niegan.

Calderon, en una comedia titulada «El Mayor encanto Amor,» pone en boca de Circe los siguientes versos:

.....
.....

Que en fin las mujeres, cuando
Tal vez aplicar se han visto
A las letras ó á las armas,
Los hombres han excedido,
Y así ellos, envidiosos,
Viendo nuestro ánimo invicto,
Viendo agudo nuestro ingenio,
Porque no fuera el dominio
Todo nuestro, nos vedaron
Las espadas y los libros.

Apelemos á la irrecusable autoridad de Calderon cuando nos ataquen nuestros detractores.

Es indudable que la mujer modela á su hijo y que los niños educados por una mujer superior, adquieren altísimas cualidades.

Un amigo de Goethe, al conocer á la madre del gran poeta alemán, exclamó: *Ahora comprendo por qué ha llegado á ser Goethe lo que es.*

¡Hermoso elogio para Catalina, Isabel, Textor!
Benditas las madres que cual la de Washington pueden decir: *He enseñado á Jorge la virtud; la gloria no es más que una consecuencia de ella.*

Espero que mi hijo se acordará de las lecciones que le he dado, y no olvidará que es simplemente un ciudadano al cual Dios ha hecho más feliz que á los otros.

La madre de Rafael inspiró también á su hijo la humildad, y esa humildad le valió el poder contar siempre con un gran círculo de amigos.

Pocos tuvieron la dicha de Rafael, pues solo él ha poseído una aureola de gloria, sin que se ciñera á sus sienes una corona de espinas.

Si la Parca nos lo arrebató tan pronto, fué porque tuvo envidia del brillante destino que cupo en suerte al que pudiéramos apellidar *Benjamin de la Fortuna.*

Os hemos hablado de Maggia Ciarla porque ejerció gran influencia en el númen del sublime pintor de las Vírgenes, de las Madres, de las Gracias y las Sibilas; del pintor de la belleza femenil.

BERENGUELA LA GRANDE

MADRE DE SAN FERNANDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Hermoso elogio para Catalina, Isabel, Textor!
Benditas las madres que cual la de Washington pueden decir: *He enseñado á Jorge la virtud; la gloria no es más que una consecuencia de ella.*

Espero que mi hijo se acordará de las lecciones que le he dado, y no olvidará que es simplemente un ciudadano al cual Dios ha hecho más feliz que á los otros.

La madre de Rafael inspiró también á su hijo la humildad, y esa humildad le valió el poder contar siempre con un gran círculo de amigos.

Pocos tuvieron la dicha de Rafael, pues solo él ha poseído una aureola de gloria, sin que se ciñera á sus sienes una corona de espinas.

Si la Parca nos lo arrebató tan pronto, fué porque tuvo envidia del brillante destino que cupo en suerte al que pudiéramos apellidar *Benjamin de la Fortuna.*

Os hemos hablado de Maggia Ciarla porque ejerció gran influencia en el númen del sublime pintor de las Vírgenes, de las Madres, de las Gracias y las Sibilas; del pintor de la belleza femenil.

BERENGUELA LA GRANDE

MADRE DE SAN FERNANDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

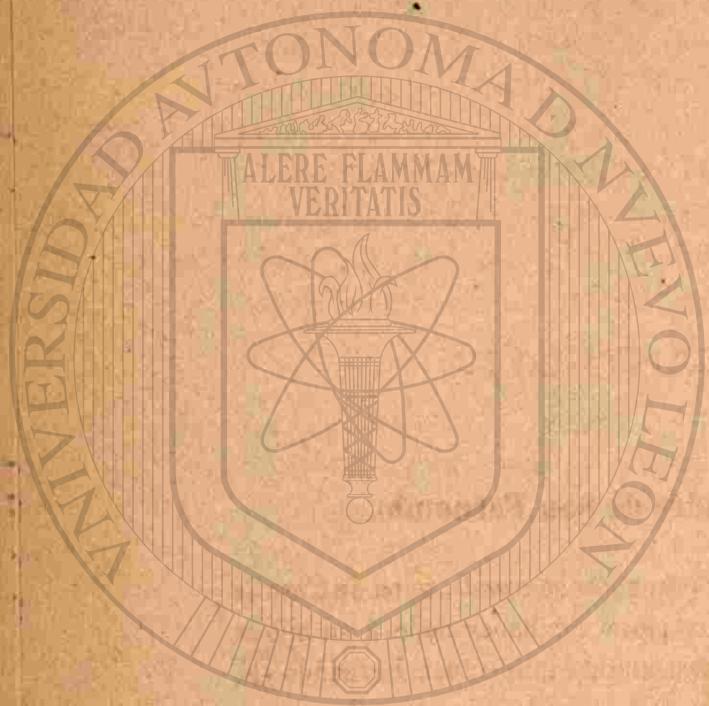
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DE SAN FERNANDO. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO IV.

La madre de San Fernando.

QUÉBELE á D^a Berenguela *la grande*, reina de Castilla y de Leon, la gloria de haber dado á su hijo la educacion física, moral é intelectual. Fernando III el Santo es la perfecta obra de una madre modelo. Esta venerable reina, pacificadora de todos sus Estados, prudente y discreta, que llevaba con tanto acierto las riendas del poder, no descuidó por los deberes que impone un trono los cuidados que exigia la educacion de su hijo.

Parecia hallarse destinada esta gran mujer á dejar una gloriosa sucesion de Príncipes y Princesas, pues la madre de San Fernando es la abuela de Alfonso el Sabio y de la infanta D^a Leonor, aquella interesante mujer conocida en la historia como dechado de esposas admirables.

D^a Berenguela tuvo una descendencia que imitó sus muchas virtudes. El fervor religioso que inspiró D^a Berenguela á su hijo Fernando contribuyó á que éste combatiera contra los sarracenos tan encarnizadamente.

AL Modesta y humilde siempre, invertía las cantidades destinadas á solemnizar con brillantes fiestas los triunfos de su hijo, en aliviar á los menesterosos. El pueblo la denominó su bienhechora; los pobres su ángel bueno.

Nunca empleó la severa arma de la justicia en contra de sus vasallos; prefería la piedad.

D^a Berenguela cedió á Fernando la corona tan pronto como le fué posible, para dirigir desde la vida privada con el mayor tino todos los actos de su hijo. Acostumbróle á que perdonara ofensas é ingratitudes y á despojarse de todo rencor: por su influencia consiguió Fernando III el sosiego, la tranquilidad y el engrandecimiento de la patria.

Todos los historiadores de su tiempo hacen brillantes apologías de esta reina, todos la denominaron gloria y honor de Castilla, modelo de princesas discretas y prototipo de buenas madres.

Al hablar Alfonso el Sabio del dolor que su padre sintió por la muerte de D^a Berenguela, se expresa en estos términos:

Non era maravilla de haber gran pesar; ca nunca rey en su tiempo otra tal perdio de cuantas hayamos habido, nin tan comprida en todos sus fechos.

De D^a Berenguela puede decirse cual de la madre de San Luis, que tenía valor de hombre en corazón de mujer. Esa gran madre que la historia conoce con el nombre de Blanca de Castilla, decía á su hijo Luis: *Hijo mio, te amo con extremo, y sin embargo, quisiera verte muerto antes que manchado con un pecado mortal.*

Blanca de Castilla y Berenguela la Grande dieron á sus hijos una educación muy semejante. Ambas conocían los deberes que impone un trono, y ambas aleccionadas por la experiencia que les dió el haber reinado, supieron educar á sus hijos para reyes. Las dos reinas nacieron con esa altivez española tan ingénita en la mujer de la raza hispano-americana, la cual inculcaron en el corazón de sus hijos, para que los preservara de toda acción baja y vil.

Fernando III, que adoraba á su madre, respetó muchísimo á las mujeres; la historia ha conservado en sus anales esta frase suya: *Temo más á la maldición de la más infima mujer, que á todos los ejércitos de los moros.*

Fernando III fué digno hijo de Berenguela la Grande, de esa famosa reina que ha inspirado páginas brillantes, grandes elogios á cuantos han hablado de ella.

Decía un contemporáneo suyo, el ilustre arzobispo Don Rodrigo Gimenez de Rada, acerca de Doña Berenguela, las siguientes palabras:

«Esta esclarecida reina crió á su hijo con tal cuidado y le instruyó en las virtudes cristianas, que estando adornada de todas ellas nunca lo apartó de su pecho,

para que al administrarle el puro y cándido néctar se alimentase el niño de las virtudes de su madre, en cuya prosecucion, aun siendo ya Fernando de edad crecida y adelantada, fueron continuas las persuasiones y repetidos consejos para que en todas sus acciones tuviese por blanco el mayor obsequio de Dios y despues el gusto de sus vasallos; dejándose ver siempre en las palabras de esta señora, no femeniles melindres sino magníficos y levantados pensamientos. A la verdad esta gran reina conservó con tanto estudio y comunicó con tanto desvelo los dones y gracias recibidos de la liberal mano de Dios, que todo tiempo, todo estado, todas gentes, y en fin, las naciones todas experimentan en sí con crecidas medras y aumentos, el cariño y afecto de su magnificencia, hallando medio de conservar como discreta en su integridad todo el ramillete hermoso de sus virtudes: vertia á manos llenas los favores y gracias, distribuyendo desinteresada riquezas y tesoros, ya de los que habia heredado de sus padres, ya de los que á su corona tributaban sus vasallos, ostentando pródigo desprecio de los bienes de fortuna, al paso que mostraba continuas aspiraciones de los eternos. Con razon pues robó esta gran mujer las admiraciones de nuestro siglo, supuesto que ni en él ni en todos los de nuestros mayores se encuentra quien en perfecciones la compita.»

Hállase sepultada esta reina en la histórica y monumental Burgos, en el coro del monasterio de las Huelgas fundado por su padre Alfonso VIII en memoria

de la batalla de las Navas de Tolosa. En dicho coro se encuentran entre otros cadáveres de personas reales, el de Doña Leonor de Inglaterra, el de una hija de San Fernando, el de Doña Margarita de Austria, el de la infanta Doña Blanca, el de Doña Urraca, reina de Portugal, y los de las infantas Doña Mafalda, Doña Sancha, Doña Leonor y Doña Catalina.

Todos los pensadores están sumamente de acuerdo en la creencia de que las madres infunden en sus hijos las virtudes y los defectos que ellas poseen, por eso se apresura el gran poeta Heine á demostrar que su madre no es responsable de las excentricidades que él cometió.

Trascribamos sus mismas palabras: Mi madre—dice Heine—era una mujer instruida y muy inteligente, que leia cuantos buenos libros se publicaban, y educaba á sus hijos por sí misma. Su razon y sus sentimientos eran la esencia de la santidad, y no fué de ella de quien heredé mi aficion al romanticismo y mis gustos fantásticos. Mi madre tenia un verdadero miedo á la poesía; me quitaba todas las novelas que me veia en las manos; no me permitia jamas frecuentar los espectáculos ni queria que yo tomara parte en los juegos de mis condiscípulos; me vigilaba en todo, reñia á los sirvientes que contaban delante de mí historias de espectros, y hacia, en una palabra, todo lo posible para apartarme de toda supersticion y de toda extravagancia.»

La educacion que se recibe en el hogar es la que más domina siempre: las escenas que allí vemos repre-

sentadas, no se desvanecen nunca en nuestra memoria.

Una tia de Rousseau que cantaba junto á la ventana del cuarto de éste al ocuparse de sus labores, inspiró al precoz niño su afición á la música.

La madre de Rousseau, que era muy culta y habia hecho estudios literarios, le transmitió al amamantarle en su seno, esa predestinacion á las cosas del espíritu y esa valiente sensibilidad del alma que forman el fondo del carácter del elegante escritor. La madre de Rousseau habia recibido de la naturaleza un espíritu delicado y de su padre un espíritu muy culto. Esta mujer descendia sin hipócrita vergüenza á las más humildes funciones del hogar, entregándose simultáneamente sin ninguna pretension á las más sólidas y elegantes lecturas de la vida estudiosa. Desgraciadamente murió esa gran mujer antes de haber podido inspirar á su hijo todas sus virtudes. El padre de Rousseau que habia dejado á su esposa jóven, bella y sola en Ginebra para hacerse relojero del serrallo en Constantinopla, infundió sin duda á su hijo su afición á las aventuras y al desórden. Estas dos filiaciones hicieron más tarde de Rousseau un niño impresionable, un escritor sublime, un soñador quimérico y un filósofo vicioso.

«No he sabido—dice él mismo—cómo sufrió mi padre la pérdida de mi madre; sé no obstante, que jamas llegó á consolarse de ella. Creia verla de nuevo en mí, sin poder olvidar que mi nacimiento le habia

« costado la vida. Jamas me besó él que no conociera yo
« en sus suspiros y en sus abrazos convulsivos que un
« amargo pesar se mezclaba con sus caricias, no por ello
« menos tiernas. Juan Jacobo—me decia—hablentos
« de tu madre. ¿Cómo, padre, ya vamos á llorar?—exclama
« yo,—y estas solas palabras le arrancaban lágrimas.
« ¡Ah! decia gimiendo, devuélvemela, consuélame
« de su pérdida, calma el vacío que ella dejó en mi alma.
« ¿Te querria yo tanto si no fueras hijo suyo?»

« Mi madre habia dejado novelas: mi padre y yo las
« leiamos despues de cenar. Primero solo se trataba de
« ejercitarme en la lectura con libros amenos, mas en
« breve el interes se hizo tan vivo, que leiamos uno tras
« otro sin descanso y pasábamos las noches en esta ocu-
« pacion. Creo que los libros nos parecian mejores porque
« habian sido escogidos por aquella inolvidable mujer.»

Cuán deliciosas son estas líneas de Rousseau. ¡De qué modo sabe sacar interes de unas escenas íntimas que nada dirian á los seres vulgares! Un escritor semejante tiene que apoderarse indefectiblemente de los corazones, y moverlos á su antojo impeliéndoles hácia donde él quiera.

Si Rousseau fué desordenado en su vida y hasta frio de corazón, es porque le faltaron en su infancia las caricias maternas. Si no hubiera muerto su madre, esta mujer superior le hubiera modelado, haciendo de él una obra perfecta.

¡Madres, no olvideis cuán grande es vuestro poder sobre los seres á quienes dais la vida!

¡Madres, corregid á vuestros hijos desde muy niños para que no se diga más tarde, que sus defectos son un plagio de los vuestros.

Hacedlos antes que sabios, buenos. ¡Procurad inspirarles todas las virtudes practicándolas vosotras!

No hay sublime teoría que tenga en moral la fuerza del buen ejemplo.

Imitad á Doña Berenguela la Grande, que supo hacer de su hijo un hombre eminente, un sér útil á su patria y un santo.

VOLUMNIA

MADRE DE CORIOLANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Madres, no olvideis cuán grande es vuestro poder sobre los seres á quienes dais la vida!

¡Madres, corregid á vuestros hijos desde muy niños para que no se diga más tarde, que sus defectos son un plagio de los vuestros.

Hacedlos antes que sabios, buenos. ¡Procurad inspirarles todas las virtudes practicándolas vosotras!

No hay sublime teoría que tenga en moral la fuerza del buen ejemplo.

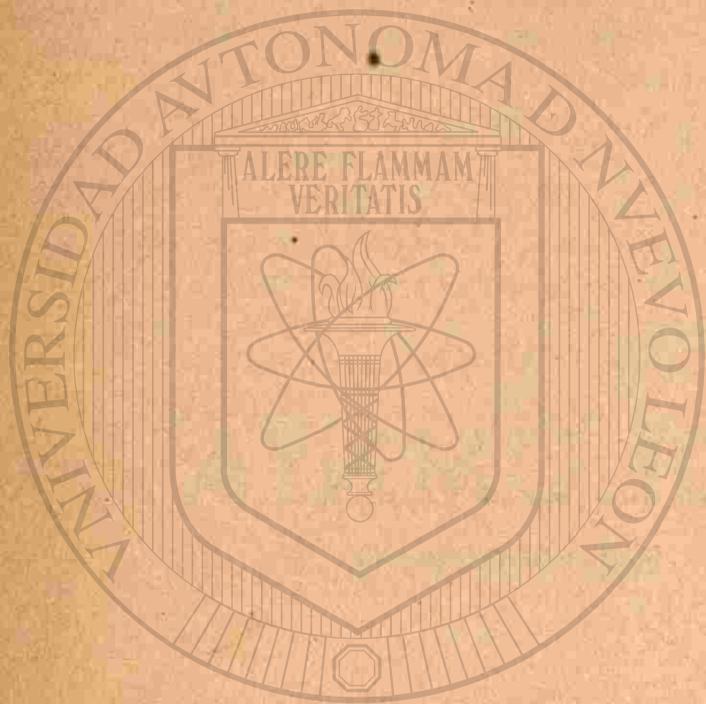
Imitad á Doña Berenguela la Grande, que supo hacer de su hijo un hombre eminente, un sér útil á su patria y un santo.

VOLUMNIA

MADRE DE CORIOLANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO V.

La madre de Coriolano.

He perdido mi hijo, pero
Roma se ha salvado.

VOLUMINA.

LAS mujeres ejercieron más influencia en la república romana que en el imperio, porque cuanto más puras son las costumbres mayor es la preponderancia de la mujer. En épocas de corrupción moral, poco ó nada valen las mujeres; en cambio, cuando las virtudes brillan en un pueblo, se acrecienta notablemente la importancia femenil.

La mujer debe dirigir todos sus esfuerzos á cautivar más los corazones que los sentidos; cautivando el corazón logrará un largo reinado; seduciendo los sentidos solo alcanzará un efímero poder.

Procure la mujer sembrar virtudes si quiere cosechar respeto y consideracion. Asentado el pedestal de la mujer sobre los cimientos de las más severas virtudes, nada tiene que temer, pues con tan sólida base la más demolidora piqueta no le puede derribar.

La virtud, que es en los corazones nobles misteriosa atracción hacia el deber, en las almas elevadas sed insaciable de lo bello, en los seres privilegiados vehemente aspiración hacia el bien ó impulso instintivo, debe ser además el impulso instintivo sancionado por la razón, pues si los vicios y los crímenes son errores de cálculo como dice muy acertadamente un filósofo, es preciso declarar que nos reporta grandes ventajas materiales y morales la práctica de la virtud. Así lo comprenden las madres dotadas de clara inteligencia, y por eso se esmeran en dar á sus hijos lo que vale más que la vida física, la triple educación moral, intelectual y social.

Es muy prolífica la semilla de la buena educación: la celosa madre que la derrame, gozará delicias inefables al contemplar la hermosa florescencia del corazón en que la vertió. Esta suprema felicidad la han alcanzado algunas mujeres extraordinarias que por ser tan discretas como buenas, realizaron portentosos milagros con el legítimo amuleto y el purísimo hechizo del amor maternal.

Entre las grandes mujeres que se destacan en la república romana, nadie ha podido olvidar á la madre de los Gracos que inculcó á sus hijos una alta idea de la dig-

nidad humana, alimentando el espíritu de éstos con los apotegmas de Zenon. Cornelia inspiró á sus hijos el amor á la gloria: como amaban mucho á su madre, por alabarla quisieron distinguirse, y lo consiguieron cumplidamente brillando en las virtudes, en las armas y en la elocuencia. Tan orgullosa estaba Cornelia de sus hijos, que prefería al glorioso título de hija de Escipion, el honroso renombre de madre de los Gracos.

Menos conocida que la madre de los Gracos es la madre de Coriolano, y por eso intentaremos hacer su semblanza, pues esta ilustre matrona romana es un tipo que conviene popularizar. Tan gigantesca es la personalidad cívica de esta mujer, que todavía no ha desaparecido su silueta entre las densas brumas de veintitres siglos: aún se perciben claramente los rasgos de su fisonomía moral con el telescopio de la historia. ¿A qué debe la madre de Coriolano su famoso renombre? ¿Tenía gloria propia? No: la celebridad de la madre de Coriolano es reflejada; la debe á su hijo, ó más bien al amor que supo inspirarle.

¡Oh madres, cread grandes hombres y ellos os inmortalizarán!

La madre de Cayo Marcio, llamado por antonomasia Coriolano, quedó viuda cuando su hijo se hallaba en los albores de la vida, y ella sola le educó. A pesar de pertenecer á ilustre progenie, pues las ramas del árbol genealógico de los Marcios se extienden hasta Numa Pompilio, la madre de Cayo Marcio era muy modesta,

tanto que jamas hacia alarde de su aristocracia, ni ostentaba lujo alguno en su atavío; jamas hubiera inspirado ella las leyes suntuarias. Fomentaba en su hijo el desprendimiento hácia las riquezas, y tanto lo consiguió, que cuando Coriolano ganaba una batalla jamas queria participar del botin; cedia á sus compañeros de armas los tesoros tomados á los vencidos.

Volumnia¹ se consagró á la educacion de su hijo, abandonando las fiestas sociales y cuanto pudiera distraerla de la grata mision que se habia impuesto. Vivía de la vida de Cayo, pues tanto se amaban, que las dos existencias se fundieron en una sola.

Un dia exaltado el adolescente por los relatos de su madre, la preguntó lleno de bélico entusiasmo:

—Madre, ¿te agradaria verme coronado de encina?

—Seria mi suprema felicidad—contestó ésta.

—Yo te daré esa felicidad, yo alcanzaré gloria para tí; amo el combate, mi pensamiento se enardece al recuerdo de las batallas, yo volveré triunfante á tu regazo.

—¡Ah, querido hijo, cómo inundas mi corazon de ventura! Que los dioses te protejan. Yo ofreceré sacrificios á Marte y á Belona.

—Sí, sí, tú me verás coronado; los tesoros de Saturno² no valen para mí lo que una rama de encina.

1 Algunos historiadores denominan Veturia á la madre de Coriolano; pero segun Plutarco, Moreri y Fenelon, se llamaba Volumnia. Shakespeare, en su magnífica tragedia "Coriolano," la denomina Volumnia, cual Plutarco. Nos atenemos á este historiador.

2 En el templo de Saturno se guardaban las arcas del Erario público.

Coriolano sintió siempre predileccion por este árbol majestuoso, que por su elevadísima talla y el vigor de su tronco, es el rey de los bosques. La encina estuvo siempre consagrada á Júpiter; la encina, emblema de la fuerza, la encina, que tiene tanto prestigio poético y tradicional. Los bosques de encina fueron los primeros templos de los Galos y los Escandinavos. Los griegos destinaron sus ramas á los vencedores en los juegos olímpicos, y los romanos á premiar las acciones heroicas.

No tardó mucho tiempo Cayo Marcio en ser coronado, pues en su época (siglo V, antes de J. C.) Roma se veía constantemente atacada por los pueblos circunvecinos.

Sus proezas le valieron grandes honores y entre ellos el sobrenombre de Coriolano, por haber conquistado la ciudad de Coriolos. Esta ciudad itálica, situada al S. O. de Roma, era la más importante que poseian los Volscos. No quedan vestigios de dicha villa. Los romanos, como los griegos, eran aficionados á los cognomentos; á todo varon distinguido le aplicaban sobrenombre. Sotero significaba salvador, Euergetes, Bienhechor, Calinico, distinguido vencedor, como Coriolano, vencedor de Coriolos.

¡Cuán hermoso es este bautismo de gloria!

La madre del célebre general romano experimentó el inconmensurable júbilo de verle coronado de honores, y engalanado con la aureola del héroe.

—Menor fué mi contento—decía ella—el dia que na-

ció Cayo que el día en que le vi practicar un acto heroico.

Esta frase pronunciada con frenética exaltación nos revela el carácter de Volumnia.

Empero ¡ay! grandes sufrimientos reservaba el destino á la madre del invicto general romano.

Perteneciente éste á la alta clase de los patricios, tenía opción al consulado y debía esperar que por los numerosos servicios prestados á la patria sería muy apoyada su candidatura; mas no sucedió así. El héroe del lago Régilo, que atesoraba grandes cualidades, no carecía de defectos sin embargo, pues aun cuando era el perfecto soldado que nos describe Caton, el estóico que desdeña las riquezas y los placeres, aun cuando era justo y probo, poseía un carácter altanero é iracundo. No tenía don de gentes: con todo el mundo se manifestaba adusto, concentrado y despótico: la ternura de su alma estaba reservada á su madre. Ignoraba el arte de hacerse amar, y por eso hasta los plebeyos que recibían beneficios suyos con prodigalidad, no se le mostraban adictos. La candidatura del vencedor de los Volscos fracasó por distintas causas, pero la principal fué por haberse opuesto á la ley agraria.¹

Propuso la abolición de los tribunos y los ediles, y se atrajo la antipatía de la muchedumbre. También con-

¹ Comprendía esta ley dos proposiciones que tenían por objeto, la primera, hacer partícipes á los plebeyos de todos los derechos civiles; y la segunda, repartir igualmente las tierras conquistadas á costa de la sangre de todo el pueblo, y usurpadas exclusivamente por los patricios.

tribuyó á que la plebe no apoyara su votación el haberse presentado en la plaza pública acompañado de los patricios y del Senado, que le hicieron una ruidosa y entusiasta manifestación. Decio fué uno de los tribunos que le acusó con más encarnizamiento. Los jóvenes patricios, que eran lo más floreciente de la ciudad, en vez de calmarle le exasperaron; así es que él se defendió con insultante arrogancia, y su destierro fué inevitable. No pudiendo soportar su carácter altanero la ingratitud de los romanos, ni su amor propio el ver desestimada su candidatura, se desarrolló en su alma la pasión de la venganza y ya solo pensó en los medios de satisfacerla. Conociendo el odio que profesaban á Roma los Volscos, pueblo que formaba una de las confederaciones del Lacio, resolvió unirse á ellos para sitiar á la ingrata patria que le condenaba al ostracismo. Al efecto, pensó en Tulo Aufidio, del cual estaba separado por la doble enemistad del odio personal y del odio político: éste podía ayudarle en su plan, porque imperaba entre los Volscos y porque era impetuoso y exaltado.

Coriolano se disfrizó para penetrar en el hogar de Tulo sin que sus gentes le reconocieran. Descubriose ante Tulo y éste le interrogó con irritado acento:

—Qué pretendes? Tu presencia en mi casa es una provocación.

—No vengo como enemigo, quiero ser tu aliado.

—¿Acaso me necesitas?

—Yo no me acogería á tu hogar buscando seguridad

y proteccion. ¿A qué habia de venir aquí si temiera morir?

—Nunca temiste á la muerte, es cierto; mas no puedo adivinar tus designios.

—Pronto lo sabrás. Vengo á buscarte con objeto de tomar venganza de los que me han desechado, la que tomo desde el momento en que te hago dueño de mí. Me adhiero á tus sentimientos contra Roma, y te propongo pongamos á tus gentes en armas contra esa ingrata ciudad.

—Cuenta conmigo, Coriolano.

—¡Oh! gracias por haberme apellidado así. Me he dejado despojar de todos mis bienes y honores; menos de este título que siempre consideré como el más glorioso.

Al terminar estas palabras los dos enemigos quedaron confundidos en un estrecho abrazo.

Tulo fué muy cortés con el héroe del lago Régilo, pues le cedió el mando al frente de los Volscos, y él ocupó un segundo lugar.

Coriolano estaba muy versado en las artes de la guerra; sabido es que la táctica militar de los romanos fué la causa de su supremacía política.

El oráculo de Ancio donde recibian los Volscos sus augurios fué consultado por Tulo, y despues de la aprobacion del oráculo, todos se pusieron á las órdenes de Coriolano.

Gran terror sintió Roma á la vista de los sitiadores;

Coriolano era un formidable enemigo. Acrecentaba la animadversion de los patricios contra la plebe por el desacato cometido en la altísima personalidad del héroe del lago Régilo, los agoreros y sacerdotes hacian circular fábulas que llenaban de espanto á los supersticiosos.

Las mujeres se postraban ante los dioses, sobre todo, ante Júpiter Capitolino, haciendo mil votos por la salvacion de la patria. No hubo dios que no recibiera ofrendas, y eran muchos los dioses, pues los antiguos pueblos itálicos tenian cual los griegos la manía de la divinizacion.

La primera orden que dictó Coriolano al atacar á Roma, fué que dejaran libre paso á las mujeres y que fuesen respetadas.

Diferentes Embajadores y los más distinguidos cuerpos sacerdotales, entre ellos los pontífices augures, quinceviro y epulones, fueron enviados en nombre de la patria; mas sus preces se desestimaron.

Una ilustre dama romana llamada Valeria, hermana del célebre Póblícola, muy considerada en la ciudad por sus méritos, reunió á lo más selecto entre sus amigos y se dirigió á casa de Volumnia, inspirada por una gran idea. Volumnia las recibió afectuosamente y Valeria le manifestó que conociendo la influencia que ejercia en su hijo le rogaba en nombre de todo el sexo se pusiese al frente de sus amigas para pedir gracia al irritado general.

Así lo hicieron, llevando entre esa falange de ilus-

tres mujeres á la esposa é hijos de Coriolano que vivian con Volumnia.

Dirigiéronse al campamento alentadas por dulces esperanzas y saboreando de antemano un triunfo que consideraban mucho mayor que el que alcanzaron las hijas de los Sabinos con traer la paz á sus padres y hermanos.

Presentáronse á Coriolano cuando éste se hallaba en el tribunal deliberando entre sus caudillos. Al divisar á su madre se puso en pié con respetuosa actitud, é impuso silencio á los circunstantes, observando que ella queria dirigirle la palabra.

—Madre, ¿qué quereis? preguntó azorado.

—La salvacion tuya, hijo querido, y la de la patria. Tiemblo por tí, pues debes tener justamente irritados á los Penates, á los Argeos y á los Lares.¹ Tiemblo tambien por la patria y vengo á pedirte depongás tu enojo contra ella.

—La patria ha sido muy ingrata para mí.

—Mi corazon se halla destrozado por las cien espadas del dolor. Si con mi muerte se salvara la patria, yo pediria que vuestros venablos, vuestras flechas y lanzas se enrojecieran con mi sangre.

—Madre, observa que me pides sea traidor á los que confiadamente se han puesto bajo mi mando.

—Sí, complicadísima es tu situacion y apenas acierto con su desenlace. Te hallas entre dos traiciones: yo te

¹ Los Penates eran dioses guardadores de la ciudad; los Argeos genios protectores de los barrios, y los Lares dioses del hogar.

pido elijas entre las dos la menor. ¿Acaso hay algo más sagrado que la patria?

—Sí, mi honor: en él confian mis aliados.

—¡Oh, hijo mio, cuán grande es tu desgracia! Si vences, tu victoria es deshonrosa; si eres vencido, tus aliados han de insultar tu derrota. Las insidias y alevosías tuyas contra la patria son indisculpables: los Volscos podrán obtener perdon de los dioses; tú, ciudadano romano, jamas lo obtendrás. Ruégote por lo mucho que te amo, por lo que siempre me amaste tú, que abandones el cerco; si no lo haces me verás morir.

Al oír esta desgarradora frase Coriolano no pudo resistir más, y levantando á su madre que se habia prosternado, se arrojó en sus brazos confundiendo en ellos sus sollozos y lágrimas.

—Por tí solo, por tí cedo, madre mia; la patria te debe su salvacion. El triunfo es todo tuyo; en él no hay gloria para mí. La patria no perdonará jamas haber sido desatendida en sus ilustres representantes, y haber sido rescatada no por sí misma, sino por las lágrimas de una débil mujer.

Este glorioso triunfo de su madre costó la vida á Coriolano, pues los Volscos, insurreccionados, le dieron una muerte cruel.

La patria no le tributó honores porque habia sido traidor: de las ciudades inmediatas recogieron su cadáver y le hicieron las honras fúnebres debidas á su alta gerarquía.

Quisieron colmar de ricos presentes á Volumnia, cual

á las damas que fueron con ella á solicitar la paz, mas todas los rehusaron, pidiendo en cambio, que en el lugar donde Coriolano se rindió ante ellas se alzase un templo consagrado al triunfo femenil.

Las mujeres vistieron luto guardando diez meses de duelo. Los romanos adornaron lujosamente los altares de las diosas, como homenaje al bello sexo que habia triunfado del malogrado héroe.

Coriolano es un tipo altamente dramático, y por eso lo han llevado á la escena autores tan eminentes como Shakespeare, Thomson, La Harpe y Sheridan.

La lucha entre el orgullo aristocrático ofendido, entre ese orgullo de raza que no cede ni se doblega ante nada, y entre el amor á la patria, los compromisos de honor contraídos ante todo un ejército enemigo de ésta, y las súplicas de una madre que no quiere ver manchado á su hijo con la sangre de sus conciudadanos, el conflicto entre todos estos sentimientos antitéticos, ha dado origen á situaciones trágicas de primer orden, á versos tan sonoros como vigorosos.

¡Grande es el triunfo del amor maternal haciendo desistir al guerrero de sus instintos, haciéndole retroceder desde las murallas de Roma!

Hermoso fué el poder del amor filial, que se antepuso á todo, y le hizo obtener á Coriolano el triunfo más difícil de alcanzar, el triunfo sobre sí mismo.

¡Oh madres, vosotras sois la gran influencia moral y social!

¡Oh madres! Vuestro corazón es la gran maravilla del Universo; es el poderoso ariete que puede demoler las malas pasiones y derrocar el error; vuestro aliento es el soplo creador que vivifica y regenera, es la palanca invisible que mueve el mundo. De vosotras reciben los hombres las grandes inspiraciones: ellos se ajigantan por vuestra influencia.

Barnave dedica los últimos momentos de su vida á su madre, dándole gracias por haberle inspirado el valor que le anima y que le acompañará á la guillotina con tranquila serenidad.

Refiriéndose á la importancia de la mujer madre, en el mundo moral y en el mundo físico, ha dicho el gran poeta Leopardi:

Donne da voi non poco

La patria aspetta é non in danno e scorno

Delle'llumana progenie al dolce raggio.

Delle pupille vostre il ferro e il foco

Domar fu dato. A senno vostro il saggio

E il forte adopra e pensa e quanto il giorno

Col divo carro accerchia á voi s'inclina.

¡Oh madres! Tened presente el rasgo filial de Coriolano y creereis en vuestro poder.

Ese rasgo ha sublimado á quien tantos errores cometió. Si Coriolano no ha sido absuelto ante la patria, en cambio todas las mujeres, y sobre todo las madres, le

han alzado un monumento imperecedero en sus corazones.

Madres, no olvidéis que Coriolano amaba la gloria solo por el placer que le causaba con ella á Volumnia.

¡Oh madres! Vosotras podeis ser las inspiradoras de los grandes heroismos.

Nada se resiste á vuestro poder.

Empleadlo con eficacia y recibireis la recompensa de Dios y de vuestros hijos.

MARÍA PÍA DE SABOYA

MADRE DEL FUTURO REY DE PORTUGAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

han alzado un monumento imperecedero en sus corazones.

Madres, no olvidéis que Coriolano amaba la gloria solo por el placer que le causaba con ella á Volumnia.

¡Oh madres! Vosotras podeis ser las inspiradoras de los grandes heroismos.

Nada se resiste á vuestro poder.

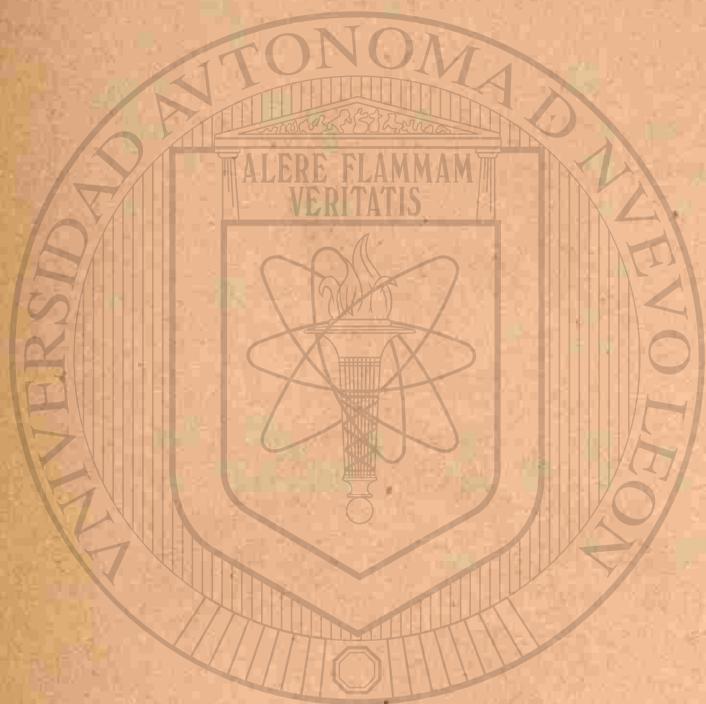
Empleadlo con eficacia y recibireis la recompensa de Dios y de vuestros hijos.

MARÍA PÍA DE SABOYA

MADRE DEL FUTURO REY DE PORTUGAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

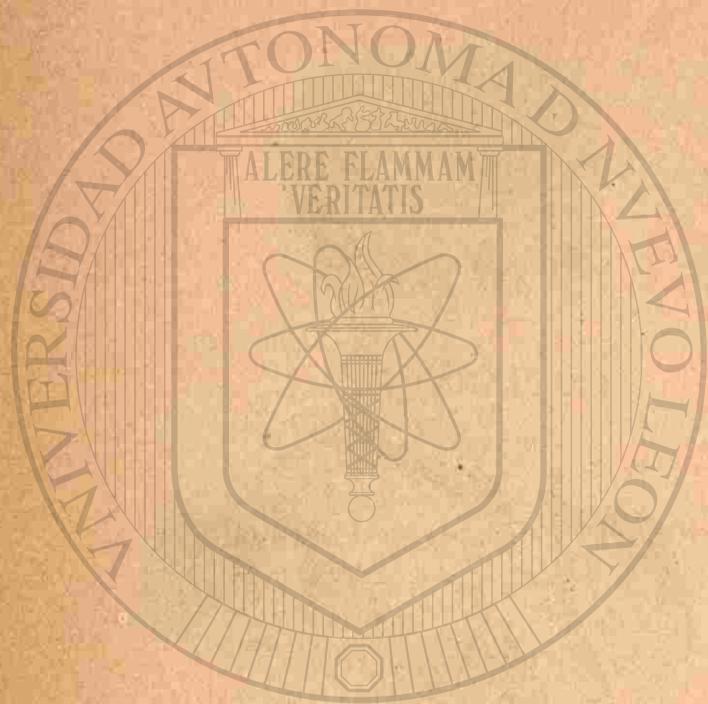


UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DEL FUTURO REY DE PORTUGAL®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO VI.

La madre del futuro rey de Portugal.

I

UNA de las reinas más interesantes de Europa, es María Pía de Saboya, esposa de Luis I de Portugal.

La nación Lusitana se enorgullece, y con justo motivo, de poseer esta reina.

Cuando reinaba en Francia Enrique IV, decían los sabios de la época con referencia á su célebre Margarita: *Ver la corte sin ver á Margarita de Valois, es no haber visto ni la Francia ni la corte.* Nosotros podemos decir: «visitar á Portugal sin conocer á María Pía de Saboya, es no haber visto lo mejor de Portugal.» María Pía des-

lumbra por los encantos del espíritu, cual Margarita de Valois, y la sobrepaja en virtudes.

Angel de Caridad apellidará la historia á María Pía cuando haga su apoteosis; porque esta reina es para los desgraciados la blanca aurora que rasga encapotados horizontes, el astro que ilumina las nebulosidades de la existencia. En el alma de María Pía se albergan todas las virtudes: encanta como reina, entusiasmo como madre y admira como esposa. Dedicada exclusivamente á los puros goces del hogar, á la educacion de sus hijos, divide su existencia entre el amor de su familia y la proteccion á los desventurados. Bajo su regio manto cobija al huérfano, al enfermo y al anciano. Ella tiene un bálsamo para cada herida, una gota de esencia para cada infortunio, un antídoto para cada dolor. Cuando se halla en la cabecera de un moribundo se transfigura y adquiere el aspecto de la fé, la esperanza ó la piedad, suavizando los últimos momentos del agonizante. Médico de las almas, su persuasiva palabra convierte al impío, destruyendo con su célica mirada el escepticismo del mayor ateo. Ella erige la caridad en religion, ella es un apóstol del bien que nos lo hace amar, ella es un mensajero celestial encargado de inspirar la virtud.

Olvidada de sí misma para pensar en el desvalido, su paso por este mundo es una cadena no interrumpida de sacrificios y abnegaciones. La mision que se impone es una mision de paz y de amor. La madre de María Pía era una santa, y al volar al cielo debió difundir su

alma en la de su hija, verificándose la trasmigracion de que nos habla Pitágoras. Con el último beso le inculcó su madre todas sus virtudes.

¡Cuántas veces ha realizado este milagro el amor maternal!

María Pía heredó la santidad de María Adelaida.

En la ilustre hija de Víctor Manuel, se han perpetuado las bondades de la reina Doña Mafalda.

La nieta de Carlos Alberto es digna de las glorias de su preclara stirpe. Hállase dotada de cualidades que la hacen muy superior; á la ternura de su corazon se une su exquisita sensibilidad y el valor proverbial en los príncipes de la casa de Saboya. Contrasta con una energía viril rara en el sexo á que pertenece, su dulzura, que se amalgama con la noble altivez de su heroica progenie. Su corazon templado para la lucha, no vacila ante el peligro: los portugueses la han contemplado serena y tranquila acariciando á sus hijos, cuando las balas rompian los cristales de su palacio. Desafía la adversidad con la valentía de las antiguas heroínas. Aquella delicada figura seméjase moralmente á la enhiesta roca que el rayo no puede partir.

María Pía de Saboya es sentimental y reflexiva, seméjase á la Haydée de Lord Byron, aquella poética mujer tan dulce y melancólica que parece que sufre la nostalgia de un mundo mejor, aquella sublime mujer que vive soñando la perfeccion más ideal.

María Pía de Saboya es venerada por sus muchas

virtudes; pero lo que más la distingue es su gran corazón de madre, como lo prueba el hecho que vamos á referir. El día 2 de Octubre de 1873 hallábase la familia real tomando baños en Cascaes; la reina, que tiene gran simpatía por el mar, se dirigió á Mexilhoeiro acompañada de sus dos hijos, y se acercó á la orilla del Océano. El mar estaba muy agitado aquel día, pero la hija de Víctor Manuel, que es muy intrépida, no dió importancia al temporal y siguió paseando por las márgenes del Atlántico. Cuando más distraídos se encontraban todos, una ola estalló á los piés de los dos príncipes, arrastrándoles velozmente y envolviéndoles en sus espumas; ver esto la reina y arrojarse tras ellos fué obra de un segundo: allí luchó con las olas que le arrebatában sus amados hijos, y los tres hubiesen sucumbido, si los gritos de terror que lanzaron algunas damas de la comitiva régia, no hubieran atraído á algunos marineros, que arrojándose precipitadamente al mar, pudieron salvar á la reina y á los príncipes.

Este rasgo, digno del heroísmo de una madre espartana, conmovió extraordinariamente á las portuguesas, y desde entonces todas las madres han alzado en su corazón un altar á la reina María Pía, porque dicha señora representa el más alto ideal del amor materno.

Si todas las reinas se pareciesen á la de Portugal, no habría en el mundo un republicano. Si el secreto de no envejecer consiste en inspirar un amor inextinguible, si *On est jeune tant qu'on est aimé*, la reina María Pía dis-

frutará eterna juventud, porque esta reina impera en todos los corazones por medio del amor.

Ya que hemos perfilado su alma, hagamos un ligero boceto de su belleza física.

La belleza de esta reina no depende de la correccion de facciones ni de la pureza de las líneas del semblante, porque tiene un origen más elevado. La belleza de María Pía consiste en los reflejos que le presta la pureza de su alma, y en los resplandores de la inteligencia que iluminan su rostro, dándole una expresion llena de gracia y de movimiento. Es una belleza que tal vez no comprenderán los seres vulgares, pero que seduce á las almas superiores. La majestuosa figura de la reina es elegante y esbelta; sus dorados cabellos le forman una aureola, su mirada es profunda y tierna, su sonrisa es dulce é ingenua y su expresion meditabunda. El ángel de la melancolía extendió las alas sobre su frente imprimiendo en ella un tinte de tristeza que le presta gran encanto.

Hija de un pueblo artista, es natural que ame lo bello; el tiempo que sus sagrados deberes le dejan libre, lo consagra á cultivar el arte que Fidias, Praxíteles y Cánova immortalizaron.

Respirando la inspiracion en las brisas de Italia y teniendo constantemente á la vista los modelos de la belleza, se grabaron en su fantasía imágenes poéticas que traslada al mármol fácilmente.

Las princesas de nuestros días no se satisfacen con poseer la aristocracia de la sangre, han comprendido que

la aristocracia más valiosa es la del talento y por eso lo cultivan aplicándolo á las artes ó á las letras.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS II

La aristocracia del talento es la verdadera aristocracia de nuestro siglo. En nada tenemos hoy los nacimientos de preclara estirpe, pues son estos un don debido á la casualidad, mientras que el talento cultivado supone aplicacion, estudio, trabajo, perseverancia. Las princesas y las damas de alta alcurnia lo juzgan así, y prefieren un rayo de gloria á los esplendores del trono ó á las irradiaciones de una corona ducal.

Algo han influido las costumbres para que las mujeres distinguidas se decidan á escribir y á presentar sus trabajos artísticos en las exposiciones. A principios de este siglo, la mujer de talento que queria verter sus ideas al papel, se cubria con el antifaz del seudónimo, mientras que hoy, la que tiene facilidad para comunicar al público sus pensamientos, se enorgullece de poderlo hacer.

Esto consiste en que á principios del siglo quedaba el recuerdo de mujeres que lo habian pospuesto todo á la pluma, creyendo tal vez de buena fé que el título de artista ó escritora las autorizaba para romper con las tradiciones anexas al sexo bello y con las preocupaciones que cada época impone. Con tales aberraciones, el título

de escritora ó artista asustaba á las gentes medrosas, pues en la opinion de éstas, ser artista ó literata era poseer una patente que permitia cometer las mayores rarezas, extravagancias y ridículas excentricidades. Entonces la escritora ó artista no tenia lugar definido en la sociedad, mientras que ahora es reconocida como miembro de una clase distinguida que marcha á la vanguardia del progreso.

La mujer *bas bleu* ha desaparecido desde que la escritora ó artista conociendo claramente su mision vive más en el hogar que en el club, porque ha comprendido que la mujer y la escritora es una dualidad que debe unificarse para que sea más encantadora. La artista ó literata de nuestros dias que ha nacido en buena cuna, quiere ser antes que nada señora, y á esto lo consagra todo, haciendo frecuentemente el doloroso sacrificio de nivelarse con inteligencias inferiores para no distinguirse entre ellas, y levantar á su paso tempestades de odio desencadenadas en contra suya.

La literata ó artista de nuestros dias de alta clase, es completamente femenina en su vida privada; habla como todas las damas distinguidas, recibe de igual modo, dirige las faenas domésticas, educa á sus hijos, y se viste con arreglo al último figurin. La literata de la época moderna conviene en que es más sensata la mujer que se doblega á la opinion que la que la desafía, y por eso se somete á ella.

El ridículo inherente al nombre de autora, se extin-

guió desde que aparecieron en la república de las letras damas distinguidísimas por su talento y educacion, que honran con su nombre la clase literaria á que pertenecen.

Citemos algunas de ellas.

La reina de Rumanía que publica bellísimas composiciones, ha sido admitida en la Academia de Tolosa, y entre todos sus títulos, de ninguno se vanagloria tanto como del de académica.

Recientemente ha pedido á un compositor sueco la ilustrada soberana, escriba la música para una ópera cuyo libreto ha tomado ella á su cargo. La escena pasará en Rumanía. Isabel de Rumanía habla seis idiomas con perfeccion; pinta y toca el piano y el arpa y canta como una gran artista. La reina de Rumanía tiene gran popularidad y sus vasallos, que admiran su inteligencia y su belleza, la quieren con frenesí.

La ex-emperatriz Eugenia está terminando sus memorias que serán tiernas, dolorosas y conmovedoras.

La reina de Inglaterra ha escrito el diario de su vida que debe tener gran interes, porque es una mujer de gran talento. Su amada hija, la princesa Victoria, pinta con notable acierto.

Famosa se está haciendo en el mundo pictórico la princesa Scilla que firma sus cuadros con el nombre de Ruffo.

La jóven y bella condesa de Martel, hija de la condesa de Mirabeau, autora de buenas novelas, está dando

excelentes dramas á la escena francesa. De una novela escrita por ella é intitulada *Autour du mariage*, va á escribir un drama en cinco actos. La novela apareció firmada con el seudónimo de *Gip*, circuló mucho en los salones del gran mundo por haberse publicado antes en *La Vie parisienne* y la curiosidad muy aguijoneada por el mérito de la obra, pudo descubrir que el autor era una dama de la aristocracia que habitaba en un precioso hotel del boulevard Bineau, dama que paseaba á caballo todas las mañanas en el bosque de Bolonia y era asídua concurrente á las carreras de caballos, sin dejar de ser á la vez una madre modelo.

La madre de Alfonso XII no ha cultivado las artes ni las letras; pero ha protegido á escritores y artistas. Con una generosidad que ya es en ella proverbial, ha costeado diferentes publicaciones, dando á la estampa obras importantes que pocas personas conocian, porque eran manuscritos archivados. A la munificencia de Isabel II, debemos el haber conocido el poema de Alfonso XI.

La infanta Isabel, hermana mayor del rey de España, cultiva la música con gran éxito y posee conocimientos generales en la mayor parte de los ramos del saber. Con palabra elegante, correcta y fácil como la tienen todos los Borbones, habla al geógrafo de geografía, al historiador de los sucesos pasados, al matemático de números, al poeta de versos, y al músico de armonías. La infanta Isabel atrae con su galano lenguaje, encanta con

sus exactas apreciaciones acerca de todos los asuntos serios y deleita con sus ingeniosos chistes, pues su fina sátira es tan elegante como punzadora.

Otra infanta de España, Paz de Borbon, hoy princesa de Baviera, brilla en el arte de Murillo y en el de Quintana. Recientemente ha publicado un tomo de versos en la casa de los editores Rivadeneyra, que revela la florida imaginación de la egregia poetisa. Su musa es la musa de la familia: léanse el soneto á su madre, los versos á su hermano Alfonso, á sus sobrinos, á sus muy amadas hermanas Eulalia é Isabel, y se podrá apreciar la exuberante lozanía de un talento elevadísimo y de un alma llena de ternura.

El sentimiento religioso es también en Paz de Borbon fuente de inspiración: véase un fragmento de su composición á la Virgen de la Almudena:

Hay séres en el mundo
Séres queridos,
Que anhelo ver felices,
Nunca afligidos.
¡Oh Virgen buena!
Lo imploro ante tu imagen
De la Almudena.
Pero si en vez de flores
Que ornen su frente,
Espinass les reserva
La adversa suerte;

Dí á Dios que cambie
Todas mis alegrías
Por sus pesares.

¡Qué hermosa abnegación descubren estos versos!
En ellos está fotografiada el alma pura, inmensa y sublime de la dulce autora.

No se puede leer la despedida de la augusta cantora, dedicada á su hermano Alfonso, sin verter copioso llanto.

Digna hermana de esta ilustre princesa es la infanta Eulalia, distinguida acuarelista. Muchos de sus trabajos han figurado en diferentes exposiciones, llamando la atención muy especialmente, sus trabajos en el decorado de porcelanas.

La princesa Teresa Carlota Mariana Augusta de Baviera, sobrina de Maximiliano II de Baviera, es políglota y científica. La astronomía es uno de sus estudios predilectos: cuando hizo la ascension al Vesubio, discutió con el gran astrónomo *Palmieri* que habitaba entonces en el Observatorio sobre el volcan.

Distínguese la princesa Alejandra, hija del rey de Dinamarca, como gran pianista, y consagra la mayor parte de su vida al estudio del divino arte.

La reina de Bélgica brilla por su ilustración.

Natalia, la jóven y bella reina de Sérvia, es escultora cual María Pía de Saboya madre del futuro rey de Portugal. Esta reina, que es una de las reinas más elegantes de Europa, cuenta con una popularidad semejante á

la que tuvo María Teresa de Austria. Una grave enfermedad puso en peligro la vida de María Pía de Saboya y en aquellos días críticos pudieron conocerse las grandes simpatías con que cuenta. Era curioso el espectáculo que ofrecían los alrededores del palacio real que dista una hora de Lisboa. Muchas mujeres se pasaban el día en los patios del regio alcázar, sin acordarse de ir á comer, esperando recibir frecuentes noticias de la salud de la reina. En los voluminosos libros destinados á contener las firmas de los visitantes que se interesaban por la salud de María Pía, figuraban muchas cruces, letras sin terminar, rayas y diferentes signos que nada decían á primera vista y que sin embargo tenían gran significación. Eran los rasgos trazados por la mano de mujeres que carecían de toda cultura intelectual; pero que poseían gran corazón. A impulsos del sentimiento y movidas por gran afecto á su reina habían trazado aquellos signos extraños; pero no indescifrables para María Pía de Saboya.

Cuando la historia se ocupe del que ha de regir los destinos de Portugal, enlazará siempre á su nombre el de su madre, porque María Pía de Saboya ha sido su educadora.

Esta ilustre mujer, que tan digna, tan majestuosamente ocupa su trono, es en el mundo social un modelo de elegancia; en el mundo del arte una artista distinguida; en el hogar una esposa irreprochable y una madre tierna y apasionada.

MARIA BALL

MADRE DE WASHINGTON.

la que tuvo María Teresa de Austria. Una grave enfermedad puso en peligro la vida de María Pía de Saboya y en aquellos días críticos pudieron conocerse las grandes simpatías con que cuenta. Era curioso el espectáculo que ofrecían los alrededores del palacio real que dista una hora de Lisboa. Muchas mujeres se pasaban el día en los patios del regio alcázar, sin acordarse de ir á comer, esperando recibir frecuentes noticias de la salud de la reina. En los voluminosos libros destinados á contener las firmas de los visitantes que se interesaban por la salud de María Pía, figuraban muchas cruces, letras sin terminar, rayas y diferentes signos que nada decían á primera vista y que sin embargo tenían gran significación. Eran los rasgos trazados por la mano de mujeres que carecían de toda cultura intelectual; pero que poseían gran corazón. A impulsos del sentimiento y movidas por gran afecto á su reina habían trazado aquellos signos extraños; pero no indescifrables para María Pía de Saboya.

Cuando la historia se ocupe del que ha de regir los destinos de Portugal, enlazará siempre á su nombre el de su madre, porque María Pía de Saboya ha sido su educadora.

Esta ilustre mujer, que tan digna, tan majestuosamente ocupa su trono, es en el mundo social un modelo de elegancia; en el mundo del arte una artista distinguida; en el hogar una esposa irreprochable y una madre tierna y apasionada.

MARIA BALL

MADRE DE WASHINGTON.



CAPÍTULO VII.

La madre de Washington.

I

EL héroe americano, el libertador de los Estados Unidos, el fundador de la más perfecta de las repúblicas, fué educado por su madre. Jorge Washington quedó huérfano de padre cuando contaba once años de edad y desde entonces María Ball se consagró completamente á él logrando hacer del niño un grande hombre.

Para educar sus sentimientos recopiló máximas religiosas y morales en un cuaderno destinado especialmente á su hijo. Este lo aprendió de memoria, guardólo siempre con entusiasmo filial, y hoy puede verse todavía en los Archivos de Manuscritos de Mount Vernon.

Las virtudes austeras de María Ball formaron la rectitud, la entereza, el desinterés, el patriotismo del ilustre general. La sana razón, la serenidad y el espíritu de justicia que distinguió siempre al ínclito ciudadano de quien nos ocupamos, son un reflejo de las excelentes cualidades de su madre. Ella acostumbró desde la infancia á su querido Jorge á dominar sus pasiones, á carecer de necesidades y á bastarse á sí mismo. Cuidóse más de nutrir su alma que su inteligencia, le infundió la costumbre de meditar, le presentó libros de serias y sólidas lecturas, y se preparó á esperar todo lo demás de él. El libro que alternativamente pasaba de las manos del hijo á las de la madre, era el de sir Mathew Hale titulado *Contemplaciones morales y religiosas*. Con tales lecturas templóse el alma del adolescente para las luchas de la vida.

La patria debe su salvador á María, pues cuando Washington, á la edad de quince años, quiso entrar en la marina real, su madre se opuso fuertemente, declarándole que quería trabajar con sus conciudadanos en beneficio del país. La influencia de esta mujer hizo que la América pudiese conservar á su regenerador.

Cuando le participaron el gran triunfo de su hijo, no le ocurrió pensar en la gloria que éste había conquistado, y solo exclamó:

¡Lado sea Dios, la patria se ha salvado!

Siete años había vivido sin ver á su hijo que se hallaba en la guerra, y cuando Washington pudo acercar-

se á Frederiksborg envió delante un correo para preguntar á su madre cómo quería recibirlo, y ella contestó:

Sola.

Esta lacónica contestación encierra todo un poema de amor. Al saberla Jorge se inmutó de alegría, y todos vieron con asombro y respeto al jefe de las tropas americanas dirigirse á pié y *solo*, á casa de su madre.

Cuando una buena madre sabe inspirar amor á sus hijos, ni la gloria ni la fortuna tienen el poder de entibiar por un instante el sentimiento filial. Para Washington su madre era antes que todo.

Un célebre español de nuestros días que ha conquistado la gloria del literato y otra todavía más brillante, la gloria del orador, jefe de un partido político que no se distingue por el sentimiento religioso, ha conservado creencias católicas, porque se las inculcó su madre. Cuando este hombre eminente, justamente declarado honra de España, habla de nuestra religión, rara vez la denomina religión católica, complácese en decir: *la religión de mi madre.*

Con tanto entusiasmo, con tanta ternura la ha amado siempre, que cuando en el año 59 estaba siendo en el Ateneo de Madrid el encanto de todo el mundo con su elocuencia demostina y vivía respirando constantemente la embriagadora atmósfera del aplauso, al saber la muerte de la autora de sus días, cortó las conferencias que tan famoso le hacían y no volvió á presentarse en el Ateneo en todo el año.

Trascribamos un párrafo de lo que él escribía después del suceso fatal y se comprenderá lo mucho que le impresionó: «El dolor, antes de mí desconocido, posee todo mi ser y no deja espacio al pensamiento. La vida de mi madre de que yo vivía, se ha secado y nada me sonríe en el mundo, desnudo á mis ojos de felicidad y esperanza. Mis labios solo aciertan á murmurar oraciones, mi corazón á exhalar gemidos y mi inteligencia á pensar en la eternidad y en la muerte. El mar de lágrimas que ha inundado mi espíritu, lavándolo de las manchas terrenales, esclareciendo mis ojos demasiado fijos antes en lo que pasa y cambia, me ha hecho comprender que el mal es como una sombra vana, y el bien y la virtud como la eterna luz que de nosotros queda aquí en la tierra. Esta convicción cada día más profunda, me hace reanudar la cadena interrumpida de mi vida para sembrar en el día de trabajo que me ha tocado en suerte, alguna semilla de bien y aguardar tranquilo, sentado en las duras piedras de este triste camino, el día en que se acaba la muerte y empieza verdaderamente la vida.»

Por estas líneas del distinguidísimo hombre público de que hacemos mención, se comprenderá lo muy adherido que estaba á su madre. El torbellino mundanal no ha podido hacerle olvidar las oraciones que ella le enseñó.

Nada se arraiga tanto en nuestro corazón como las creencias de nuestra madre.

Otro escritor español contemporáneo, nacido en Ara-

gon, nos ofrece en un fragmento de un libro suyo, la mejor prueba de cuanto dejamos manifestado.

Dice así el conocido aragonés:

«Apenas creo en nada de lo que generalmente constituye la fé de los mortales; y sin embargo mi devoción particularísima y especial por la Virgen del Pilar no desaparecerá sino conmigo, porque mi madre me inspiró el culto hácia esa Virgen.»

«Nosotros los aragoneses antiguos y modernos, tenemos arraigada en el alma esta fé ciega en la Virgen del Pilar, cuyo escapulario llevo yo en el pecho, á la par que escribo libre y desenfadadamente de cosas devotas.»

«No hay quien me quite de la cabeza que la Virgen del Pilar preside á todos mis actos. Quiero razonar sobre ello y no puedo. Me contradigo mil veces y discuto conmigo mismo sobre esta excepción que hago sin saber por qué. En mis aflicciones invoco á esta Virgen, el resto del santoral me es indiferente. Explíquenme este fenómeno filósofos y hombres de ciencia. Seguramente no hallarán razones: pues yo sí.»

«Mi madre me enseñó á rezar delante de la Virgen del Pilar. Desde muy niño me llevó al templo donde se venera, y me enseñó á amarla como á ella misma. Invocando su santo nombre me dormía sobre su falda. Para enseñarme á ser bueno me puso el escapulario al cuello. Díjome que para evitar contrariedades en la vida, la llamara en mi ayuda. Figúrate—decía mi madre—que

soy yo misma, y ámala más que á mí. ¿Quién va á discutir estas cosas?»

«Cuando al engolfarme en las lecturas de Buchner, Maleschott, Schopenhauer y otros, quiero ser materialista, mis amigos íntimos me dicen: *¿Y la Virgen del Pilar?* Al oír este nombre protesto de todas las escuelas materialistas y me declaro vencido.»

Creednos, de madres profundamente religiosas, no nacen hijos ateos. Por eso el gran hombre á quien biografamos, por eso Washington, conservó siempre la fé en Dios.

Washington ha sido uno de los gobernantes más virtuosos que han conocido los siglos.

Cuando lo reeligieron por tercera vez, no quiso aceptar la presidencia de la República, y contestó:

¿En qué se diferenciaría una República de una Monarquía con tan constante reeleccion?

Washington ha obtenido este epitafio de la posteridad: *El primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos.*

En un opúsculo de Guizot se encuentran estas frases: «Washington carecía de ambicion, su patria le necesitó y él se hizo grande por servirla. Aceptó los cargos públicos más bien por deber que por gusto y hasta haciendo un penoso sacrificio. Las pruebas de la vida pública le parecían amargas; prefería la independencia de la vida privada, y el reposo del alma al ejercicio del

poder. Grande en todo, aceptó sin vacilar la fatiga que su país le impuso, no permitiéndose ninguna condescendencia para aliviar su peso.»

Fué tan sábia la política de Washington, que es conocida entre los hombres de Estado, con el título de *política del justo medio.*

Adorador de la justicia, nunca tomaban parte en sus determinaciones, ni el amor propio, ni rutinarias teorías, ni rivalidades de ningún género.

Sus actos tenían un carácter verdaderamente independiente, no obedecían á ningún sistema.

El amor á la verdad era tan grande en él, que perdonaba más fácilmente un crimen, que una mentira. Su madre le habia dicho cuando era niño, que mentir era ser cobarde, y desde entonces aborreció el engaño.

Refiérese que una vez, jugando en el jardín de su casa con otros niños de su edad, tronchó un hermoso arbusto de mucho valor. Cuando su padre se enteró del destrozo armóse de un látigo para azotar al autor del delito y se dirigió á los criados exigiéndoles le mostrasen al culpable. Todos temblaban al ver al amo de la casa encolerizado; Jorge Washington huyó en el primer momento de la presencia de su padre; pero de súbito le vino á la memoria aquella frase que su madre habia pronunciado solemnemente, *la mentira es cobardía*, y al recordarla, buscó á su padre y le dijo: *Yo he tronchado el arbusto.*

Si todas las madres educaran á sus hijos en la más

severa rectitud, en el más inflexible deber y en la más pura moral, el tipo de Washington se multiplicaría. Souvestre denomina á tan excelente mujer, heroína de las virtudes modestas, cristiana espartana. María Ball estaba más orgullosa de los méritos de su hijo que de los suyos propios, y tanto es así, que antes de morir ordenó no pusieran sobre su tumba otra inscripcion que esta sencilla frase:

MARÍA, MADRE DE WASHINGTON.

Cuando Jackson, presidente de los Estados-Unidos en 1833, fué el día 7 de Mayo á colocar la primera piedra para levantar un monumento sobre la tumba de esta gran mujer y leyó el breve epitafio, exclamó:

No podian haber escrito sobre esta piedra mayor elogio; son cuatro palabras que harán latir siempre nuestros corazones.

El sucesor de Washington pronunció una oracion fúnebre que enaltecia tanto al hijo como á la madre.

¡Benditas sean las madres semejantes á María Ball!

¡Honor y gloria á la memoria de la madre de Washington!

II

Otra mujer ejerció tambien directa influencia en la vida de Washington y no debemos omitir su nombre: esta mujer fué Marta Dandridge, su muy amada esposa.

Nótase la extraña coincidencia de que Marta y Washington naciesen en el mismo año, en 1732. El destino se complació en unir con mil lazos á dos séres que habian de amarse eternamente. Marta sentia verdadera pasion hácia Washington, y era correspondida con igual ternura. ¡Cuánto se equivocan los que creen que los guerreros no saben sentir! En el corazon del héroe americano vibraban todas las fibras de los más delicados afectos: el invencible en los campos de batalla, se prosternaba en los altares del hogar.

Eran tan sobresalientes las virtudes de Marta, que otro hombre menos grande que Washington pudiera haber dicho, imitando á Marco Bruto: *¡O Numi! Concedetemi di poter mostrarmi degno marito di una moglie cosi grande.*

A pesar de que el exaltado cariño de Marta la impulsaba á retener á su marido al lado suyo, cuando llegaron los momentos en que este tuvo que luchar por la libertad de su patria, ella le sostuvo en el cumplimiento del deber, siendo su buena consejera.

De una carta de Washington dirigida á la cariñosa compañera de su vida, extractamos estos párrafos: *He querido evitar el nombramiento que me eleva á la presidencia, no so'lo porque me priva de los placeres de la vida doméstica, sino porque encuentro este cargo superior á mis fuerzas. Sin embargo, siento en mi conciencia una voz que me dice estoy llamado al cumplimiento de algo bueno, y no debo retroceder. ¡Dios me ayudará en tan gran empresa!*

Me es dolorosa vuestra inquietud; apelad á vuestra fortaleza, tratad de pasar el tiempo lo menos mal posible, y pensad que al sacrificaros por mí os sacrificáis por la patria.

¡Cuán bella ternura varonil encierran las anteriores líneas!

Viendo Washington en una ocasion que se prolongaba demasiado su ausencia, invitó á Marta á que fuera al campo de batalla. La invitacion fué aceptada con entusiasmo, y la presencia de Marta alegró mucho al gran general. Marta estuvo siempre á la altura de su posicion oficial, y á la altura de las circunstancias. Presidia en el cuartel general con dignidad y aplomo.

En el crudísimo invierno del año 1788, en que se hallaba el cuartel general en Vally Forge, soportó con gran valor los rigores atmosféricos: las tropas se alentaban al verla tan fuerte. Marta puso en moda, en su época, la costumbre de que las mujeres acompañasen á sus maridos en el campamento.

Unieronse á ella para practicar actos de amor y caridad, distinguidas señoras, entre ellas lady Stirling y lady Knox, esposa del valiente general Knox.

Al concluir Washington una campaña, enviaba un edecan para que acompañase á Marta al cuartel general. Nadie la llamaba por su nombre; denominábanla *lady Washington*, queriendo tributarle un homenaje al hacerlo así.

Cuando el patricio americano aceptó el poder, Marta brilló al lado del presidente como dama de salon y mu-

jer del hogar. Daban modestas recepciones los viérnes, de ocho á diez de la noche, y Washington se hallaba siempre en ellas. Estas recepciones carecian del carácter brillante que tienen en las cortes europeas, pero no eran vulgares. Marta, aunque modesta, tenia gustos elegantes y distinguidos.

Asistian á sus reuniones, casi familiares, hombres serios é importantes.

En una de esas tertulias oyóse decir á Marta esta frase: *Debo á la bondad de mis amigos el que mi nueva situacion no sea una carga para mí.*

Esto indica que Marta no se deslumbró nunca con su posicion.

Washington y Marta tenian predileccion por la vida campestre; el general americano recreábase con los estudios agrícolas.

Próximo á espirar su período presidencial, exclamó: *Veré con gusto la aparicion de mi sucesor.*

Retirado Washington á la vida privada que tanto apetecia, pensó en hacer erigir un panteon para su familia en Mount Vernon, su lugar predilecto. Cuando querian disuadirle de pensar con tan gran insistencia en su sepulcro, contestaba con melancólica dulzura: *Me urge, lo necesito para descansar.*

Una laringitis aguda acabó con la existencia del héroe americano, el día 14 de Diciembre del año 1799. Cuando Marta le vió espirar, dijo á los amigos que la rodeaban: *Mi mision ha concluido: pronto le seguiré.*

Estaba Marta tan adherida á Washington, vivia tanto de su vida, que al perderle, creyó tambien morir.

Solo dos años pudo sobrevivir á su marido esta amantísima esposa ejemplar.

La mujer enamorada se adhiere á la vida de su amado, como las enredaderas del bosque á la añosa encina, que viven de su savia, respiran el mismo ambiente, las abriga el mismo sol, las cobija el mismo cielo, y solo puede separarlas el rayo.

¡Cuán injustos son los que anatematizan á la mujer, á la mujer que es una criatura toda bondad y amor!

Los detractores de la mujer son los que menos la conocen; por eso la impugnan.

La mayor parte de las veces, las opiniones emitidas por los hombres acerca de la mujer, no están arraigadas; los hombres se dejan arrastrar por la vanidad, y nada les importa sacrificar al bello sexo mientras ellos puedan lucir un sofisma brillante, un epigrama ingenioso, un agudo retruécano, ó una sátira de efecto.

Viéenos en estos momentos á la memoria un soneto de Lope de Vega, que vamos á citar en apoyo de lo que estamos afirmando.

Dice así:

Es la mujer del hombre lo más bueno,
Y locura decir que lo más malo,
Su vida suele ser y su regalo,
Su muerte suele ser y su veneno,

Cielo á los ojos cándido y sereno,
Que muchas veces al infierno igualo,
Por raro al mundo su valor señalo,
Por falso al hombre su rigor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cria,
No ha hecho el cielo cosa más ingrata.

Es un Angel y á veces una Harpía,
Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
Y es la mujer al fin como sangría,
Que á veces da salud y á veces mata.

Estos versos no encierran ningun pensamiento digno de tomarse en serio, ninguna idea filosófica. No tienen más objeto, que demostrar una facilidad suma en el juego del idioma.

Son absurdas las increpaciones que por sistema se le dirigen á la mujer.

El mejor de los amantes entrega una parte de su corazon á la mujer que ama, y otra á su ambicion; la mujer entrega el corazon sin dividirlo. El hombre está dotado de un corazon para amar á la mujer; ésta le ama á él con cien almas.

Inclinémonos con respeto ante la memoria de Washington, porque fué un hombre que supo amar.

Los hombres, al hablar del eximio patricio, dirán siempre: saludemos al gran reformador, al gran ciudadano, al sabio político, al héroe: las mujeres tiernas exclamarán: saludemos con entusiasmo el recuerdo de esa

gran figura, grande para nosotras, porque fué un hombre sensible y un hombre fiel al amor.

No os asombre tal razonamiento; las mujeres pensamos con el corazon.

Washington murió alentando las dulces esperanzas del cristiano.

Marta solo le sobrevivió dos años y fué enterrada al lado de él, en el panteon de familia construido en Mount Vernon.

La historia ha hecho justicia á Washington, á su madre y á su esposa.

¡Saludemos con veneracion la memoria de estos tres séres, tan probos, tan dignos, tan rectos, tan superiores!

LETICIA RAMOLINO

MADRE DE NAPOLEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gran figura, grande para nosotras, porque fué un hombre sensible y un hombre fiel al amor.

No os asombre tal razonamiento; las mujeres pensamos con el corazon.

Washington murió alentando las dulces esperanzas del cristiano.

Marta solo le sobrevivió dos años y fué enterrada al lado de él, en el panteon de familia construido en Mount Vernon.

La historia ha hecho justicia á Washington, á su madre y á su esposa.

¡Saludemos con veneracion la memoria de estos tres séres, tan probos, tan dignos, tan rectos, tan superiores!

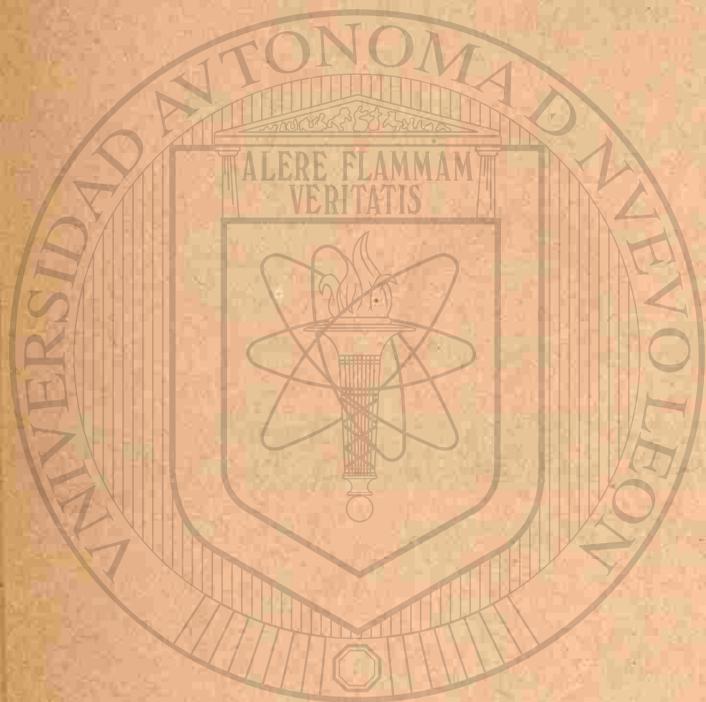
LETICIA RAMOLINO

MADRE DE NAPOLEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U.A.N.L.



U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DE NAPOLEON.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

La madre de Napoleon.

LA madre de Napoleon era una mujer dotada de gran iniciativa y de firme voluntad, para nada encontraba dificultades; por eso Napoleon que heredó algo del carácter de su madre, amó siempre la lucha con el imposible.

Madame Bonaparte educó á su hijo muy seriamente, sin ninguna de las debilidades en que á muchas madres les hace incurrir la ternura. Su alma grande ni se exaltaba por la fortuna ni se abatía por las vicisitudes: parecía haber sido educada en la escuela de un estoico.

Napoleon la quería con delirio; al hablarle de su madre se entusiasmaba. Complacíase en recordarles á sus

amigos rasgos de su carácter, detalles de su vida y sucesos de su hogar.

Michelet en su *Historia del siglo XIX* dice que María Leticia al educar á su hijo le inculcó todos sus sueños y aspiraciones.

Madame Bonaparte, que nunca se deslumbró ni se embriagó con los triunfos de su hijo, ayudó á este á soportar sus desventuras. Guardó siempre con más escrupulosidad su dignidad de madre, que su dignidad de reina.

Madame Bonaparte que era gran amazona, é intrépida hasta la temeridad, se vió una vez en uno de los mayores peligros que puede verse una mujer, y lo afrontó con gran bravura. Paseando un dia á caballo pidió á las personas de su comitiva le trajeran á su hijo José para darle de mamar. Mientras lo oprimia contra su seno descuidó algun tanto las riendas de su caballo y este se desbocó, yendo á parar dentro de un caudaloso rio. Los cortesanos que la seguian decíanle á gritos saltara de la silla y se dejara arrastrar por la corriente; pero comprendiendo ella que en esta maniobra en la cual ella se salvaba podia perder á su hijo, luchó contra el temporal sin soltar de sus brazos al niño. El peligro era inminente, dos hombres se echaron á nado para salvarla y ya cerca de ella le decían que soltase al niño que ellos lo recogerian; pero la madre no les hizo ningun caso, redobló sus esfuerzos, contempló su próximo fin, asida al tierno infante, hasta que en una evolucion del caballo

é inspirada por su valor, hizo una nueva tentativa y salió á la orilla entre las entusiastas aclamaciones de los que la contemplaron. Ya en tierra su primer cuidado fué averiguar el estado de salud de su hijo y para nada se ocupó de sí misma.

El gran capitán de la edad moderna respetó mucho á su madre; pasados los primeros momentos de la viudez de ésta le escribió Napoleon una carta muy cariñosa, en la que se lee el siguiente párrafo:

«Hoy que el tiempo ha mitigado los primeros transportes de mi dolor, me apresuro, madre querida, á ofrecerle mi apoyo, todos los consuelos que me sugiera mi afecto hácia vos y la más ciega obediencia. Me comprometo en consagraros un testimonio de gratitud por vuestras bondades; gracias, mil gracias, madre mia, por lo mucho que os debo. ¡Ojalá pueda resarciros con mi afecto del amor que os falta desde que ha muerto vuestro esposo tan querido.»

Algunos críticos le han censurado á madame Bonaparte su afición á economizar, esa afición que dicen rayaba en la avaricia; pero otros la disculpan asegurando guardaba todos los tesoros para salvar á sus hijos en situaciones difíciles. Hásele criticado también su desprecio á la etiqueta, su poco cuidado para las fórmulas régias y su excesiva sencillez. Madame Bonaparte hacia en verdad una vida patriarcal consagrada completamente

te á sus hijos: mas ¿se le debe censurar á una mujer el que sea *muy madre*, aunque por serlo descuide las exigencias que impone el trono? Creemos que no.

Una vez le daba quejas Napoleon por la preferencia que tenia por Luciano y ella le contestó en un arranque de ternura: «Al que más quiero entre mis hijos es al más desgraciado.»

Esta elocuente frase solo puede brotar del corazon de una madre.

Mientras Napoleon permaneció en Santa Elena amarrado á la roca cual otro Prometeo, las dulces, reflexivas y consoladoras cartas de su madre, suavizaron sus acerbos dolores morales.

¡Oh, la influencia de una buena madre es poderosísima!

Una buena madre es una bendicion del cielo.

Juan Randolph, el gran estadista americano, conservaba tan respetuosamente los recuerdos de su infancia, ligados á su madre, que dijo una vez en un círculo de amigos: «Yo hubiera llegado á ser ateo si no recordara á cada instante que mi madre me hacia arrodillar y cruzar las manos para rezar el Padre Nuestro.»

De Maistre habla mucho de su madre en sus cartas y en sus libros, exclamando: «La nobleza del carácter de mi madre, hace que todas las mujeres sean para mí sagradas.»

Cuando fué embajador en San Petersburgo regulaba su vida segun los consejos de su madre.

Samuel Johnson, á pesar de su rudeza, fué siempre muy tierno para su madre y afirmaba que de ella recibió las primeras impresiones religiosas que no pudieron extinguirse en su corazon en la edad madura. Johnson pasó grandes penurias y en todas ellas no dejó de atender á los gastos que exigian las comodidades de que habia rodeado á la que le dió el sér.

Los biógrafos de Cromwell hablan con admiracion de la madre del gran Protector de Inglaterra; ella dotó á cinco hijos con el producto de su trabajo.

La madre de Canning era una irlandesa dotada de gran talento natural, de clara sindéresis y de gustos delicados. Ella hacia admirar á su hijo todos los grandes hechos históricos, educándole en la escuela del honor y de la caballerosidad.

Samuel Wesley debió á las exhortaciones de su madre el buen juicio con que procedia en todas las cosas, ajustándolas á un principio y á un fin determinado.

El método y órden que su madre le enseñó lo aplicó hasta á sus ideas filosóficas y fundó un sistema que se denominó *Metodista*.

En la vida de Gray, de Aimé Martin, de Thomson, de Scott, de Bulwer, de Southey y de Schiller, ejercieron gran influencia sus madres.

Ary Scheffer decia en una carta á su hija: «No olvides la frase que tenia tu abuela estereotipada en los labios:

Antes que todo el deber.

Se cuenta la siguiente anécdota de la madre de Gounod con motivo del estreno de la ópera Safo. La madre de Gounod, que había escuchado las dos primeras obras de su hijo lo cual era asistir á dos ovaciones, no quiso faltar á la primera representación de la tercera ópera, cual si presintiese que era el último estreno de las obras de su hijo á que podía asistir. Gounod accediendo á los deseos de su madre la llevó al teatro colocándola en un palco que para ella había reservado, y recomendándola le esperase allí mismo hasta que terminado el espectáculo fuese á buscarla.

Acabada la representación, el joven maestro, después de dar gracias á los artistas y felicitar á su eminente colaborador Emilio Augier, corrió á reunirse con su madre. Al llegar cerca de ésta encontró á Berlioz. Copiosas lágrimas corrían por las mejillas del severo crítico de los *Debats*.

—¿Llora vd? le preguntó Gounod.

—Sí, amigo mio, respondió Berlioz: acabais de hacerme sentir una de las mayores emociones artísticas que he sentido en veinte años.

Al decir esto intentó secarse las lágrimas, y el autor de Safo le detuvo las manos, diciéndole:

—¡No hagais tal cosa! Dejad correr vuestras lágrimas, pues con ellas podeis proporcionarme la mayor de las alegrías.

—¿Cuál?

—Venid, venid conmigo; venid y mostrad á mi ma-

dre ese llanto. No cambiaría la emoción que le vais á proporcionar por todas las alabanzas que de mi persona hagais en vuestra *Crónica Musical*. Berlioz, subyugado por la vehemencia y exaltación del compositor, se dejó conducir hasta el asiento donde se hallaba madame Gounod, esperando el momento de abrazar á su adorado hijo.

—Señora, le dijo el crítico, acabo de oír una obra que el mejor maestro firmaría con orgullo. Todavía me hallo conmovido por la emoción que he sentido ante las bellezas musicales producidas por la mente de vuestro hijo.

Madame Gounod se esforzó por dominar sus sentimientos mientras se halló rodeada del público; pero al salir los últimos espectadores se arrojó en brazos de Gounod y éste, ella y el crítico mezclaron sus lágrimas.

Gounod decía al día siguiente del triunfo á todos sus amigos, que solo por ver gozar á su madre anhelaba poseer inspiración.

¡Oh, la madre es la gran palanca que mueve el mundo!

No sin razón dijo Napoleón que el porvenir de una criatura dependía de la madre.

Napoleón que amó mucho á la mujer que le dió el ser, comprendió la importancia de las madres; por eso en una época en que la Francia se hallaba decadente y desmoralizada, se le oyó exclamar: «Caminamos á un abismo insondable; si en Francia hubiera actualmente buenas madres podríamos salvarnos.»

Napoleon tenia la conviccion profunda de que sus cualidades eran el reflejo de las de su madre y sus defectos pertenecian solo á él.

¡Cuánto idolatró el gran conquistador á su cariñosa madre!

Al pié de un retrato de ésta escribió: «Es digna de todas las veneraciones.»

Esforzaos, tiernas madres, en merecer é inspirar frases iguales ó semejantes á la que Napoleon escribió al calce del retrato de madame Bonaparte.

CATALINA TEXTOR

MADRE DE GOETHE,

ISABEL DOROTEA KODWEISS

MADRE DE SCHILLER.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Napoleon tenia la conviccion profunda de que sus cualidades eran el reflejo de las de su madre y sus defectos pertenecian solo á él.

¡Cuánto idolatró el gran conquistador á su cariñosa madre!

Al pié de un retrato de ésta escribió: «Es digna de todas las veneraciones.»

Esforzaos, tiernas madres, en merecer é inspirar frases iguales ó semejantes á la que Napoleon escribió al calce del retrato de madame Bonaparte.

CATALINA TEXTOR

MADRE DE GOETHE,

ISABEL DOROTEA KODWEISS

MADRE DE SCHILLER.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U. A. N. L.



U A L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DE GOETHE



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO IX.

La madre de Schiller y la madre de Goethe.

(PARALELOS.)

I

CONTEMPORÁNEOS de Schlegel, Seckendorf, Einsiedel, Kenebel, Voigt, Muxus, Herder, Bertuch y Wieland, fueron Schiller y Goethe, los dos poetas más elegantes de Alemania. Schiller y Goethe, tuvieron madres ilustradas.

Catalina Textor, madre de Goethe, tenía muy buen gusto literario. Sus amigos la impulsaban á que escribiese para el público; pero ella no quiso hacerlo.

Isabel Dorotea Kodweiss, madre de Schiller, era una mujer estudiosa, sencilla, sin ningún género de pretensiones.

La madre de Goethe educó á sus hijos sin ayuda de maestros, creando para ellos apólogos, alegorías y fantásticas leyendas en las cuales les ofrecia hermosos ejemplos que imitar, al propio tiempo que les recreaba.

La poética imaginacion de la madre de Goethe encontraba esparcimiento en las eruditas conversaciones que sostenia con sus hijos.

El estilo fantástico de las obras de Goethe es el resultado de las aficiones de su madre.

Muy grande fué la influencia que Catalina ejerció en su hijo: ella misma la explica en estos términos: «Habiendo sido madre á los diez y ocho años de edad, he podido educar la infancia de mi hijo en plena juventud, lo cual nos ha aproximado más y más. Hemos permanecido estrechamente enlazados Wolfgang y yo porque hemos sido jóvenes al mismo tiempo.»

La madre de Goethe habia leido mucho y bueno con gran aprovechamiento. Por eso cuando la celebridad del autor del Fausto, hizo que se ensanchara el círculo de sus amistades, Catalina recibia en su casa á personas tan eminentes como Lavater, Klopstock, Basedow, Wieland, Jacobi, Stolberg Merch, y otros, sosteniendo con ellos encantadoras conversaciones.

Uno de esos célebres hombres, exclamó al conocerla: «Ahora comprendo por qué ha llegado Goethe á ser lo que es.»

¡Qué hermoso elogio para la madre y el hijo!
Catalina estaba orgullosa de su Wolfgang.

Hallándose una vez en una fiesta pública, en un círculo de personas desconocidas, le preguntaron quién era, y ella contestó: *la madre de Goethe.*

Cuando se representaba alguna comedia de su hijo, únicas veces que iba al teatro, se agitaba tanto, que el dia siguiente de la representacion tenia que quedarse en cama.

La heroína de *Goetz de Berlichingen*, ese bello tipo modelo de buena esposa y buena madre, creacion que ha dado mucha gloria á Goethe, es, segun algunos biógrafos, un retrato de su madre.

Monsieur Lewes, asocia el recuerdo de Catalina á todos los triunfos de Goethe.

Madame la Conseillère de Goethe, como denominaban á la ilustre, á la augusta madre del famoso poeta, solo era feliz cuando le hablaban de su hijo. En una ausencia de éste formó estrecha amistad con una encantadora jóven de 19 años de edad llamada Bettina Brantano, solo porque esta jóven estaba enamorada de Goethe. La anciana y la jóven simpatizaban á pesar de tener edad tan distinta, porque abrigaban la misma pasion, y nada aproxima tanto un sér á otro, como el poseer las mismas pasiones: la pasion dominante de estas dos mujeres era un ferviente culto á Goethe.

Las conversaciones entre la anciana y la jóven acerca de la infancia de Goethe eran interminables. La madre de Goethe hablaba con tono muy solemne hasta del peral que el abuelo de Wolfgang habia plantado el dia

que nació el niño predestinado á la gloria. Los detalles de la infancia de Goethe eran referidos por su madre con la piadosa exaltacion con que refiere un devoto la vida del santo de su devocion. Bettina fué célebre por su amor á Goothe: el genio tiene el poder de inmortalizar á cuanto se aproxima á él. Cuando Beethoven conoció á la apasionada de Goethe, hablaron de éste; y el gran compositor encargó á Bettina le trasmitiese sus ideas acerca del arte. Bettina tuvo la gloriosa mision de crear entre Goethe y Beethoven una afectuosa y sincera amistad.

Cuando Goethe quiso escribir sus memorias consultó á Bettina para que le diese datos acerca de su infancia: Bettina pudo hacerlo fácilmente, porque la madre de Goethe habia referido á la entusiasta jóven cien mil veces todas las puerilidades de la niñez de su hijo.

II

No tiene menos parte en la gloria de Schiller su tierna madre, Isabel Dorotea Kodweiss. Era ésta una mujer vehemente, apasionada, adoraba á su hijo con exaltacion y habia adivinado que el pequeño Schiller tenia que ser gran hombre. Preocupada Isabel con la idea de que su hijo estaba llamado á ocupar un alto puesto, se esforzó en inculcarle la pasion al estudio, que ella sentia.

En efecto, cuando Schiller era muy niño aún, su ma-

dre buscaba los mejores versos y las más poéticas leyendas y se las leía procurando enardecer su imaginacion. Rápidamente fueron trasmitidos al niño los instintos poéticos de la entusiasta madre, y cuando el gran historiadore y dramaturgo se hizo famoso por sus baladas, complaciase en decir que muchos de los asuntos de ellas los habia imaginado su madre, que él no habia hecho nada más que retenerlos en la memoria, y darles nueva forma al escribirlos.

Isabel Kodweiss poseia grandes conocimientos que habia adquirido por sí misma, y los lucia sin afectacion. Su talento era claro y sólido: su instruccion muy variada. Una exquisita sensibilidad la distinguió siempre, y alguna parte de ella heredó Juan Federico Schiller, que fué un hombre de corazon y de moralidad.

Schiller, dotado de una imaginacion soñadora y de una naturaleza lánguida y melancólica, no inspiraba en los primeros años de su juventud ninguna confianza á sus profesores. Le creian más idealista que práctico, más dado á la teoría que á la accion. Solia pasear mucho en el campo sumergiéndose en profundas meditaciones que se convertian en voluptuoso deleite de su espíritu. La madre de Schiller le hizo leer muchas veces la Biblia y la Mesiada, y la frecuente lectura de estas obras unida á las exhortaciones de su madre, inclinaronle un tanto al fervor religioso.

Hallábanse determinados sus padres á hacerle ordenar; cuando el duque de Wutemberg, protector del jó-

ven Schiller, determinó enviarle á la Academia de San Carlos, denominada Academia de la Soledad, que se acababa de fundar para formar en ella buenos soldados, médicos y magistrados.

Hiciéronle estudiar por orden superior la Medicina, tal era el deseo de su protector; pero este estudio le pareció muy árido y demasiado material: ofrecía gran contraste con su lozana imaginación. Ocultábase de sus compañeros para leer á los poetas é historiadores. Más de una vez le encontraron con obras de Plutarco ó de Shakespeare en las manos.

El duque lo sacó de la Academia y le dió una plaza en un regimiento. Todos menos la madre de Schiller conspiraban en contra de sus aficiones literarias. Ya se resignaba á renunciar á las musas, cuando contrajo amistad con Schubart; con el trato de éste se despertaron nuevamente sus gustos literarios y ya no quedó sofocada su pasión hácia la poesía. Salustio y el cardenal Retz fueron los autores predilectos de estos dos amigos.

La influencia de Schubart enfrió bastante la fé religiosa que habia inspirado su madre á Schiller: Schubart era ateo.

Schiller casó en el año 1790 con Carlota Lengenfeb, que pertenecía á una gran familia.

La obra maestra de Schiller es Guillermo Tell, Schiller es el poeta de las lindas y sentimentales Baladas.

Entre sus dramas merecen especial mención: *Los Bandidos*, *Don Carlos*, *La Intriga y el amor*, *María Estuar-*

do, y *Juana de Arco*. Su gran trilogía de Wallenstein: se representó en el teatro de Weimar: la corte de Weimar obtuvo bajo la Regencia de Ana Amalia de Brunswick el renombre de *Atenas de Turingia*. Schiller tradujo á Eurípides y á Virgilio; escribió la *Historia de la Revolucion de los Países Bajos*, la *Historia de la Guerra de treinta años*, un *Tratado de lo sublime* y una serie de cartas acerca de la educación estética del hombre.

Entregábase al estudio con demasiado afán en perjuicio de su salud.

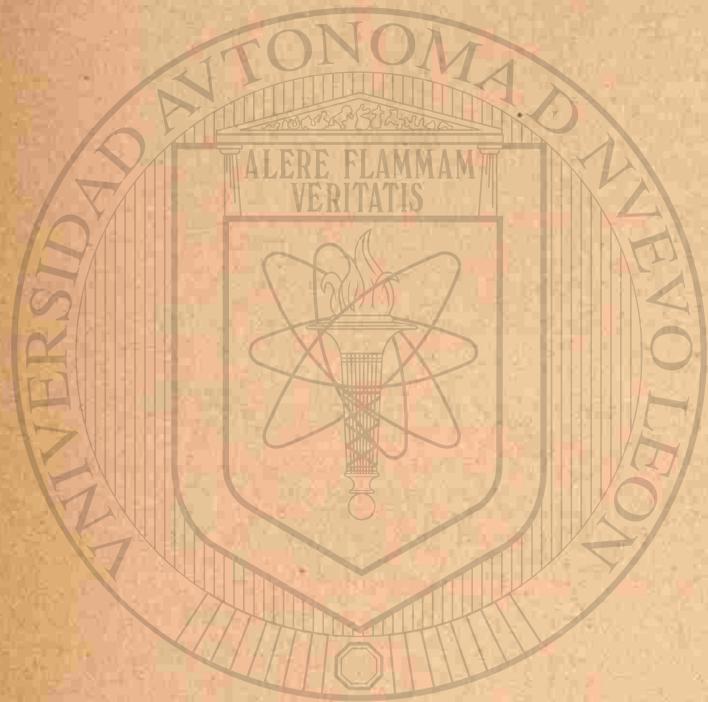
Créese que su amor al estudio le hizo contraer una enfermedad de la cual murió.

En Schiller no se encuentra dualidad entre el escritor y el hombre: ha sido uno de los literatos más ingenuos en la expresión de sus pensamientos.

Cuando leyó seriamente á Kant, se trasformó, y desde entonces hizo aparecer en sus escritos el triunfo de la parte moral del hombre sobre la material.

La *Mesiada* de Federico Klopstock, esa sublime inspiración que refiere la vida del Hombre Dios, salvó á Schiller del escepticismo que trataron de inculcarle algunos de sus amigos. La *Mesiada* fué su libro favorito: era el libro en que le habia enseñado á leer su madre

U. A. N. L.



BLANCA DE CASTILLA

MADRE DE SAN LUIS.

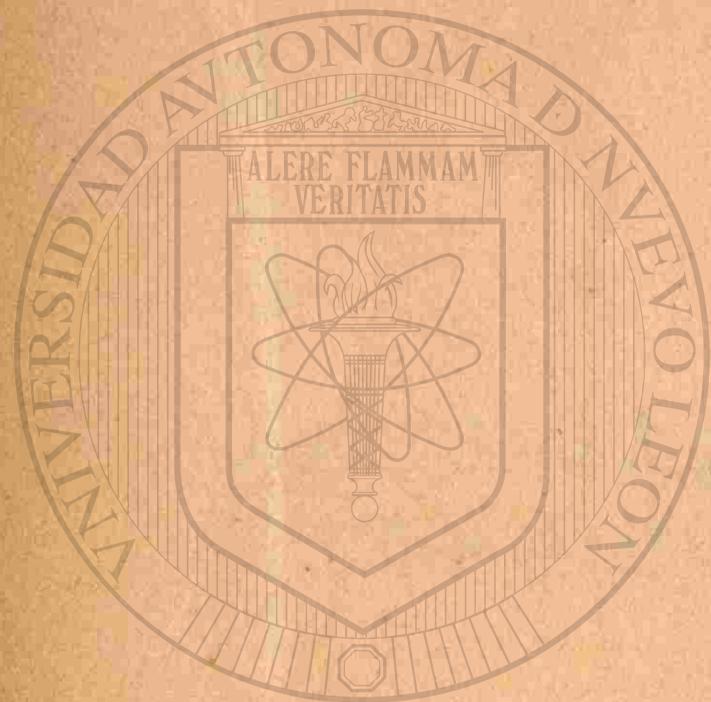
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DE SAN LUIS.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO X.

La madre de San Luis.

HAY muchas maravillas en el universo,—ha dicho Bersot—pero la obra maestra de la creación, es el corazón de una madre.

Ninguna mujer ha podido aventajar á Blanca de Castilla, en ternura maternal; y sin embargo, se hallaba dotada de tanto carácter, que no tuvo débiles condescendencias para su hijo. Lo rodeó de notables profesores y autorizó á estos para que empuñasen la férula siempre que el príncipe mereciera castigo.

Sabios profesores tuvo San Luis, que robustecieron su inteligencia; pero la educación del corazón, la debe á su madre. Blanca de Castilla, cultivó en el alma de su hijo los más hermosos sentimientos.

Blanca de Castilla habia sido educada por su madre, por Eleonora, la hija de Enrique I, rey de Inglaterra, y conociendo el prestigio que ejerce una madre, cuando da á sus hijos la educacion moral, sin influencias extrañas, no quiso renunciar á este placer.

Tienen tanta relacion las inclinaciones nuestras con las de nuestra madre, que se atribuye el que madame Necker, madame Guizot y madame de Rémusat, se preocupasen tanto por el porvenir de su sexo á que las madres de estas tres grandes mujeres les hablaban siempre acerca de la necesidad de mejorar la educacion de la mujer.

La madre de madame de La Fayette, amó mucho la literatura y aunque no escribió inspiró á su hija la afición á este bello esparcimiento del espíritu.

Blanca de Castilla fomentó la instruccion pública, é hizo que la protegiera su hijo Luis.

Parecía haber nacido Blanca para sembrar por todas partes la felicidad. Realizóse su matrimonio bajo muy buenos auspicios, pues fué prenda de paz entre Francia é Inglaterra, entre esas dos naciones que habian vivido en guerra todo un siglo.

La muerte de Felipe Augusto hizo que subiera al trono Luis VIII y con él Blanca de Castilla.

Suscitáronse nuevas guerras entre Francia é Inglaterra, las cuales obligaron á Luis VIII á salir de la corte. Entonces quedó Blanca al frente de los negocios de Estado y empezaron á brillar sus buenas dotes para el gobierno.

El testamento de Luis VIII declaró á Blanca Regenta del Reino y tutora de su hijo primogénito.

No podian soportar los franceses el ser gobernados por una mujer, y por una española: diferentes calumnias levantaron, tratando de eclipsar las virtudes de Blanca; pero esta gran mujer supo desdeñarlas con digna altivez.

El conde de Champagne, el de Boloña, el conde de Evreux, Hugo de Chatillon, Enrique de Bar, Lusignan y Enguerrando de Cucí armaron múltiples intrigas disputando la Regencia á la princesa castellana.

Pronto demostró á los que querian amedrentarla, que tenia alma varonil: la bella española reunió un numeroso ejército y se puso á la cabeza de él en union de su hijo, para hacer frente á los revoltosos y desleales barones que querian disputarle la tutoría ejercida sobre su muy amado hijo.

Terrible era la situacion de Blanca de Castilla, en una época en que el derecho, la razon y la justicia caian ante un golpe de fuerza que todo lo arrollaba.

Blanca de Castilla era muy piadosa, pero jamas se convirtió en fanatismo su piedad. Ella supo sostener en el fiel, la balanza del poder espiritual y del poder temporal.

Tan pronto como Luis fué mayor de edad, su madre lo hizo subir al trono; pero al recibir el cetro rogó á ésta continuara favoreciéndole con sus consejos.

Una grave enfermedad del jóven monarca puso en

peligro su vida, y habiendo atribuido su curacion al milagro operado por un trozo de la Cruz del Salvador colocado sobre la cama del regio enfermo, cuando éste entró en convalecencia hizo solemne voto de combatir á los infieles.

Tres años empleó el monarca en sus preparativos para el viaje á Tierra Santa; antes de salir de Francia, declaró públicamente que dejaba á su madre al frente de todos sus reinos con amplias facultades para obrar segun le conviniese.

Vigorosa, constante, enérgica y justiciera Blanca de Castilla, tuvo ocasion de manifestar más de una vez en el nuevo período de su reinado, que nadie se le imponia. Firme en sus severas decisiones libró á su abatido pueblo del dominio que querian ejercer sobre él algunos tiranuelos.

Los vicarios de la diócesis de Paris habian aprisionado en las cárceles de la Iglesia á algunos siervos, por no haber pagado un impuesto y no solo les privaron de la libertad sino que les abandonaron hasta el punto de dejarles sin ningun alimento. Lo supo Doña Blanca y sintió contristado su corazon por la desgracia de aquellos infelices. Se dirigió al Cabildo con la moderacion que la caracterizaba y pidió que por consideracion á ella pusieran á los presos en libertad para que se ganasen el sustento con su trabajo. Los capitulares ofrecieron á la reina libertar á los cautivos; pero no lo cumplieron y hasta llegaron á decir que solo ellos tenian derecho de

vida y muerte sobre sus siervos. En vez de mejorar la condicion de los encarcelados, la hicieron más dura y al saber la reina tal encarnizamiento y tal crueldad, se fué con sus guardias ante las puertas de la prision y las hizo derribar.

Blanca libertó á todos aquellos siervos de los onerosos cargos que pesaban sobre ellos, y tuvo la bondad de indemnizar al clero con una cantidad de su peculio.

Mientras la reina regia con gran acierto los destinos de Francia, su hijo no disfrutaba en Palestina de los favores de la suerte. Diezmado su ejército por las enfermedades endémicas, y la prolongacion de la guerra que habia agotado los víveres, llegó á quedar en poder del enemigo.

El espíritu de Doña Blanca no se abatió con tales peligros; reunió nuevas gentes á las que concedió la roja enseña del cruzado, vendió todas sus ricas joyas, y enviando á Palestina hombres y oro, rescató á su hijo.

Los dolores que le causó la separacion de su hijo, y las duras cargas que imponia el poder en tan difíciles circunstancias, quebrantaron la salud de la reina y murió sin tener el placer de estrechar en sus brazos á su amado Luis.

El presentimiento de Blanca de Castilla se cumplió: al marcharse Luis IX á Tierra Santa su madre le dijo que no se volverian á ver.

Luis IX respetaba mucho á Blanca de Castilla, siempre la denominó: *mi señora y madre é incomparable reina.*

Blanca de Castilla introdujo al niño en las sendas del honor, y jamas se separó de ellas el hombre.

Luis IX fué el tipo de la más refinada caballeridad, de la mayor obediencia filial; guardó la fé conyugal y concedió á su pueblo una cariñosa paternidad. Fué casto, sobrio, probo, caritativo y religioso. La semilla de virtud que la madre esparció en el corazon del niño, germinó felizmente sin hacerse esperar mucho tiempo.

La madre—como dice Michelet—es el sér más generoso que existe: cuando da su vida por aquel á quien adora, cree no haber hecho nada extraordinario. Ella encierra en sí misma, en su profunda naturaleza de madre, el sacrificio ilimitado.

¡Dulce frase que debe nuestro sexo al tierno y elegante autor que tan bellas ideas ha vertido acerca de la mujer!

¡Oh, madres! Procurad merecer los elogios de vuestros hijos y de la sociedad.

¡Benditas sean las madres que saben serlo!

LA MADRE DE PIETRO COSSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Blanca de Castilla introdujo al niño en las sendas del honor, y jamas se separó de ellas el hombre.

Luis IX fué el tipo de la más refinada caballeridad, de la mayor obediencia filial; guardó la fé conyugal y concedió á su pueblo una cariñosa paternidad. Fué casto, sobrio, probo, caritativo y religioso. La semilla de virtud que la madre esparció en el corazon del niño, germinó felizmente sin hacerse esperar mucho tiempo.

La madre—como dice Michelet—es el sér más generoso que existe: cuando da su vida por aquel á quien adora, cree no haber hecho nada extraordinario. Ella encierra en sí misma, en su profunda naturaleza de madre, el sacrificio ilimitado.

¡Dulce frase que debe nuestro sexo al tierno y elegante autor que tan bellas ideas ha vertido acerca de la mujer!

¡Oh, madres! Procurad merecer los elogios de vuestros hijos y de la sociedad.

¡Benditas sean las madres que saben serlo!

LA MADRE DE PIETRO COSSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XI.

La madre de Pietro Cossa.

LA madre de este insigne dramaturgo nació en humildísima cuna, pero el glorioso poeta ha sabido conquistar para ella un buen lugar en la posteridad. Pietro Cossa ha dicho que debe su gloria á su madre, y al decirlo le ha dado la inmortalidad.

La madre de Pietro Cossa no recibió instrucción alguna; mas había nacido dotada de clara inteligencia y gran temple de alma.

La madre del dramaturgo italiano aun cuando viese la luz en la Roma moderna, pertenecía á la raza de aquella romana de la antigüedad que inspiró á su hijo esta conocida frase: *Madre mia o non torneró a casa o torneró pontefice.*

Tú serás célebre, Pietro, había dicho al adolescente la buena madre que tanto se sacrificó por él.

Pietro y su madre se amaban tanto, que cuando se escribían cartas, sus cartas semejábanse á las de los amantes. La madre del poeta apenas sabía firmar; pero sus garabatos los descifraba Pietro.

La carta de una madre es siempre inteligible para un buen hijo.

Tan dulces cosas se decían Pietro y su madre, que ellas nos recuerdan las famosas cartas de Sismondi á su madre, en las cuales se encuentran frases parecidas á estas:

Voy á pasar una temporada contigo en el campo, madre mia; nos harémos independientes de la sociedad, nos cuidaremos uno á otro y nos repetiremos constantemente que nos queremos mucho. ¿Verdad, madre mia, que esta es la más dulce palabra que puede oirse?

Las cartas de Sismondi á su madre parecen escritas por un enamorado á su prometida esposa. Semejantes á ellas son las que dirigía Pietro á su amorosa madre.

Pietro Cossa empezó á versificar desde la más temprana edad; pero su gran pobreza no le permitía comprar libros de estudio.

Su más devoradora pasión era el teatro; y se veía privado de asistir á él por no tener medios para frecuentarlo. Viéndole su madre afligido por tal privación, determinó ponerse á trabajar para proporcionar á su hijo una localidad, cada vez que hubiese algun estreno en los

teatros. La pobre viuda trabajaba con el mayor empeño, invirtiendo el precio de su trabajo en libros para su Pietro.

Cuando el inspirado jóven empezaba á desenvolver su númen poético, fué acusado de unitario y liberal teniendo que huir del Estado Pontificio. Siguió la madre al prófugo, y no pudiendo trabajar ella ya, porque se había quebrantado su salud, Pietro entró de corista en un teatro de segundo órden.

De peregrinacion en peregrinacion, llegaron á América, donde se convirtió el corista en actor.

¡Qué luchas, qué fatigas sufrió el expatriado!

Sin los consuelos que le prodigaba su madre, hubiera sido víctima del mayor desaliento!

Caido el poder temporal el día 20 de Setiembre del año 1870, volvieron á Roma la madre y el hijo.

La fortuna empezó á mostrarse propicia con el poeta: al poco tiempo de haber llegado á Roma le nombraron profesor de historia.

En las horas que le dejaba libre la clase, escribió sus admirables obras tituladas: *Plauto, Mesalina, Neron, Cleopatra, Juliano el apóstata y Rienzi*.

La madre de Pietro Cossa quedó compensada de todos sus amorosos desvelos, porque pudo presenciar los triunfos del poeta.

Cuando se ensayaba su famoso *Neron*, dijo Pietro Cossa al primer actor: *Si no obtengo un brillante éxito, lo sentiré por mi madre.*

Pietro Cossa fué aclamado por la muchedumbre despues de la representacion de su obra; Pietro Cossa es el autor dramático más brioso del moderno teatro italiano.

El laureado poeta murió el día 29 de Agosto de 1881 á los cuarenta años de edad.

Roma le hizo unas honras fúnebres dignas de un príncipe

Petroni y Alberto Mario pronunciaron oraciones fúnebres sobre su tumba.

El ataúd que encerraba los restos mortales de Pietro Cossa fué llevado en hombros por los actores italianos. Las actrices, vestidas de riguroso luto, caminaban procesionalmente derramando flores funerarias durante la travesía, presididas por Virginia Marini, que regaba el suelo con sus lágrimas. Virginia Marini se halló identificada con el dramaturgo por los lazos de la inteligencia y los del corazón; ella cerró con amorosa piedad los ojos al moribundo, preparando á su cadáver un apoteosis.

Un año antes se veía en Madrid á la eminente actriz Elisa Mendoza Tenorio colocando coronas y arrojando una lluvia de flores sobre el féretro de Ayala, del inmortal autor de *El Tanto por ciento*.

La vida de Pietro Cossa tuvo su parte novelesca y no faltaron en su muerte sucesos trágicos. Todo tenia que ser original en este sér extraordinario. Refieren testigos oculares, que hasta los elementos parecian asociarse al luto de Italia, por la muerte del querido poeta ro-

mano. Cuando entró su féretro en la estacion de Liorna hasta donde le acompañó un pueblo inmenso y contristado, cayó un rayo sobre el wagon destinado al cadáver. El tren llegó tarde á Roma detenido por la tempestad; se colocaron los restos en una capilla ardiente alzada en la estacion; descuidóse el encargado de cuidar las antorchas funerarias y una de éstas produjo el incendio de las colgaduras y de las infinitas coronas que desde las playas del Mediterráneo hasta las orillas del Tíber habian depositado las municipalidades y los miembros de todas las asociaciones artísticas y literarias: y llegó á devorar la primera caja que guardaba el cadáver, llegando á penetrar el humo en la segunda. Reparados los destrozos del incendio, se verificó la conduccion del cadáver el día 2 de Setiembre, desde las que fueron termas de Diocleciano hasta el cementerio de Campo-Verano, inmediato á la antigua basílica de San Lorenzo, donde descansan los restos mortales de Pío IX.

Pietro Cossa fué muy admirador de Calderon y dedicó hermosos versos al primer poeta dramático de España.

Cuando se le hizo el último centenario á Calderon de la Barca, Pietro Cossa, que era entonces concejal, se brindó á representar el Municipio de Roma en la fiesta literaria, mas no pudo realizar este deseo, porque una aguda enfermedad se lo impidió, y tuvo que ceder el anhelado honor á su amigo y Mecenas el duque de Torlonia.

El último drama que escribió Pietro Cossa fué *Sila*, y en él reservaba el principal papel á su predilecta actriz Virginia Marini, como recuerdo de los triunfos que ambos alcanzaron en la representacion de *I Napolitani*. Pietro Cossa se dedicó siempre al drama histórico; ha presentado á los personajes de la antigua Roma con la mayor exactitud.

Al ocuparnos de Pietro Cossa, debemos dedicar un recuerdo á su madre, pues ella tiene parte en la gloria de su hijo por haberle impulsado al estudio con cariñosa iniciativa, digna de ser celebrada en la pobre mujer que perteneciente á la clase proletaria, no habia podido recibir educacion.

La madre del reputado doctor Monsieur Lortet, que tambien pertenecia al pueblo, pues era hija de un obrero y mujer de un industrial, contribuyó, cual la de Pietro Cossa, á que su hijo alcanzara tan justa reputacion. La madre de Lortet padecia una enfermedad nerviosa que nadie sabia aliviar, y en vista de la incompetencia de los doctores, fijósele en la imaginacion la idea de que su hijo la habia de curar. Al efecto dispuso que su hijo estudiase Medicina, y para hacerle amar esa ciencia, resolvió estudiar el latin con objeto de conocer á los botánicos célebres y hablar con su hijo de ellos. Despues de preparado por su madre en los primeros estudios, el muchacho fué á Paris y á Alemania, y cuando regresó á Lion obtuvo numerosa clientela.

En una de las revoluciones que hubo en este país,

se lanzaron á la calle el hijo y la madre para curar á los heridos de los distintos partidos políticos. El doctor llevó una vida agitadísima practicando la caridad, y su madre le siguió por todas partes asociándose á la santa mision que él se habia impuesto. El doctor Lortet, lo mismo que Pietro Cossa, dejaron escritas entusiastas frases como testimonio del más vivo amor filial.

Un poeta mexicano, que es uno de los primeros talentos que posee esta Nacion, ha expresado su amor á su madre en bellísimos versos, entre los que figura el tierno soneto inédito que nos apresuramos á reproducir.

El eminente poeta Vicente Riva Palacio, á quien nos referimos, dice así:

A MI MADRE.

Oh cuán lejos están aquellos días
En que cantando alegre y placentera
Jugando con mi negra cabellera
En tu blando regazo me dormias.

¡Con qué santo embeleso recogias
La balbuciente frase pasajera
Que por ser de mis labios la primera
Con maternal orgullo repetias.

Hoy que de la vejez con el quebranto
Mi barba se desata en blanco armiño,
Y contemplo la vida sin encanto;

Al recordar tu celestial cariño
De mis cansados ojos brota el llanto
Porque pensando en tí me siento niño.

¡Cuán halagador es para la memoria de la madre del poeta, el pensamiento que encierra este soneto en su último verso!

Porque al pensar en tí me siento niño. Tan generosa abdicación del hombre queriendo convertirse en niño por el deseo de estar más cerca del regazo maternal, es un rasgo de sentimiento de primer orden!

Complacémonos en manifestar, que lo merecía la madre que lo ha inspirado.

Los mexicanos son muy buenos hijos: aun cuando hayan obtenido un alto puesto social, jamás se emancipan de la tutela materna; los mexicanos respetan muchísimo á la madre. No es extraño que así suceda, en un pueblo donde el bello sexo es reverenciado. En otros países la mujer no es más que mujer, en México la mujer es diosa.

Jamás podrá haber monarquía en México, porque en México cada mujer es una reina.

Los mexicanos son nobles y caballerescos cual los hidalgos de la Edad Media, valerosos y galantes cual

los germanos, aquellos esforzados paladines que peleaban por la mujer.

Si tuviéramos que escribir un diccionario, convertiríamos en sinónimos estas tres palabras: *mexicano, valiente y cortés.*

Los mexicanos son muy sensibles á la belleza: los mexicanos saben morir por la mirada ó la sonrisa de una mujer.

Otro poeta de nuestros días, uno de los primeros líricos de que España puede enorgullecerse con justa razón, Juan Tomás Salvany, ha expresado el amor á su madre con delicada ternura en las siguientes quintillas.

Triste, en italiana zona,
mirando hácia Barcelona
pensaba qué le daría
á la dulce madre mía
que no fuese una corona.

Y abriendo el modesto erario
á duras penas reunido,
madre, compré este rosario,
como emblema del calvario
que en tus hijos has tenido.

El los dolores imita
de tu alma sensible y buena;
él tiene una cruz bendita,

las cuentas de malaquita
y dorada la cadena.

Símbolo de amor, por eso
lleva de oro el crucifijo,
y para más dulce exceso
cada cuenta tiene un beso
de los labios de tu hijo.

Corona que un alma envía
al alma que el sér le dió,
himno de paz y alegría
bendícela, madre mía,
como la bendigo yo.

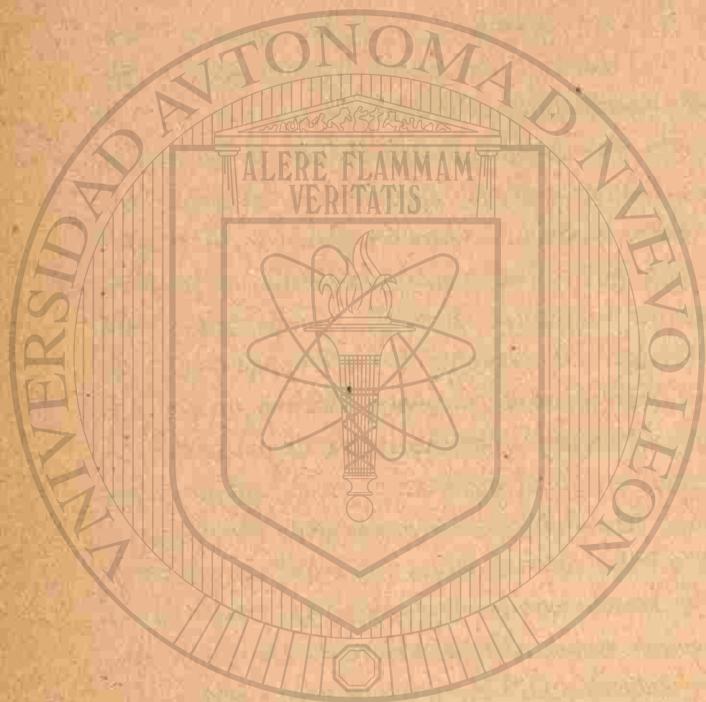
Cuando pases una gloria
tras las cuentas de ese lazo,
ella traerá á mi memoria
más de una infantil historia
aprendida en tu regazo.

Y la más pura oracion
dirá con ferviente modo
á mi amante corazon,
que tú eres mi religion,
mi gloria, mi amor, mi todo.

El autor de estos sentidos versos al separarse de su

madre siendo muy niño, le ofreció que todos los años estaria al lado suyo el dia 15 de Agosto, para celebrar el dia de su natalicio; han pasado treinta años y este modelo de buenos hijos no ha faltado una sola vez á la solemne cita. Sus asuntos le han alejado de España en distintas ocasiones, pero al aproximarse la memorable y dulce fecha, ha dejado todos los placeres de Paris ó Londres para volar al nido maternal oculto en la casita campestre de un bosque de Walls, pueblecito situado en la provincia de Tarragona. En una época de su vida oimos exclamar al exaltado poeta, víctima de acerbos dolores morales que le hicieron llegar al paroxismo de la desesperacion: *Si no existiera mi madre ya me hubiese suicidado. Mi madre es el lazo que más estrechamente me liga á la vida; ella normaliza mis actos: cuando siento impulsos de cometer alguna irregularidad, pienso en mi madre y no la cometo. Si no estuviera dotado con el instinto de la rectitud, y del bien, creo que practicaria lo bueno solo porque mi madre no tuviera que sonrojarse por causa mia.*

Estas sencillas frases, impregnadas de verdad, nos revelan una vez más la saludable influencia de una buena madre sobre sus hijos.

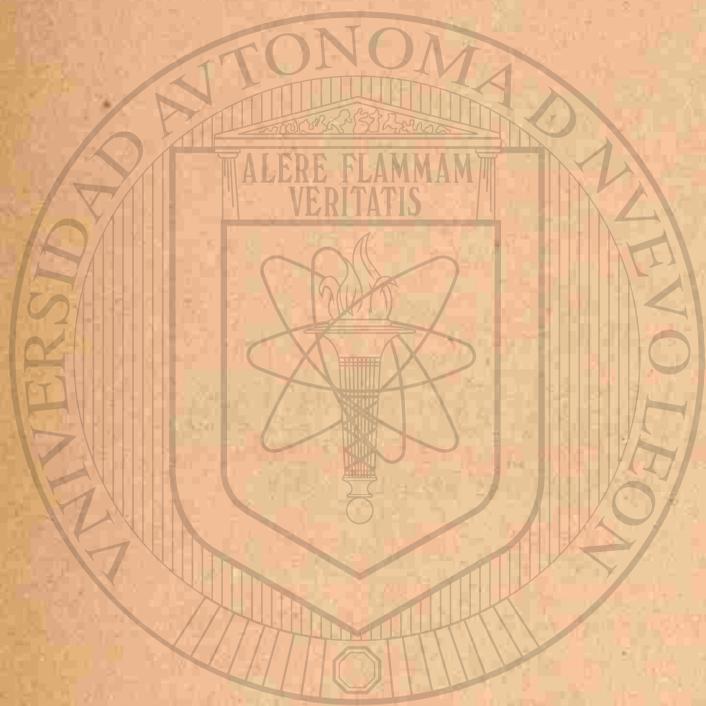


DOÑA MARÍA DE MOLINA

MADRE DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XII.

La madre de Fernando el Emplazado.

I

CON el sobrenombre de la *Grande* es conocida Doña María de Molina reina de Castilla y de León, y seguramente nadie fué más acreedora á tan glorioso título, que la augusta esposa de Sancho el Bravo. Esta ilustre mujer es la figura que más se destaca en el cuadro de nuestra historia, iluminado por los últimos reflejos vespertinos del siglo XIII, y por los albores del XIV. Nacida entre dos crepúsculos, entre un ocaso y una aurora, vino á rasgar las densas nieblas que empañaban el cielo de la monarquía castellana. Próxima á zozobrar se hallaba la nave del Estado y la inteligente reina sacóla á flote, dirigiendo el timon con gran

pericia y tomando los remos con mano hábil y vigorosa. Al morir Sancho el Bravo, hizo justicia á los méritos y virtudes de su esposa, nombrándola tutora y gobernadora del reino y del príncipe Fernando.

Imposible es hallar en los anales de ninguna monarquía, situacion más difícil que la del trono en aquella época. La corona de Leon y de Castilla era punzante cual si tuviese cruentas espinas, el cetro de San Fernando abrumaba cual si su peso fuera agobiador. No podia ser más turbulento el estado del reino: la altiva y ambiciosa nobleza castellana, no contenta con sus prerogativas, se hallaba en pugna con los reyes; los insidiosos infantes Don Juan y Don Fernando, tíos del futuro heredero de la corona, luchaban entre sí y contra la reina gobernadora para disputarle la tutoría del reino: combates fratricidas se libraban entre los hijos de Leon y de Castilla; guerras sangrientas provocadas por los reyes de Aragon, Francia y Portugal asolaban los campos; y como si esto no fuera bastante, los moros andaluces contribuian á aumentar el conflicto y la desolacion. Guerras intestinas en Palacio, guerras civiles en Castilla y guerras con el extranjero.

No contaba Doña María más que con la fidelidad de *Guzman el Bueno*, héroe de la Edad Media, con la hidalguía de los concejos, y con la adhesion de los caballeros de la corte formada por prelados é hijos-dalgo. Empero esta ínclita señora, llena de energía, de valor, de prudencia, de talento y resolucion, defendió á su hijo

contra las asechanzas de los pérfidos infantes Don Juan y Don Enrique; se impuso á la nobleza; favoreció al pueblo haciéndose amar de él; dictó leyes, inspiradas en la más rigurosa justicia, y consiguió tener á raya á los enemigos de la patria y de la fé católica. Dotada de mucha instruccion, de sagacidad política y de gran táctica militar, dirigió más de una batalla; de Doña María la *Grande* puede decirse cual de Isabel la Católica, que manejó el cetro, la aguja y la lanza, con la misma desenvoltura.

En medio de tantos sobresaltos, que hubieran acobardado á un espíritu menos viril, se entregaba con plácida calma á la educacion de sus hijos, especialmente á la del príncipe, preparándole para que fuese un buen rey.

Prolijo seria enumerar todos los grandes actos de tan excelente reina, y nos limitaremos á bosquejar los más sobresalientes. En dias de gran penuria para el erario, le fué propuesta por Don Enrique y sus secuaces la venta de Tarifa; mas ella, secundada por *Guzman el Bueno*, contestó denodadamente, que jamas cometeria tal infamia; que si eran necesarios fondos para la guerra, gustosa daria sus joyas, sus ricas vajillas y cuantos tesoros le perteneciesen. Verificólo, y sus platos de oro fueron substituidos por platos de barro, demostrando su modestia, su generosidad y su amor á la patria.

Poseia tan gran valor, que en una ocasion, cuando todos se hallaban desalentados y le manifestaban que era

inútil ir á defender el castillo de Lorca, ella contestó que se pondría al frente de los que quisieran seguirla para ir á socorrer la plaza. Realizó su intento sin vacilar ante los hielos de un cruel Enero.

Grande fué también su arrojo para entrar en Segovia: los insurreccionados no le querían franquear las puertas y tuvo que atravesar por medio de 2,000 hombres armados, á los cuales dominó con su ardimiento.

En uno de los diferentes motines urdidos por los revoltosos Haros y Laras, lanzóse entre los amotinados y les venció con su palabra. Más pueblos conquistaron sus virtudes y su elocuencia, que las armas de los caudillos.

La muy noble Valladolid fué su mansion predilecta: En esta ciudad residió casi siempre, porque según ella decía, los vallisoletanos le eran muy adictos y encontraba partidarios tanto en los *ricos homes* como en los plebeyos. En la época de Doña María la Grande, es cuando se halló más floreciente Valladolid, teniendo vida propia y verdadera importancia. A Doña María debió esta ciudad la exención de gravámenes onerosos y el haber obtenido diferentes privilegios. La muy leal é histórica Valladolid, la ciudad de los célebres concilios y las célebres cortes, de las justas y los torneos¹ guarda en sus anales recuerdos muy gloriosos. Es dignísima patria de S. Pedro Regalado, de Felipe II, de Felipe IV y de Fray Gerónimo Gracian, el amigo de Santa Teresa de Jesús,

¹ Doña María de Molina premiaba con una banda azul al vencedor del torneo.

considerado como uno de los clásicos del siglo XVI. En las márgenes del Pisuerga se celebraron las bodas de Don Pedro el Cruel con Doña Blanca de Borbon, se escribieron las partidas de Alfonso el Sabio, y se verificó la coronación de San Fernando. Allí vivieron Santa Teresa y Cervantes; murió Colon, subió al cadalso Don Alvaro de Luna, y estuvo preso en las cárceles de la Inquisición Fray Luis de Leon, por el grave pecado de haber traducido en lengua vulgar el Cantar de los Cantares.

Doña María la Grande que ejerció la doble regencia, pues muerto su hijo Fernando IV, regentó á su nieto Alfonso XI, continuó favoreciendo á su muy amada Valladolid, la cual engrandeció edificando templos, hospitales y conventos. Fundó las Huelgas y reedificó la iglesia de San Pablo cuyo frontispicio es una perla del arte gótico y una de las joyas que con más entusiasmo conserva Valladolid.

Mucho más admirable debe parecerse esta reina, teniendo en cuenta la época á que pertenece, pues en la Edad Media la mujer no tenía iniciativa y era tan eterna la virginidad de su inteligencia como la infancia de su corazón. La situación de la mujer en la Edad Media no está definida claramente: ensalzada por unos y menospreciada por otros, fluctuaba entre el servilismo y la glorificación. La caballería hizo la apoteosis de la mujer, y al convertirla en diosa, ordenó á los caballeros se inmolaran en sus aras, el trovador la declaró musa de sus can-

tos y reina de su alma: el señor feudal su esclava. Tan vasalla era para el baron de la Edad Media la villana nacida en sus dominios, como la esposa descendiente de mansion señorial. La castellana de aquellos tiempos era una prisionera inconsciente guardada con llave de oro: deslizábase su vida entre el reclinatorio de la capilla, la tapicería del bastidor y la contemplacion de su carcelero. La monótona existencia de las mujeres de aquellos dias tenia idéntico fin: el claustro. Conventó era el castillo, como lo era el monasterio. Nos explicamos fácilmente tuvieran aficion á la vida monástica: les parecia más noble ser siervas de Dios que esclavas del señor feudal. En esto no andaban equivocadas: además, en el claustro podian entrar por voluntad propia, mientras que para el matrimonio tenian que someterse ciegamente la jóven de alto linaje á la voluntad de su padre, la plebeya al despótico capricho del señor.

Diferentes eran las ceremonias que seguian á la bendicion nupcial, tomando la forma que les imprimian las costumbres de cada provincia; pero todas esas ceremonias eran humillantes para la mujer. En unos pueblos, la esposa descalzaba al marido en señal de sumision, en otros, al apearse del caballo ella le sostenia el estribo, en los más, la rueca figuraba como primer regalo del nóvio, aunque la desposada perteneciese á la nobleza.

Necesario le era un temple de alma muy extraordinario á la mujer de aquella época para emanciparse moralmente, para sacudir tantos yugos y absurdas preocu-

paciones. Esto lo consiguió Doña María de Molina, astro refulgente que iluminaba la prolongada y tenebrosa noche del sexo femenino en la Edad Media.

La madre de Fernando el Emplazado, favoreció las letras, las artes y la industria; se impuso á sus enemigos con las dotes de su buen criterio, y brilló por su ilustracion en un siglo en que andaban escasos los elementos del saber, por no haberse descubierto todavía la imprenta.

La figura de esta reina que goza de celebridad europea, ha sido magistralmente retratada en un drama de Tirso, titulado: «La Prudencia en la Mujer.» Obsérvese cuán enérgicos son los acentos que pone en boca de la protagonista del drama el eminente poeta del siglo XVII:

• «Si porque es el rey un niño
Y una mujer quien le ampara,
Os atreveis ambiciosos
Contra la fé castellana;
Tres almas viven en mí:
La de Sancho, que Dios haya,
La de mi hijo que habita
En mis maternas entrañas,
Y la mia, en quien se suman
Esotras dos: ved si basta
A la defensa de un reino
Una mujer con tres almas.»

No hubieran establecido los Francos la ley sálica si

hubieran conocido á esta ilustre reina: bien es verdad que favorece á nuestro sexo el que dicha ley haya sido redactada antes de la conversion de los Francos al cristianismo, es decir, cuando eran semi-bárbaros.

No, no hay inferioridad en la mujer; los dos sexos están dotados de iguales aptitudes intelectuales, y si no dan el mismo resultado es porque se aplican á distintos fines. En los países en que se instruye á los niños y las niñas del mismo modo, admira la precocidad de éstas.

Nadie lo pondrá en duda: los órganos que más se ejercitan, son los que más se desarrollan; y la energía de las funciones del cerebro, depende del ejercicio de éste. El hombre ejercita su inteligencia con el estudio, y el estudio desenvuelve ésta, la abrillanta y fertiliza, dilata las esferas del pensamiento. Sin el estudio la inteligencia quedaria atrofiada. Las mujeres que han recibido una educacion superior, se han elevado á gran altura en todos los ramos y todas las situaciones. Si existieron reyes que gobernaron pueblos con pericia, tambien hemos tenido reinas que han regido naciones con admirable acierto.

Sorprendente fué la inteligencia de Amalásunta, para gobernar durante la menor edad de su hijo Alarico; la de Alisia de Champaña, madre de Felipe Augusto, para regir la Francia mientras éste marchó á Tierra Santa, y la de la hija de Jacobo II, cuyo reinado fué uno de los más gloriosos de Inglaterra.

Hábil fué la política de Doña Berenguela, madre de

San Fernando, y la de Doña Violante, esposa de Alfonso el Sabio.

Inmensa la popularidad de María Teresa de Austria.

Notable la energía de la hija de Enrique VIII de Inglaterra que expulsó á todos los heréticos de su reino.

Sobresalientes las cualidades de Cristina de Suecia para la administracion.

Catalina de Médicis, reina de Francia, lo fué en circunstancias bien difíciles, brillando por su sagacidad para mantener el equilibrio entre los católicos y los calvinistas; las dos Catalinas de Rusia se distinguieron por su esclarecido talento.

Superior á las reinas precitadas, es la augusta madre de Fernando el Emplazado, la excelente Doña María de Molina, apellidada por el pueblo *madre de la patria*.

II

No solamente regentó dos veces el reino la inteligente esposa de Sancho el Bravo, sino que ejerció la doble maternidad moral, educando á su hijo Fernando IV y á su nieto Alfonso XI.

Brillantes como sus talentos de reina fueron sus virtudes de madre. Habiendo quedado viuda en la juventud, la fama de su belleza y de sus méritos le atraieron multitud de adoradores entre príncipes y reyes poderosos; pero ella cerró su corazon á los encantos del amor,

hubieran conocido á esta ilustre reina: bien es verdad que favorece á nuestro sexo el que dicha ley haya sido redactada antes de la conversion de los Francos al cristianismo, es decir, cuando eran semi-bárbaros.

No, no hay inferioridad en la mujer; los dos sexos están dotados de iguales aptitudes intelectuales, y si no dan el mismo resultado es porque se aplican á distintos fines. En los países en que se instruye á los niños y las niñas del mismo modo, admira la precocidad de éstas.

Nadie lo pondrá en duda: los órganos que más se ejercitan, son los que más se desarrollan; y la energía de las funciones del cerebro, depende del ejercicio de éste. El hombre ejercita su inteligencia con el estudio, y el estudio desenvuelve ésta, la abrillanta y fertiliza, dilata las esferas del pensamiento. Sin el estudio la inteligencia quedaria atrofiada. Las mujeres que han recibido una educacion superior, se han elevado á gran altura en todos los ramos y todas las situaciones. Si existieron reyes que gobernaron pueblos con pericia, tambien hemos tenido reinas que han regido naciones con admirable acierto.

Sorprendente fué la inteligencia de Amalásunta, para gobernar durante la menor edad de su hijo Alarico; la de Alisia de Champaña, madre de Felipe Augusto, para regir la Francia mientras éste marchó á Tierra Santa, y la de la hija de Jacobo II, cuyo reinado fué uno de los más gloriosos de Inglaterra.

Hábil fué la política de Doña Berenguela, madre de

San Fernando, y la de Doña Violante, esposa de Alfonso el Sabio.

Inmensa la popularidad de María Teresa de Austria.

Notable la energía de la hija de Enrique VIII de Inglaterra que expulsó á todos los heréticos de su reino.

Sobresalientes las cualidades de Cristina de Suecia para la administracion.

Catalina de Médicis, reina de Francia, lo fué en circunstancias bien difíciles, brillando por su sagacidad para mantener el equilibrio entre los católicos y los calvinistas; las dos Catalinas de Rusia se distinguieron por su esclarecido talento.

Superior á las reinas precitadas, es la augusta madre de Fernando el Emplazado, la excelente Doña María de Molina, apellidada por el pueblo *madre de la patria*.

II

No solamente regentó dos veces el reino la inteligente esposa de Sancho el Bravo, sino que ejerció la doble maternidad moral, educando á su hijo Fernando IV y á su nieto Alfonso XI.

Brillantes como sus talentos de reina fueron sus virtudes de madre. Habiendo quedado viuda en la juventud, la fama de su belleza y de sus méritos le atraieron multitud de adoradores entre príncipes y reyes poderosos; pero ella cerró su corazon á los encantos del amor,

para consagrarse al sacerdocio de la maternidad. Jamas el más leve lunar manchó sus tocas de viuda. Su luto fué tan sincero como el de Isabel de Portugal por Don Juan II, como el de la hija de Carlos V por Maximiliano de Austria.

Doña María de Molina antepuso á todo, su amor maternal: puede ser testimonio de esta asercion, el siguiente hecho que vamos á referir. Armaba diferentes escaramuzas el infante Don Enrique, hallándose descontento porque no podia conseguir la regencia de Castilla ó la tutoría del príncipe; la reina para apaciguarle y calmar una exaltacion que perturbaba la tranquilidad de sus Estados, resolvió acceder á su peticion. Al efecto, obligada por las circunstancias, concedió temporalmente á Don Enrique la regencia del reino; mas nunca la tutoría del príncipe.

¡Qué gran rasgo!

La mujer que abdicó de sus derechos de reina en pro de la tranquilidad del país, disputó enérgicamente á todo el mundo sus derechos de madre. Quiso ser la educadora de su hijo, mas éste no supo corresponder á tanto amor: extraviado por los consejos de Don Enrique y su partido, escuchó las calumnias lanzadas contra Doña María, y cuando subió al trono, se atrevió á pedir al canciller de la reina las cuentas de la administracion de sus intereses. Obcecado el ingrato D. Fernando, llegó á cometer el incalificable desacato de militar contra Doña María, y esta señora, modelo de abne-

gacion maternal, se retiró á llorar su desventura, haciendo jurar á sus partidarios que no se levantarían en armas contra su hijo.

Más tarde Fernando el Emplazado, arrepentido de sus errores y conmovido por la noble conducta de su madre, la colmó de filiales solicitudes, la obedeció ciegamente, y volvió á darle un puesto en su corazon. Al recobrar Doña María la influencia sobre su hijo, empleóla en beneficio de sus pueblos.

¡Oh, la dulce influencia de una mujer ilustrada y buena, tiene más fuerza que una legion de combatientes!

Napoleon el Grande, que no fué galante con nuestro sexo y que por tener, cual Licurgo, la manía de la guerra, sólo vió en la mujer una *propagadora de soldados*; no desconoció, sin embargo, el poder femenino, pues cuando envió á Varsovia á Monseñor de Pradt, díjole: «Sobre todo, halagad á las mujeres.»

Nadie puede ejercer sobre un niño la saludable influencia que su madre; las ideas que la madre inculca con un beso en el cerebro de su hijo, son las más fructíferas, porque la cálida atmósfera del beso maternal, desarrolla velozmente gérmenes que no alcanzarían madurez sustentados por atmósferas artificiales.

La madre, indicada por la naturaleza como primer maestro de sus hijos, debe ser instruida: necesita saber gramática para enseñarles á hablar; Higiene, parte importantísima de la medicina, para conservarles la salud, porque es la ciencia de la prevision, porque es la lógi-

ca del cuerpo, como la lógica es la higiene del alma; Filosofía para que le enseñe á pensar como la religion la enseña á creer; Matemáticas para la buena administracion de los intereses de su casa; Historia, porque da mil años de experiencia en uno solo; Psicología porque es la ciencia del alma. Con estos conocimientos elementales, podrá una madre definirle á su hijo el sentido de las palabras *patria, libertad, justicia, derecho, religion y deber*.

La naturaleza, que ha destinado á la mujer para la maternidad, tambien la dotó de especialísimas facultades para educar á sus hijos. Hay dos sabidurías, la de la inteligencia y la del corazon: la primera es adquirida, la segunda espontánea: ésta es la que poseen las mujeres en eminente grado.

Hazte digno de ser amado, decía una madre tierna á su hijo: tan profunda como sencilla frase, jamas hubiera asomado á los labios del más docto preceptor.

Estas cinco palabras encierran una nueva tésis de educacion moral, mucho más provechosa que los mejores sistemas escolásticos.

La exquisita sensibilidad de la mujer le abre dilatados horizontes, le inspira grandes ideas que no contiene ningun formulario de educacion, porque han brotado para su hijo, y son exclusivas.

Hijo mio, hazte digno de ser amado. ¡Ojalá adoptaran todas las madres este sublime pensamiento, como decálogo religioso, civil y social!

¡Qué pura doctrina encierra!

¡Qué conmovedora elocuencia para predicar la moral!

¡Cuán bella forma para inspirar la virtud!

Los hombres dicen que no hemos inventado nada, y es que nuestros inventos son callados, no tienen resonancia porque no producen ruido como las máquinas de vapor, la pólvora y el cañon.

Escuche la mujer los impulsos de su corazon sin separarse de la vía del progreso, y será para sus hijos no sólo una buena madre, sino una perfecta institutriz.

La mujer del siglo XIX seria menos lógica descuidando su ilustracion que lo era la mujer de la Edad Media conservando su ignorancia. La mujer de la Edad Media con su ignorancia suprema, no discrepaba de su marido, mientras que la mujer de este siglo, necesita gran cultura intelectual para nivelarse con el compañero de su vida. En nuestros días la inteligencia del hombre y la de la mujer deben ser unísonas como las dos liras eólicas de que nos habla Aulo Gelio.

Procure la mujer recibir una educacion igual á la del hombre, porque así lo exigen las necesidades de nuestra época y porque en esa armonía de educacion estriba el acuerdo de los cónyuges.

En los antiguos tiempos de Grecia y Roma las matronas ostentaban el desaliño de la inteligencia alardeando de él porque las cortesanas se ilustraban. ¿Qué sucedió entonces? Lo que era muy natural: hastiado el

marido en su casa por no encontrar amenidad, la buscó fuera de ella. En su esposa tenía una madre para sus hijos legítimos, una guardadora del hogar; mas como ésta no satisfacía sus aspiraciones espirituales, necesitó buscar una amiga para la voluptuosidad del alma, y la encontró en la hetaira.

La hetaira adquirió una importancia superior á la de la matrona. Ella inspiró á los artistas y poetas, y tanto por esto, como por su influencia sobre los legisladores, guerreros y políticos, ha sido denominada musa de la civilización griega.

La hetaira estudiaba filosofía, canto, oratoria y declamación; cultivaba las bellas artes y la literatura.

La hetaira no es como la pallaka una cortesana vulgar que pertenece al público para el culto de los sentidos; la hetaira concede sus favores únicamente á sus elegidos, que deben pertenecer á la alta clase. La hetaira prodiga su belleza y sus encantos intelectuales á un solo señor; cuando este le causa fastidio lo sustituye.

La hetaira es la castidad en el vicio, el pudor en la corrupción, es una aristócrata del libertinaje, es la propagadora del amor libre; es la cortesana elegante, culta, distinguida y recatada, que no se postra ante Vénus Afrodita, sino ante Vénus Pitho¹; la hetaira es la poesía del pecado.

¹ Pitho, ninfa de la elocuencia.

La hetaira pensaba cual Ninon de Lenclos, que siendo muy largos los entreactos en la comedia del amor, es preciso romper la monotonía de ellos con el ingenio; y por eso se cuidaba mucho más de las galas del espíritu que de las del traje.

Las matronas no comprendieron entonces que á la mujer no le basta ser buena, que necesita ser agradable; no supieron llenar las necesidades espirituales de aquellos grandes hombres y perdieron todo prestigio sobre ellos.

¿Qué amuleto, qué filtro, qué talisman poseía la hetaira para hacerse amar?

La electricidad del pensamiento, el magnetismo del espíritu. Por eso Pericles, que ejerció durante cuarenta años un poder omnímoto en Atenas, reinó sin gobernar, pues Aspasia, tipo acabado de la hetaira, imperaba sobre él.

La hetaira fué la seductora sirena que fascinando á los viajeros de la vida, no les permitía arribar al puerto del matrimonio.

Hallábanse tan dulcemente entretenidos los hombres con las Teodoteas, Lamias, Mirrinas, y Leontias, que no podían pensar en contraer lazos matrimoniales.

Los varones más ilustres partían su gloria con las hetairas: Temístocles entra victorioso en Atenas acompañado de cuatro hetairas; Alejandro entrega sus trofeos á Thais; Praxiteles consagra su cincel á Frine; Sófocles pone sus laureles escénicos á los pies de Arquipa; Ape-

les elige por musa á Lais; Platon filosofa con Arqueanasa; Sócrates con Diotima.

Diotima era una hetaira que cristalizó el fango de los placeres impuros, convirtiendo en crisálida la oruga del amor y despues en mariposa. Diotima no fué la Vénus de la voluptuosidad, sino la Psiquis de las pasiones.

La hetaira en Grecia y la bayadera en la India, tuvieron gran preponderancia por su cultura intelectual: la hetaira fué proclamada musa de la civilizacion; la bayadera, ápsada paradisiaca.

Si estas mujeres casi abyectas prevalecieron tanto, ¡cuántos triunfos podrá alcanzar la mujer adornada de todas las virtudes cristianas si cultiva su talento!

Grandes los obtuvo doña María de Molina, esposa honrada, tierna madre, inteligente reina, dama devota sin fanatismo é ilustrada sin vanidad. En vida fué muy amada de sus súbditos, y á su muerte se consideró huérfana la patria. La tumba de esta inolvidable reina se halla en Valladolid, en la iglesia de las Huelgas: es de mármol blanco con estatua yacente. Los españoles y extranjeros la visitan con el mayor respeto rindiendo á la memoria de doña María el homenaje de la más entusiasta admiracion.

CATALINA GORDON

MADRE DE LORD BYRON.

ALICIA DES ROIS

MADRE DE LAMARTINE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les elige por musa á Lais; Platon filosofa con Arqueanasa; Sócrates con Diotima.

Diotima era una hetaira que cristalizó el fango de los placeres impuros, convirtiendo en crisálida la oruga del amor y despues en mariposa. Diotima no fué la Vénus de la voluptuosidad, sino la Psiquis de las pasiones.

La hetaira en Grecia y la bayadera en la India, tuvieron gran preponderancia por su cultura intelectual: la hetaira fué proclamada musa de la civilizacion; la bayadera, ápsada paradisiaca.

Si estas mujeres casi abyectas prevalecieron tanto, ¡cuántos triunfos podrá alcanzar la mujer adornada de todas las virtudes cristianas si cultiva su talento!

Grandes los obtuvo doña María de Molina, esposa honrada, tierna madre, inteligente reina, dama devota sin fanatismo é ilustrada sin vanidad. En vida fué muy amada de sus súbditos, y á su muerte se consideró huérfana la patria. La tumba de esta inolvidable reina se halla en Valladolid, en la iglesia de las Huelgas: es de mármol blanco con estátua yacente. Los españoles y extranjeros la visitan con el mayor respeto rindiendo á la memoria de doña María el homenaje de la más entusiasta admiracion.

CATALINA GORDON

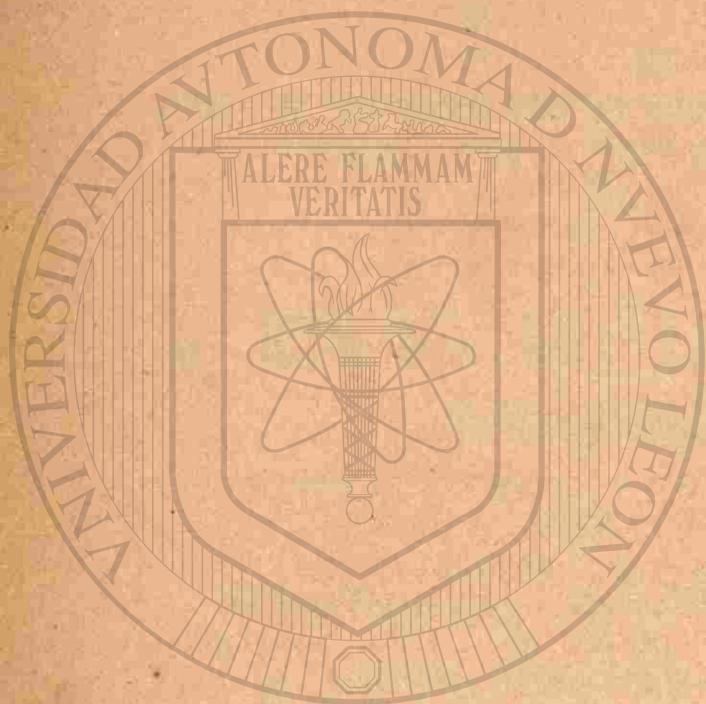
MADRE DE LORD BYRON.

ALICIA DES ROIS

MADRE DE LAMARTINE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U. A. N. L.



U A L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA MADRE DE LAMARTINE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XIII.

La madre de Lord Byron y la madre de Lamartine.

(CONTRASTE.)

I

PARA apreciar debidamente la poderosa fuerza de la influencia maternal, nos proponemos hacer resaltar en este paralelo el gran contraste que se advierte entre los caracteres de dos grandes hombres, nacidos en la misma época y educados de diferente modo por sus madres.

Lord Byron y Lamartine son coetáneos, y éste en Francia y aquel en Inglaterra, los más eminentes poetas líricos en los albores del afortunado siglo XIX.

Ambos pertenecieron á familias aristocráticas y fueron mecidos en dorada cuna; pero ¡cuán diferentes son

en sus gustos, en sus aspiraciones y en sus costumbres! ;Qué divergencia existe entre el carácter del autor de Jocelin y del autor de Childe Harold! ;Cuán inconmensurable es la distancia que les separa en el mundo moral y literario! Byron es el cantor del libertinaje; Lamartine el cantor de la virtud. Lamartine nos describe los afectos dulces, tiernos y tranquilos; Byron las pasiones ardientes, inquietas, tumultuosas, desbordadas. Lamartine es pudoroso como una vírgen; Byron es cínic como un bacante: Byron se ruboriza más de su cojera que de mostrar las llagas de su alma.

El genio de Byron es hermoso; pero tiene la hermosura de Luzbel; el genio de Lamartine está dotado de una belleza seráfica.

El rayo de inspiración que ilumina al poeta francés proviene del alma; el estro esplendente que fulgura en el cerebro del poeta británico tiene su foco en los sentidos.

¿En qué consiste tal diferencia de númen y de corazón? En que Lamartine debe á la naturaleza el inefable don de haber tenido una madre piadosa y tierna, y Byron la incomparable desgracia de ser hijo de una mujer rígida, adusta y fría.

Lamartine respiró en su hogar la cálida atmósfera del sentimiento; Byron la helada atmósfera del desamor.

No lo dudeis, la madre nos imprime el sello de su carácter: el padre podrá vigorizar nuestro entendimiento; pero solo la madre fecundiza nuestra alma. Las pa-

siones de nuestra madre forman nuestra naturaleza, sus ideas nuestro criterio, sus sentimientos nuestro corazón, sus deseos nuestras aspiraciones.

La madre nos marca en la vida el itinerario que debemos seguir; ella va constantemente de vanguardia, se halla siempre en las avanzadas. La madre es la brújula que nos marca el derrotero, la rosa náutica que guía nuestro bajel, la estrella polar, el faro, la Ariadna que nos entrega el hilo misterioso para que no nos extraviemos en el dédalo de la vida.

El amor maternal es el más profundo de todos los sentimientos y el más perfecto porque carece de egoísmo. El amor maternal es el único afecto que puede desafiar á los sucesos prósperos ó adversos, á la ausencia, al olvido, al tiempo y á la muerte. El amor maternal es ilimitado é infinito, es como el alma inmortal y como el alma de esencia divina. Por eso el amor maternal tiene sus acertados presentimientos, sus profecías, sus adivinaciones. El amor maternal, como todo sentimiento grande, aunque nazca en la tierra se eleva tanto y tanto, que llega con sus efluvios hasta el cielo.

El hombre necesita en su infancia el amor de su madre, como necesita en su juventud el amor casto de una mujer buena que le libre de las corrupciones del vicio. Si todos los hombres encontraran al nacer una madre tierna, y al penetrar en el mundo social una amorosa Beatrix, ninguno se pervertiría.

La influencia de la madre se deja sentir siempre: to-

dos los hombres pensadores creen en ella, y tanto es así que recordamos haber oído referir, que los directores de una gran compañía de varias industrias especulativas, antes de recibir á un dependiente y tomarlo á su cargo, se informaban del carácter y costumbres de su madre.

Madame de Maintenon, que no tuvo una madre dulce y que desconoció las caricias maternas; Madame de Maintenon, que nunca fué madre, adivinó la influencia de ésta en la sociedad y quiso fundar una escuela donde se educaran á las mujeres para madres. Esa dama fría de espíritu pedagógico, más calculadora y analítica que sentimental, más razonadora que sensible, tuvo sin embargo el instinto de crear en Saint Cyr una gran institución para instruir á las jóvenes en los deberes relativos á la alta y sagrada misión que tienen que desempeñar y que les está confiada por la naturaleza. Las educandas que más brillaban adquirían como título de recompensa un diploma en el que eran denominadas *Madres precoces*. El título de madre precoz era el mejor laurel, la mayor palma, la más hermosa aureola.

Las mujeres, según ha dicho un escritor español de nuestros días, son algo más que los ángeles porque son madres. Empero debemos manifestar que la influencia maternal puede ser benéfica ó nociva, fatal ó provechosa. Infausta fué esa influencia para Gibbon, Mirabeau, Voltaire, Arouet y Volney: al estudiar la vida privada de esos grandes hombres se encuentra en ellos la aridez, la sequedad moral del corazón de sus madres.

Saludable fué la influencia maternal para Duclos, Sismondi, Chener y Capel; el cual al morir su madre, no solo llora á la autora de sus días, sino la pérdida de su inspiración y su valor, que han muerto con ella. Buckle cree encontrar en el amor de su madre la fuente de su inspiración, como madame de Sevigné la encuentra en el amor hacia su hija.

Kant afirma que cuantos méritos y cualidades atesora, no son innatos en él, pues los debe á su madre.

Bosquet le consulta todos sus pensamientos y le pide su consejo antes de resolver nada, seguro de que así obrará mejor.

Bernard nos manifiesta que solo vive para ella, y que sin ella no quiere honores ni riquezas.

Byron tiene que lanzarse en medio de todas las tempestades del mundo para huir de las borrascas de su hogar, de la dureza de su madre. Estudiemos á Lady Byron, á esa mujer altanera que no supo amar á su hijo ni hacerse amar de su marido.

II

Catalina Gordon, madre de Lord Byron, fué al altar llena de amor; pero su marido no la llevó al templo movido por el mismo sentimiento. El marido de Catalina Gordon no vió en ella más que su dote, la adquisición

de una fortuna que en dos años derrochó. Al empezar á sentir los dolores de la penuria, Catalina no supo hacerse superior á ellos, se irritó y en vez de atraerse á su marido, se granjeó su antipatía. Ella era honrada, modelo de fidelidad conyugal; pero muy despótica y altanera; carecía de las virtudes amables que necesita una mujer para hacer grata su compañía, de aquellas pequeñas virtudes más necesarias en la vida íntima que los grandes heroísmos. A una mujer de virtudes austeras se la admira; á una mujer de virtudes amables se la ama, y en el amor hay más grados de calor moral que en la admiración.

La pérdida de los intereses fomentó fuertes colisiones en el hogar de Byron, porque la decadencia de una familia ilustre es cien veces más terrible que la miseria del indigente. Son múltiples las necesidades que imponen el triste privilegio de pertenecer á una alta clase y los sacrificios de todo género que tienen que hacerse para sostener la dignidad del rango, se pagan con acerbos sufrimientos, para los cuales no hay compensación.

Las batallas del turbulento hogar de Byron se hicieron cada vez más reñidas, y el marido de Catalina no pudiendo soportarlas, resolvió abandonar su familia y su hogar.

La exasperación de Lady Byron creció al verse herida en su corazón y en su amor propio, y se hizo más brusca para el hijo del que la abandonaba, el cual se convertía con su presencia, en mudo testimonio de un amor

no correspondido y de una triste desventura harto difícil de poder ser soportada.

Byron, como dice uno de sus biógrafos, fué engendrado en el dolor, y para nacer *tuvo que ser arrancado á las entrañas de su madre*. Parecía tener más que miedo horror á la vida, parecían espantarle los seres humanos cual feroces alimañas, batfáse en rebeldía por no querer formar parte de la familia universal que habita este planeta. Le obligaron á entrar violentamente en el mundo, y por eso odió más que amó. Su llegada á la vida se anunció con un fuerte vagido, cuyo eco no se extinguió jamás, con un vagido que fué tan eterno como glorioso.

Todos los niños son arrullados por sus madres con tiernos acentos: Jorge Byron no oyó más que sollozos.

La sonrisa de la madre es la primera impresión grata que penetra en nuestra retina.

Byron solo contempló un semblante sombrío, un adusto ceño.

Y como Byron aprendió desde la infancia á llorar, ya nunca supo reír. En las sarcásticas carcajadas de Byron hay más amargura que en un raudal de llanto. Byron no ha conocido la alegría, porque las dulces alegrías solo se encuentran en los goces legítimos; el aturdimiento inebriativo que proporcionan los placeres sensuales, las fáciles conquistas y los vicios, dejan un recuerdo de vergüenza en la mente, un espantoso vacío en el corazón y una gran saciedad en el alma.

Byron pasa con gran gran rapidez de la frenética alu-

cinacion de la orgía al anhelo del suicidio: todo en él es poco acentuado, vago, misterioso; su alma es un croquis, un boceto, una silueta que se dibuja débilmente entre las densas nubes de un crepúsculo de invierno.

En toda pasión fué víctima y verdugo al mismo tiempo: una extraña fatalidad pesaba sobre él y sobre cuantos seres amó.

Tenia temporadas en las cuales era muy misántropo: miraba con desprecio á la humanidad, porque preocupado con la idea de que todos se burlaban de su cojera, quería anticiparles como pago de las burlas su desprecio.

La autora de sus días le habia dicho irónicamente que no podria escalar la tribuna sin tambalearse, que no subiria á ella con firmeza y majestad, sino oscilando, como la débil llama de una bujía de sebo, lo cual perjudicaba á su dignidad de par. La mordacidad de su madre le hizo acre el carácter, y nunca se cicatrizaron las cruentas heridas que ésta le infirió con el afilado puñal del ridículo.

Madre é hijo fueron á vivir al campo, y Byron, buscando la soledad de las bosques y los paisajes más agrestes, se hizo todavía más áspero en medio de una naturaleza selvática: volvióse montaraz, aprendió á trepar por las montañas como las cabras, ya que su cojera no le permitía bailar en los salones con las mujeres que le agradaban.

Mientras permaneció en el campo, debió recoger en su alma el bramido de las olas, el rugido de las tempestades

y el estruendo de la cataratas para repercutirlos en sus obras con grandilocuente armonía. Entregóse á ejercicios violentos, la natacion, la caza, despues los viajes; pero nada satisfacía sus deseos: en todo encontró desencanto. Buscó en los países más privilegiados las bellezas del arte y las de la naturaleza, sin hallar nunca el ideal que acariciaba su prodigiosa fantasía.

La superioridad de su genio le hacia muy desgraciado: sin explicárselo sentía el peso abrumador de su grandeza. Esta superioridad le alejaba muchas veces de los demas seres, y al encontrarse aislado, se revolcaba su pensamiento en los abismos insondables de su alma.

Byron es el poeta de la desesperacion; hay en su genio un imán que atrae hácia sí todos los rayos y centellas. Si el genio de Byron no hubiese encontrado tempestades en la vida, las hubiera forjado para cantarlas.

Byron es original en su genialidad satírica y melancólica; se le censura el ser demasiado personal: realmente su egoismo de escritor no tiene límites. Abrigó un alma exaltadísima, impetuosa, una de las almas más ardientes y fogosas que tal vez se hayan conocido; de suerte que alma y genio fueron en él una misma cosa, ó bien, consecuencia el uno de la otra. Hay en su estilo anomalías como en su carácter: su alma está formada de antítesis, es un antípoda de sí mismo. Lejos de tener la frialdad británica, parece un hombre del Mediodía; las emociones son fugaces en él, pero le dejan surcos de fuego.

cinacion de la orgía al anhelo del suicidio: todo en él es poco acentuado, vago, misterioso; su alma es un croquis, un boceto, una silueta que se dibuja débilmente entre las densas nubes de un crepúsculo de invierno.

En toda pasión fué víctima y verdugo al mismo tiempo: una extraña fatalidad pesaba sobre él y sobre cuantos seres amó.

Tenia temporadas en las cuales era muy misántropo: miraba con desprecio á la humanidad, porque preocupado con la idea de que todos se burlaban de su cojera, quería anticiparles como pago de las burlas su desprecio.

La autora de sus días le habia dicho irónicamente que no podria escalar la tribuna sin tambalearse, que no subiria á ella con firmeza y majestad, sino oscilando, como la débil llama de una bujía de sebo, lo cual perjudicaba á su dignidad de par. La mordacidad de su madre le hizo acre el carácter, y nunca se cicatrizaron las cruentas heridas que ésta le infirió con el afilado puñal del ridículo.

Madre é hijo fueron á vivir al campo, y Byron, buscando la soledad de las bosques y los paisajes más agrestes, se hizo todavía más áspero en medio de una naturaleza selvática: volvióse montaraz, aprendió á trepar por las montañas como las cabras, ya que su cojera no le permitía bailar en los salones con las mujeres que le agradaban.

Mientras permaneció en el campo, debió recoger en su alma el bramido de las olas, el rugido de las tempe-

tades y el estruendo de la cataratas para repercutirlos en sus obras con grandilocuente armonía. Entregóse á ejercicios violentos, la natacion, la caza, despues los viajes; pero nada satisfacía sus deseos: en todo encontró desencanto. Buscó en los países más privilegiados las bellezas del arte y las de la naturaleza, sin hallar nunca el ideal que acariciaba su prodigiosa fantasía.

La superioridad de su genio le hacia muy desgraciado: sin explicárselo sentía el peso abrumador de su grandeza. Esta superioridad le alejaba muchas veces de los demas seres, y al encontrarse aislado, se revolcaba su pensamiento en los abismos insondables de su alma.

Byron es el poeta de la desesperacion; hay en su genio un imán que atrae hácia sí todos los rayos y centellas. Si el genio de Byron no hubiese encontrado tempestades en la vida, las hubiera forjado para cantarlas.

Byron es original en su genialidad satírica y melancólica; se le censura el ser demasiado personal: realmente su egoismo de escritor no tiene límites. Abrigó un alma exaltadísima, impetuosa, una de las almas más ardientes y fogosas que tal vez se hayan conocido; de suerte que alma y genio fueron en él una misma cosa, ó bien, consecuencia el uno de la otra. Hay en su estilo anomalías como en su carácter: su alma está formada de antítesis, es un antípoda de sí mismo. Lejos de tener la frialdad británica, parece un hombre del Mediodía; las emociones son fugaces en él, pero le dejan surcos de fuego.

Es un poeta completamente subjetivo, y como sus sentimientos son impetuosísimos y salvajes, se desencadenan como el huracán. Byron ha cometido un grave pecado literario, ha vaciado sobre su siglo el veneno que se desbordaba en su alma, y como su genio tiene gran atracción, la mayor parte de los seres que viven la vida de la inteligencia han bebido ese tósigo infernal.

Sus blasfemias son peligrosas porque tienen gran resonancia, y la tienen no porque son estridentes sino porque son bellas. Para Byron la vida es un sarcasmo sin causa, una perversa ironía, es el aliento del mal.

Su espíritu se asemeja al de Voltaire: cuando quieren cantar lanzan imprecaciones.

¿Quereis conocer al autor de *Manfredo*, de la *Prometida*, de *Abidos de Lara*, del *Corsario*, de *Parisina*, del *Sitio de Corinto*, de *Beppo* y *Mazepa*? Buscadlo en su poema *Childe-Harold*, ó en su epopeya *Don Juan*, que es su obra maestra.

En resumen, el genio de Lord Byron carece de la ternura que faltaba al alma de su madre.

Esbochemos á grandes rasgos la fisonomía moral de la madre de Lamartine y nos complaceremos encontrando en ella rasgos característicos de la inspiración de su hijo.

III

La madre de Lamartine nació devota; pero su pie-

dad no era una piedad ignorante y supersticiosa, fué una piedad ilustrada.

Ella enseñó á sus hijos á orar con oraciones que no eran rutinarias, que no eran palabras pronunciadas inconscientemente: sabía elevar su alma á Dios en alas de una plegaria. Quemaba incienso en medio del mundo, haciendo que solo exhalara sus perfumes hácia el Criador.

A pesar de haber nacido en el palacio de Saint Cloud, no penetró en ella la ligereza y frivolidad que se respira en las perfumadas atmósferas palaciegas. Estaba dotada de grandes condiciones para la meditación, y al hallarse rodeada de seres superficiales no participaba del bullicio y aturdimiento general; se sumergía en su recogimiento habitual, cumpliendo al mismo tiempo aparentemente, con gran exactitud, las fórmulas de la más rigurosa etiqueta.

A nadie quiso fiar la educación de sus hijos; se encerraba en su hogar y les daba lección muchas veces en presencia de los criados para enseñarles la modestia y humildad.

Hallábase su inteligencia bastante cultivada, pues en su juventud había tratado en los salones de su madre personas muy eminentes, contándose entre ellas, Duclouis, D'Alembert, Madame de Genlis, Voltaire, Rousseau, Buffon, Florian, Grimm, Morellet, Necker y Gibbon.

Las diferentes ideas religiosas de estos hombres no influyeron en ella: su piedad estaba tan arraigada en su

alma que podia sufrir como el roble la sacudida de los vientos sin desgajarse.

Cuando la adversidad destruyó la dicha de su hogar, ella supo transmitir á sus hijos el valor y la resignacion que le inspiraba su piedad. Al hallarse preso su marido en la época del terror, alquiló un granero para contemplar desde allí el tejado que cubria la prision del amado cautivo. Y como el telescopio del amor acerca todas las distancias, pronto ingeniosos telégrafos movidos por la electricidad del corazon hicieron transparentes aquellos impenetrables muros.

La madre de Lamartine poseia un alma serena y limpia, que nada pudo enturbiar un corazon muy tierno y un elevado criterio. Alimentó á su hijo en la idea del deber, de la justicia y de la verdad, y este amor al bien inculcado por su madre, le inspiró siempre en diferentes formas la apoteosis de la virtud.

¡Cuán discreta y tierna aparece esta admirable mujer diciendo á su adorado Alfonso: *No quieras ser grande, sino bueno.*

El autor de las *Confidencias* practica al escribirlas una antigua costumbre de la que le dió el sér. Madame de Lamartine escribió el diario de su vida sin pretension ninguna, pues no lo destinaba á la publicidad. Aquel diario era el espejo donde se contemplaba su alma para engalanarse cada día con nuevas virtudes: vivió siempre corrigiéndose, perfeccionándose.

Su diario es su fiel trasunto: se pinta con tal verdad

con tal sencillez, con tan admirable candor, que sus hijos la reconocen al hojear las primeras páginas de ese manuscrito íntimo, que más tarde publicó Lamartine, titulándolo *Manuscrito de mi Madre.*

En el mencionado diario da más importancia que á los asuntos de la época, á sus sentimientos maternales y á sus deberes domésticos. Son impresiones para la familia; mas expresadas tan galanamente y acompañadas de tan profundas observaciones y tan altos pensamientos, que cautivan la atencion general.

Todas aquellas hojas autógrafas están esmaltadas constantemente con los nombres de sus hijos.

Leamos algunos fragmentos de ellas:

11 Junio de 1801.

«Perdí un hijo, pero Dios me conserva actualmente
« cinco: cuatro niñas y un varon llamado Alfonso, cuyo
« nombre me suena tan bien porque lo lleva él. Se halla
« lejos de mí, para hacer su educacion clásica en Lyon.
« Yo le he dado esmeradamente la educacion moral, y
« con la ayuda de Dios, espero que no se pervertirá.
« ¡Cuánto rezo por él! Es un muchacho bueno y simpático.
« Dios lo conserve piadoso, cristiano, honrado;
« este es mi mayor deseo. La mayor de mis hijas, Cecilia,
« cuenta siete años y medio: es muy inteligente y
« muy buena. Eugenia, su hermana, es una niña de cinco
« años y medio, dotada de un corazon excelente y una

« exquisita sensibilidad. Cesarina solo tiene dos años,
 » Susana nueve meses, todavía se alimenta en mi seno.
 « La educacion de cuatro niñas es tarea difícil, pero
 « cuento con que Dios me asistirá. Tambien tengo á mi
 « cargo una parienta enferma, débil de cuerpo y de es-
 « píritu, á la cual debo tratar con solicitud maternal.
 « Tiene derecho á ello porque es desgraciada. Mi mari-
 « do, mis hijos y seis criados que debo dirigir son mi
 « más importante ocupacion. ¡Dios me ilumine para ha-
 « cerlos felices!»

18 Setiembre de 1801.

« He venido á Macon para esperar á mi Alfonso. El
 « corazón me late apresuradamente al pensar que dentro
 « de algunas horas voy á estrechar entre mis brazos á mi
 « querido hijo. Por fin ya llegó. Ha llegado bien, tarde
 « para mi deseo. He ido á orar al oratorio de las seño-
 « ras Focard, religiosas exclaustadas que han convertido
 « su casa en convento: necesitaba un rato de recogimien-
 « to al pié de los altares para calmar mi agitacion. Al-
 « fonso disfruta perfecta salud: lo encuentro alto, grueso,
 « esbelto, hermoso. Me parece que no se ha enfriado su
 « fé religiosa. ¡Oh! esto es lo que verdaderamente me
 « preocupa.»

11 Octubre de 1801.

« Hago leer á Alfonso todas las mañanas un hermoso
 « libro escrito por un sacerdote aleman, para inspirarle

« bien el sentimiento religioso emanado de la natura-
 « leza
 «

2 Octubre 1802.

« Esta mañana he recibido una grata impresion; he
 « visto que Alfonso leia con interes las *Confesiones* de San
 « Agustin, que es mi libro predilecto.»

17 Diciembre 1802.

« Cada dia leo con más entusiasmo las *Confesiones* de
 « San Agustin. Quisiera imitar á Santa Mónica. ¡Qué
 « gran madre!»

25 Setiembre 1806.

« Alfonso ha llegado de su colegio: fuí á recibirlo á
 « Macon. Lo he encontrado mejor de lo que creia; aun-
 « que está pálido y delgado, es fuerte. Los jesuitas sus
 « maestros celebran sus facultades intelectuales: vuelve
 « del colegio cargado de premios y de coronas. Me pa-
 « rece que es modesto; sigue piadoso. ¡Que Dios le con-
 « serve estos dones, los únicos capaces de darle la feli-
 « cidad. Despues de abrazarlo he corrido presurosa á
 « orar. Dios me concede más dichas de las que merez-
 « co. Lo he presentado á la familia con orgullo de ma-
 « dre. He querido reprenderle ciertos defectillos; pero

« he sido blanda. Temo alejarle de mí con reproches, y
« temo extraviarlo mimándole demasiado.»

«¡Dios mio, cuán difícil es formar un hombre! . . .

«

Setiembre 1807.

« Estoy gozando en la soledad. Me hallo en Milly con
« mis hijos y mis libros: mi sociedad la forma madame
« de Sevigné. He dado un largo paseo esta tarde por la
« montaña de Croz que se halla sobre nuestras viñas.
« Estaba completamente sola: me gusta aislarme á la
« hora del crepúsculo. Amo los paseos solitarios en el
« otoño sin más conversacion que mis impresiones: ellas
« son tan grandes como el horizonte y están llenas de
« Dios. La naturaleza me sugiere mil reflexiones que
« emanan de mi corazon y me producen una embriaga-
« dora melancolía. No sé cómo expresar este sentimien-
« to: tal vez es una directa relacion de nuestra alma con
« el infinito de las obras de Dios. Al dirigir la vista há-
« cia mi hogar, veo brillar una luz en las habitaciones
« de mis hijos. ¡Bendigo á la Providencia que me ha dado
« este nido oculto y tranquilo para albergarles!»

Como podemos observar, la gratitud de la madre de Lamartine hácia el Criador, es más que gratitud, es un éxtasis. Cada latido de su corazon, cada pensamiento de su cerebro, cada palabra de su boca es una bendicion á Dios.

Esta admirable madre fué amada por su hijo como merecia serlo. ¡Cuántas veces se desprendió de una joya para satisfacer un capricho de Alfonso! Cuando se hallaba moribunda, le comunicaron que éste acababa de ser nombrado académico en Paris y ministro en Grecia: la fuerte y grata emocion que le produjo tal noticia, tuvo el poder de prolongar su existencia algunos dias. Así lo afirma uno de sus médicos.

IV

Lamartine es el poeta del sentimiento, el poeta de las mujeres. Diferentes escuelas literarias y caprichos de la moda, podrán relegarle temporalmente al olvido, desdeñándole sistemáticamente; pero como el buen gusto es siempre uno, pasado el vértigo de sus detractores, Lamartine prevalecerá. Mientras haya almas tiernas; mientras palpiten los corazones inflamados en el amor al bien, tendrá partidarios el poeta de las nobles pasiones y de los castos amores.

Los enemigos de la gloria lamartiniana acusan al poeta de las *Meditaciones* y las *Armonías*, de tener alma femenina, mas con tal acusacion demuestran tácitamente que solo las mujeres saben sentir. ®

Estudiad la *Historia de los girondinos*, y os sentireis fascinados por la magia de un talento vigorosísimo. El tierno poeta que ha recorrido cual nadie todos los tonos

del sentimiento, sabe escalar las cumbres de la razon: seguid si podeis su potente vuelo y le vereis remontarse á las esferas del filósofo, del estadista, del analítico y del sabio.

Lamartine posee todos los talentos: para que nada falte á su glorioso nombre, tambien se halla circundado con la gloria del orador. El 25 de Febrero de 1848, lanzóse en medio de una multitud amenazadora que queria enarbolar la bandera roja, y con persuasivas razones logró restablecer la calma en los ánimos más exacerbados. A su elocuente palabra se debió tambien la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos.

El estilo de Lamartine es noble, delicado y púdico: su generosa inspiracion encuentra consuelos para todos nuestros dolores, su exuberante fantasía nos oculta las groseras realidades de la vida, cubriéndolas con alfombra de odoríferas flores.

La moderna escuela literaria podrá reprobar el romanticismo de Lamartine; pero las almas ardientes y sentimentales, las almas exaltadas por el amor, se entusiasmarán con las doctrinas poéticas de Lamartine; porque en toda alma apasionada y entusiasta, se oculta siempre un gran fondo de romanticismo.

La belleza es eterna: todos los séres dotados de sentimiento estético, experimentarán dulcísimas impresiones recorriendo las hermosas páginas de Lamartine.

En los altares de la gloria lamartiniana no se apagará nunca el sacro fuego del entusiasmo, porque en cada

mujer tendrá Lamartine una vestal encargada de guardarlo.

V

La madre de Lamartine es como el genio de su hijo, una brisa embriagadora.

La madre de Lord Byron es como la musa de éste, aquilon devastador.

La madre del poeta sajón es rayo, catarata, relámpago, torrente, alud y noche tenebrosa.

La madre del cantor de las alegrías del hogar, es un ánfora de prodigioso bálsamo que se esparce y se derrama sobre las almas enfermas.

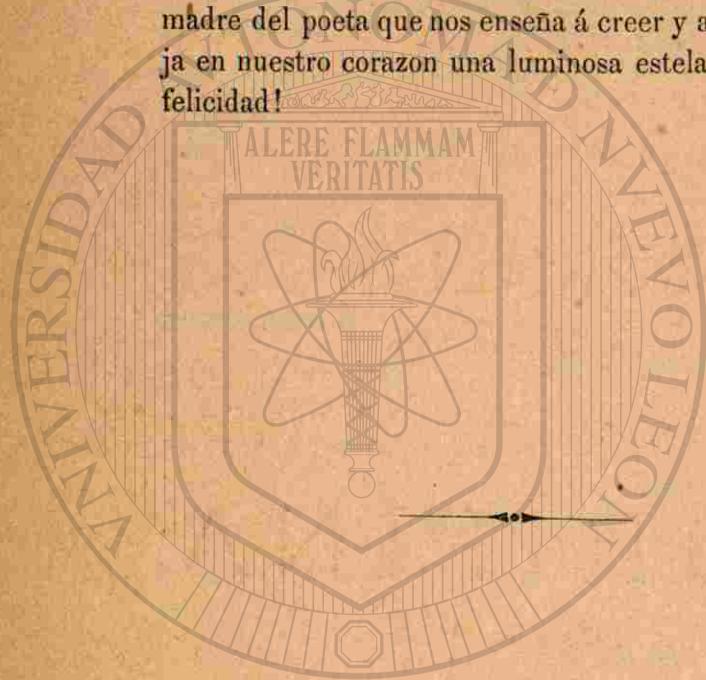
La madre de los descendientes de los normandos, es un vaso de veneno que se vierte por sí mismo sobre los corazones sanos para corromperlos. Es un áspid que no puede morder sin causar la muerte.

Esas dos madres son el ángel de la luz, y el espíritu de las tinieblas; el gusano y la flor; la paloma y la hiena; la mariposa y el buho; el reptil y el ruiseñor; la negra tempestad y el brillante arco-iris.

Olvido eterno á la madre del poeta de la duda y la desesperacion, por haber emponzoñado su alma, olvido eterno á la madre del poeta de los grandes hastíos y los grandes escepticismos, que deja por doquier un reguero de acíbar!

¡Mil bendiciones á la madre del poeta que convier-

te los recuerdos en una religion; á la madre del cantor de la esperanza, de las ilusiones y de la inocencia; á la madre del poeta que nos enseña á creer y amar, que deja en nuestro corazon una luminosa estela de suprema felicidad!



CORNELIA

MADRE DE LOS GRACOS.

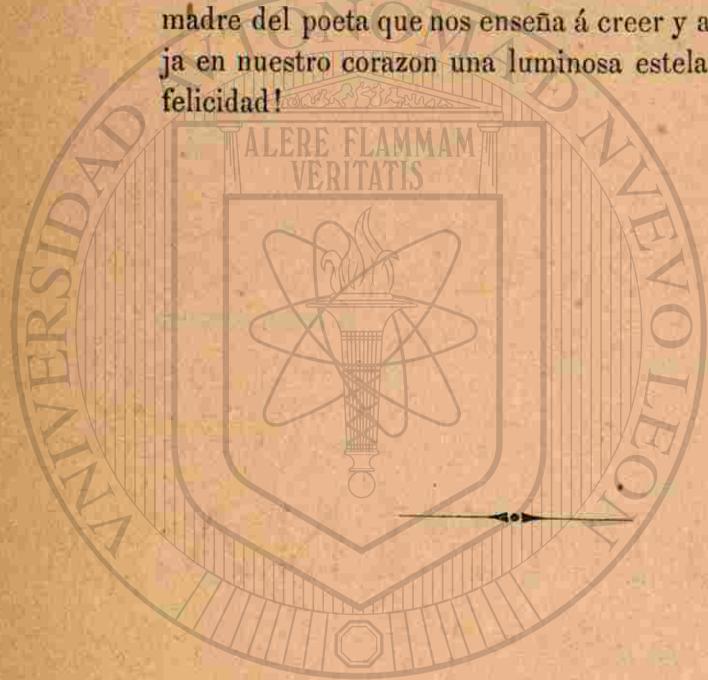
—
AGRIPINA

MADRE DE NERON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te los recuerdos en una religion; á la madre del cantor de la esperanza, de las ilusiones y de la inocencia; á la madre del poeta que nos enseña á creer y amar, que deja en nuestro corazon una luminosa estela de suprema felicidad!



CORNELIA

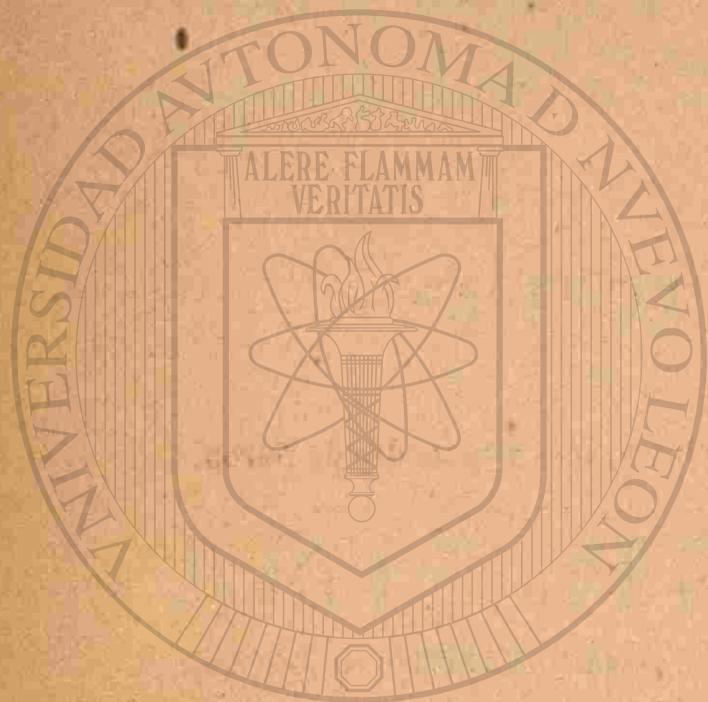
MADRE DE LOS GRACOS.

—
AGRIPINA

MADRE DE NERON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XIV.

La madre de los Gracos y la madre de Neron.

(CONTRASTE.)

I

CORNELIA! ¡Agripina! ¡Cuán diferentes ideas despiertan estos dos nombres! Cornelia es la mujer digna, noble, austera, inspiradora de grandes virtudes, una de las mejores madres que brillaron en la antigüedad. Cornelia es la madre de los Gracos, y esto solo hace su apología.

Agripina es la mujer corrompida, incestuosa y vil, que desarrolló en su hijo Neron los groseros instintos del más inmundo libertinaje.

Los Gracos tuvieron por maestros á su madre y á dos grandes filósofos estoicos elegidos por ella. Tiberio y Cayo Graco, dignos hijos de Cornelia, fueron sabios y

probos: ambos hermanos dieron excelentes ejemplos de virtud en su vida pública y privada, ambos hermanos han sido admirados hasta por sus enemigos políticos.

Háse acusado á Cornelia de ambicion; pero la mayor parte de los historiadores refutan tan injusta acusacion. No podía ser ambiciosa la mujer que jamas usaba joyas y que respondia á sus amigas cuando éstas le preguntaban: ¿por qué no se adornaba? *Yo me adorno con la gloria de mis hijos.* Sabido es que los Gracos fueron muy desinteresados y que murieron envueltos en la mayor pobreza.

Ciceron afirma que en la elocuencia de los Gracos encuentra algo de la elocuencia de Cornelia.

«La vida de los Gracos fué pura, su muerte heroica.»

Bella y merecida frase estampada por uno de los biógrafos de éstos.

Cornelia influyó muchísimo en todos los grandes actos de sus hijos. Sabido es que el valiente Tiberio Graco se distinguió por su valor en África, subiendo el primero á las murallas de una ciudad enemiga. Más tarde fué á España con el Cónsul Mancino y obtuvo de los Numantinos un tratado que no querian conceder al Cónsul. Cuando Tiberio Graco regresó á Roma encontró al pueblo sumido en la ociosidad, el abandono y la miseria á millones de esclavos intentando romper sus cadenas. En vista de tal conflicto promulgó una ley agraria, por la cual se habian de repartir entre los pobres las tierras que pertenecian al Estado y que habian usurpado los po-

derosos. Cornelia fué quien más le incitó á que promulgase tal ley. Llegado el dia de los comicios, Tiberio subió á la tribuna y dirigiéndose á los ricos les dijo con acento firme y esforzado:

«Ceded algo de vuestras riquezas, si no quereis que un dia os las arrebaten todas. ¡Las fieras tienen sus guaridas, y los que derraman su sangre por la causa italiana no tienen más que el aire que respiran. Sin techo, sin morada fija, andan errantes con sus mujeres y sus hijos. Los Generales les engañan cuando les exhortan á combatir por los templos de los Dioses y por las tumbas de sus padres. De tantos romanos ¿hay uno siquiera que tenga una tumba, un altar doméstico? Ellos no combaten, no mueren más que para alimentar el lujo y la opulencia de unos cuantos. Se les llama los Señores del mundo, y no tienen derecho á un pedazo de tierra!»

La antigüedad conservó las cartas de Cornelia como modelo de elocuencia; el mismo Ciceron les dió gran importancia. En dichas cartas brilla el buen juicio de Cornelia, sus generosos sentimientos y la rectitud de sus apreciaciones, por la cual siempre se distinguió. Manifiesta á su hijo Cayo que no debe vengarse de los asesinos de su hermano, ni buscar la victoria en la injusticia, ni pasar la línea de sus deberes y sus derechos.

En una ocasion le dijo: «Sacrifica tu anhelo de venganza, private del placer de ensañarte contra los enemigos de tu hermano en obsequio á la tranquilidad de la República: la patria es antes que todo,»

Cuando Cayo fué tribuno manifestó que desistía de la idea de vengar á su hermano, por la dulce influencia de su buena madre.

Esta madre desgraciada, que vió perecer á sus dos hijos en manos de asesinos, pudo calmar su amargura con los gloriosos aunque tardíos honores que les fueron tributados. Roma se arrepintió de su injusticia con ellos, y les alzó estatuas y altares expiatorios, tributándoles toda clase de homenajes.

Cornelia fué respetada siempre por su abnegacion cívica y maternal. Con dolor sereno y tranquilo refería á cuantos querían escucharla los heroísmos de sus dos hijos, víctimas de una reforma política y social.

Cuando Cornelia vió los suntuosos monumentos alzados en los lugares donde sus hijos fueron asesinados, exclamó:

Tiberio y Cayo tienen la tumba que merecen.

II

De madres envilecidas nacen generalmente hombres abyectos: así acontece con Agripina, madre de Neron. En el Imperio de Neron vemos eclipsarse la grandeza del pueblo romano, el más sabio, el más político, el más guerrero de cuantos encierra la historia antigua. Todo el imperio romano, con muy raras excepciones, nos presenta la época más corrompida del género humano, la

época de mayor descomposicion social. Plutarco nos describe el pavoroso cuadro que presentaba el Imperio romano con estas palabras: « En casi todas las familias hay ejemplos de madres, de hijos, de esposas, vilmente asesinadas; son innumerables los fratricidios, y es axioma demostrado que un rey debe matar á su hermano en beneficio de su propia seguridad.»

¡Terrible cuadro que nos explica la causa del desastroso fin que tuvo la soberbia Roma!

Los pueblos que no practican la virtud, los pueblos que desconocen la moral, caminan hácia su ruina: todo el poder de las armas sucumbe ante el poder de la Justicia Divina.

Si la historia, espejo fiel de las pasadas generaciones, no nos hubiese legado las grandezas de la República Romana, los horrores de la Roma Imperial nos hubieran hecho odiar al pueblo que un tiempo fué grande, y hubiese desaparecido para siempre de nuestra memoria, quedando sepultado en su propio fango. El pudor, base esencial de toda sociedad moral, faltó en la época del Imperio, y ¿cómo no habia de faltar con aquellas desenfrenadas costumbres? Las matronas, los niños, los ancianos, los jóvenes y las doncellas se bañaban todos confundidos, la ciudad y las casas estaban adornadas con figuras impúdicas. Las madres conducían á sus hijas á los indecorosos bailes de las Lupercales, ó á las danzas de Flora, ó á los teatros donde se representaban á lo vivo escenas de embriaguez y de adulterio. A los puros goces

del lazo matrimonial eran preferidos los groseros placeres de un celibato licencioso. Espantoso fué el Imperio en Roma. Tácito nos muestra á las mujeres de su época descendiendo á la arena con los gladiadores, traficando con el amor ó embrutecidas con los esclavos.

La época de Agripina ha sido una de las más escandalosas que nos recuerda la historia. Agripina sucedió en el tálamo imperial á la renombrada Mesalina, y pareció heredar todo el desenfreno de su predecesora.

Agripina era hermosa, hallábase dotada de belleza escultura, era elegante, sagaz, astuta, enérgica y dominadora; solo le faltaba como á Poped la virtud para ser perfecta. Agripina era ambiciosa, y con sus atrevidos y calculados ardidés consiguió que Claudio postergara á su hijo Británico, con objeto de entronizar á Neron. No le movía su amor maternal para usurpar el trono á Británico en beneficio de su hijo Neron, la impulsaba su sed de mando, su carácter dominador. Tras mil intrigas bien tramadas, consiguió ver á su hijo en el sόlio, y respiró tranquila creyendo que podría gobernar el mundo anulando á Neron. Hastiado éste de las exigencias é imposiciones de su madre, intentó alejarla de su lado; pero ella le amenazó diciéndole que haría valer los derechos de Británico.

Irritado Neron con tal amenaza, y no sintiendo ningun amor hácia su madre, pues ésta no se lo supo inspirar, resolvió deshacerse de ella. Tres veces intentó envenenarla, sin poderlo conseguir. Viendo Agripina que

no inspiraba á su hijo amor filial, quiso fascinarle con sus atractivos de mujer; no sabiendo hablarle al alma, quiso hablarle á los sentidos. Presentóse en una orgía donde estaba su hijo, del modo más lascivo, intentó corromperle más de lo que estaba; pero llegó á tiempo Séneca y lo evitó.

Neron, firme en la idea de matar á su madre, la invitó á los juegos de Bahía á los que asistió en un bajel que debía sumergirse; pero Agripina se salvó á nado. No habiendo tenido éxito las diferentes maquinaciones empleadas contra la vida de su madre, decidió hacerla asesinar. Cuando uno de los asesinos se acercó á ella para matarla, Agripina le dijo: *ventrem féri*. Es decir, *hiere en el vientre que ha llevado á Neron*. Quizás pensó Agripina desarmar á su asesino con tal frase, quizás fué una exclamacion de amarga y dolorosa ironía con la que se acusaba á sí misma por haber dado la vida á un monstruo: quizás sentía en aquellos momentos no haberlo estrangulado en vez de darle un trono.

III

Agripina transmitió á su hijo todas sus malas pasiones. Una de las primeras y más horribles persecuciones que sufrieron los cristianos provino de las calumnias de Neron contra ellos. Agripina siempre los aborreció. El alma de Agripina fué un insondable abismo de crímenes,

del lazo matrimonial eran preferidos los groseros placeres de un celibato licencioso. Espantoso fué el Imperio en Roma. Tácito nos muestra á las mujeres de su época descendiendo á la arena con los gladiadores, traficando con el amor ó embrutecidas con los esclavos.

La época de Agripina ha sido una de las más escandalosas que nos recuerda la historia. Agripina sucedió en el tálamo imperial á la renombrada Mesalina, y pareció heredar todo el desenfreno de su predecesora.

Agripina era hermosa, hallábase dotada de belleza escultura, era elegante, sagaz, astuta, enérgica y dominadora; solo le faltaba como á Poped la virtud para ser perfecta. Agripina era ambiciosa, y con sus atrevidos y calculados ardidés consiguió que Claudio postergara á su hijo Británico, con objeto de entronizar á Neron. No le movía su amor maternal para usurpar el trono á Británico en beneficio de su hijo Neron, la impulsaba su sed de mando, su carácter dominador. Tras mil intrigas bien tramadas, consiguió ver á su hijo en el sόlio, y respiró tranquila creyendo que podria gobernar el mundo anulando á Neron. Hastiado éste de las exigencias é imposiciones de su madre, intentó alejarla de su lado; pero ella le amenazó diciéndole que haria valer los derechos de Británico.

Irritado Neron con tal amenaza, y no sintiendo ningun amor hácia su madre, pues ésta no se lo supo inspirar, resolvió deshacerse de ella. Tres veces intentó envenenarla, sin poderlo conseguir. Viendo Agripina que

no inspiraba á su hijo amor filial, quiso fascinarle con sus atractivos de mujer; no sabiendo hablarle al alma, quiso hablarle á los sentidos. Presentóse en una orgía donde estaba su hijo, del modo más lascivo, intentó corromperle más de lo que estaba; pero llegó á tiempo Séneca y lo evitó.

Neron, firme en la idea de matar á su madre, la invitó á los juegos de Bahía á los que asistió en un bajel que debia sumergirse; pero Agripina se salvó á nado. No habiendo tenido éxito las diferentes maquinaciones empleadas contra la vida de su madre, decidió hacerla asesinar. Cuando uno de los asesinos se acercó á ella para matarla, Agripina le dijo: *ventrem féri*. Es decir, *hiere en el vientre que ha llevado á Neron*. Quizás pensó Agripina desarmar á su asesino con tal frase, quizás fué una exclamacion de amarga y dolorosa ironía con la que se acusaba á sí misma por haber dado la vida á un monstruo: quizás sentia en aquellos momentos no haberlo estrangulado en vez de darle un trono.

III

Agripina transmitió á su hijo todas sus malas pasiones. Una de las primeras y más horribles persecuciones que sufrieron los cristianos provino de las calumnias de Neron contra ellos. Agripina siempre los aborreció. El alma de Agripina fué un insondable abismo de crímenes,

el alma de Cornelia un dechado de virtudes. De tales madres, tales hijos.

El niño mimado al cual la casualidad dió el mundo por juguete, según frase de un ilustre escritor, fué tan malvado como la mujer que recibió de la naturaleza cual arma ofensiva tentadora belleza, manantial en ella de inmunda obscenidad.

La madre de los Gracos, esa gran mujer que rehusó la corona de Egipto desairando nada ménos que á un Ptolomeo, por conservar su casta viudez y consagrarse á sus hijos, recibió el premio de su amor maternal con la gloria de estos, que ha iluminado su frente con una aureola de inmortalidad.

Todas las buenas madres bendecirán la memoria de Cornelia y execrarán el recuerdo de Agripina.

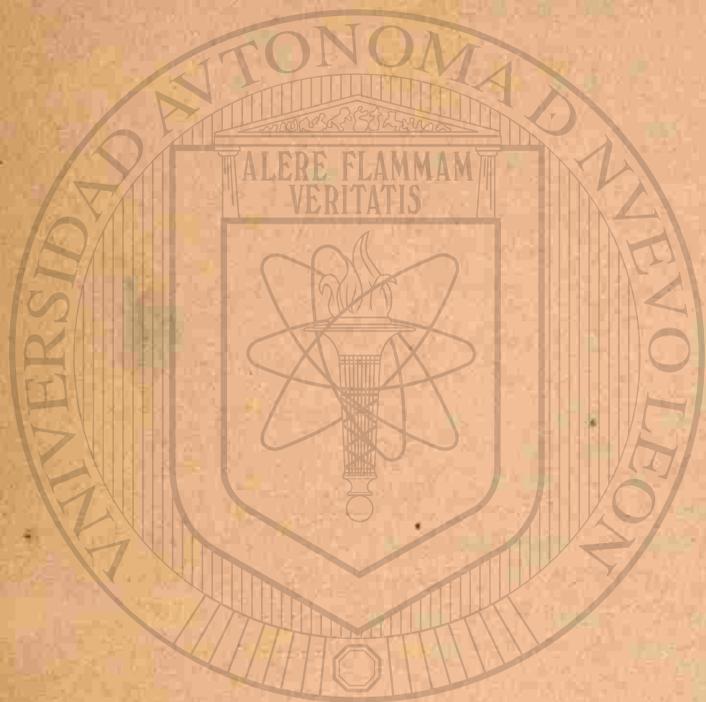
INDICE

DE LAS

MATERIAS QUE CONTIENE EL LIBRO.

CAPITULOS.	PAGINAS.
Biografía.....	5
Prólogo.....	13
I.—La madre de Chateaubriand.....	21
II.—La madre de Constantino.....	39
III.—La madre de Rafael.....	53
IV.—La madre de San Fernando.....	63
V.—La madre de Coriolano.....	73
VI.—La madre del futuro rey de Portugal.....	89
VII.—La madre de Washington.....	103
VIII.—La madre de Napoleon.....	119
IX.—La madre de Schiller y la madre de Goethe....	129
X.—La madre de San Luis.....	139
XI.—La madre de Pietro Cossa.....	147
XII.—La madre de Fernando el Emplazado.....	161
XIII.—La madre de Lord Byron y la madre de Lamar- tine.....	179
XIV.—La madre de los Gracos y la madre de Neron..	201

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

PARA LA

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

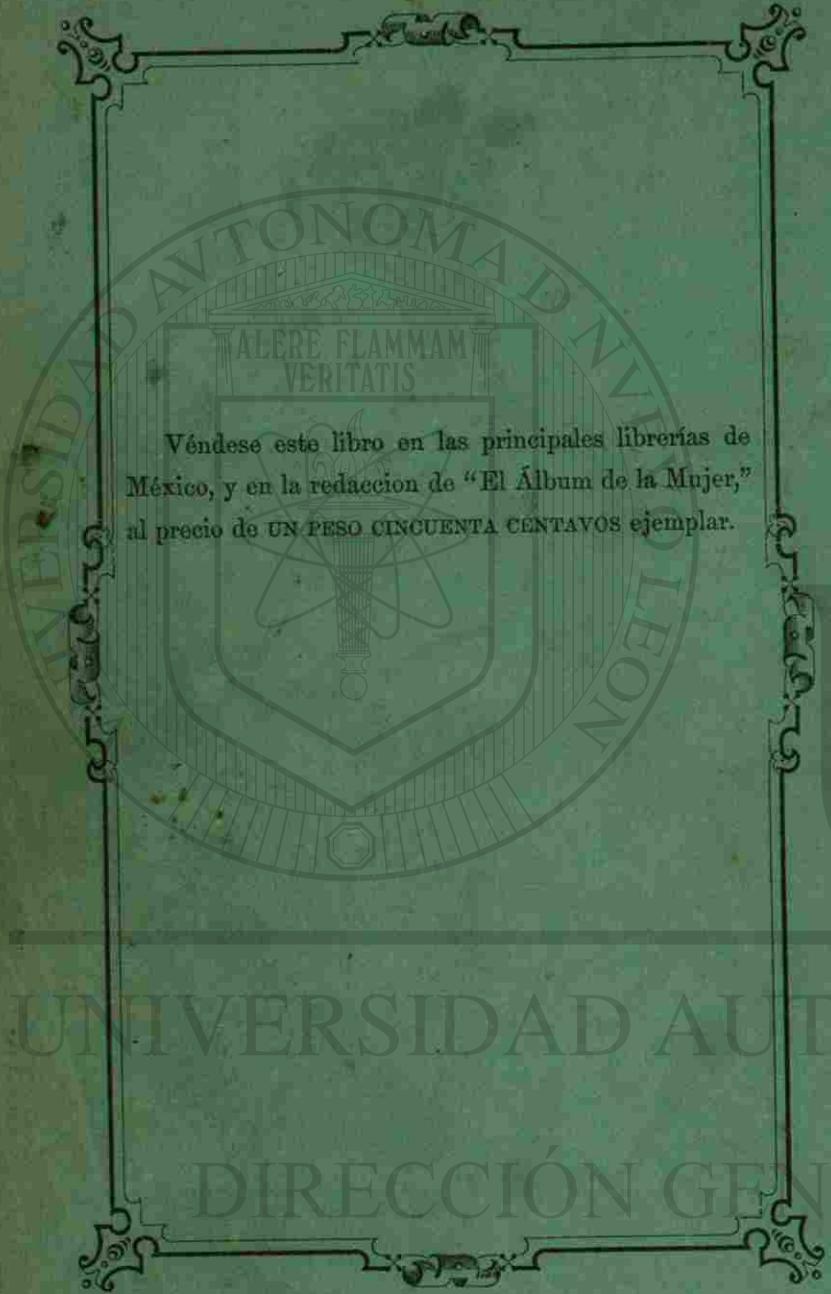
	PAGINAS.
Retrato de la autora.....	1
Retrato de la madre de Constantino.....	37
Retrato de la madre de San Fernando.....	61
Retrato de la madre del futuro rey de Portugal.....	87
Retrato de la madre de Napoleon.....	117
Retrato de la madre de Goethe.....	127
Retrato de la madre de San Luis.....	137
Retrato de la madre de Lamartine.....	177

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Este libro es propiedad de su autora y no se podrá
reimprimir sin su consentimiento, ni en todo ni en parte.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U. A. N. L.



Véndese este libro en las principales librerías de México, y en la redacción de "El Álbum de la Mujer," al precio de UN PESO CINCUENTA CENTAVOS ejemplar.

U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



